

MEMORIAS

DE LA

ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA

CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID



SUMARIO

	Págs.
NECROLOGIA:	
<i>Julio Jiménez Rueda.</i> —Por el Dr. Don Alberto María Carreño.....	327
ESTUDIOS:	
<i>Hombres de la Revolución.</i> —Por el Lic. Don Isidro Fabela.....	329
<i>José Refugio Velasco, Soldado.</i> — <i>Las horas definitivas en la vida de un hombre ejemplar, durante la crisis más grave de la Historia de México.</i> —Por el Ing. Don José López-Portillo y Weber.....	339

Julio Jiménez Rueda

Por el Dr. Don Alberto María Carreño.

La Muerte ha sido visitante continuo de las Academias de la Lengua y de la Historia, y hoy ha llevado consigo a otro de sus miembros ilustres: Julio Jiménez Rueda.

El fue un fervoroso cultor de las Letras en los libros y en la cátedra y en el teatro. Desde sus días juveniles se enamoró de la Literatura y a ella consagró sus mejores afanes y alcanzó por ella sus mejores triunfos.

Secretario del primer Congreso de Academias de la Lengua Española y de la Comisión Permanente del mismo Congreso, realizó en Madrid una labor por extremo eficaz como Secretario de Actas del segundo, y sus trabajos le alcanzaron nuevos y aplaudidos éxitos.

Pero una circunstancia inesperada iba a desarrollar su amor por la Historia: fue nombrado Director del Archivo General de la Nación y al ponerse en contacto directo con los valiosísimos tesoros documentales que tal Archivo encierra, no pudo menos que sentir la avasalladora influencia que la Historia ejerce sobre los espíritus que gustan de asomarse a los abismos, con frecuencia tenebrosos, del pasado.

Jiménez Rueda comenzó a desarrollar esta nueva afición, siguiendo un camino luminoso y florido, que era el recorrido en sus días juveniles; entonces de su pluma salió la *Historia de la Literatura Mexicana*; pero más tarde sería el Archivo General el que le daría elementos para convertirse en historiador.

Guarda ese Archivo el de la temida y execrada Inquisición, y el Director se consagró a escribir sobre ella misma y sobre algunos de los procesos más famosos en ella sustanciados; y su obra fue tan seria, que la Academia Mexicana de la Historia, como antes la de la Lengua, lo llamó para que ocupara uno de sus siales y desde allí continuara, como desde una nueva cátedra, dando sus sabias lecciones.

Porque Jiménez Rueda fue siempre un maestro de palabra sencilla pero luminosa, que le ganó el amor de sus discípulos tanto cuando sólo ejercía el magisterio, como cuando fue Director de la Escuela de Verano y de la Facultad de Filosofía y Letras.

Las dos Academias pierden, pues, a uno de sus más brillantes miembros, como la Universidad a uno de sus más inteligentes consejeros, y las Letras a uno de sus más ilustres expositores.

Por haberlo sido, la Muerte lo arrebató de nuestro lado, pero su nombre perdurará en su obra y así nos acompañará siempre.

La Academia Mexicana de la Historia le rinde aquí un postrer testimonio de su respeto y de su admiración.

¡Descanse en paz el prominente literato e historiador!

[Oración fúnebre pronunciada al borde de su tumba el 26 de junio de 1960 en el Cementerio Español].

Hombres de la Revolución.

Semblanza de D. Venustiano Carranza

Por el *Lic. Don Isidro Fabela.*

Los tremendos conflictos de la Patria y el trabajo incesante e intensísimo de tres años [1913-1916] no le abaten. Es un fuerte. Su cuerpo macizo y grande está pleno de salud a los cincuenta y siete años.

En las campañas de Coahuila a Sonora y de Sonora a Chihuahua, después de caminar centenares de leguas a caballo por serranías encrespadas y desiertos largos, bajo el sol más quemante y en las noches más frías azotado por vendavales o nieve que flagela, su fortaleza es mayor. En las jornadas violentas o dobles nos cansaba a todos. Toleraba sin sacrificio alguno la sed y el hambre que, en iguales condiciones, a los demás impacientan y desesperan.

La vida frente a frente de la naturaleza le alienta y le seduce. Ni las noches dormidas sobre el suelo húmedo de la Sierra de Durango, ni los calores hiperbólicos de la hacienda de Santa María, en Sonora, ni las nieves de Ojitos, en Chihuahua, alteraron la paz de su salud.

En campaña prefiere dormir en el campo, a plena luz y a todos los vientos, que bajo techo.

Es frugal en la mesa y parco en el sueño. Jamás le oí una lamentación ni alguna queja; calla sus penas cuando las tiene y sus dolores si le molestan. Su resistencia física es formidable; por eso puede soportar esa labor estupenda, multiforme y complicadísima de todos los días, y que vista de cerca asombra y conmueve.

Sus maneras son sencillas, de una parsimonia respetable y de una cortesanía grave. En el andar es lento y en el hablar lacónico; la voz no es alta ni de variadas modulaciones: es uniformemente pausada, pequeña en el volumen, clara en su tono y fácil aunque jamás rápida en su emisión.

Su presencia impone respeto en todas partes y a todas las gentes; donde está, el silencio y la atención reinan irremisiblemente, y no es por temor, porque los suyos y los enemigos saben que aquel hombre lleva dentro de su gallarda figura un noble espíritu. En el respeto que infunde influyen el prestigio de su nombre y de su historia, su severa actitud y el majestuoso empaque de su figura.

* * *

El alma de don Venustiano Carranza es, a no haberlo estudiado, difícil de penetrar. Para el pueblo, más que sus discursos son sus hechos los reveladores de su espíritu; es cierto que por ellos se debe juzgar a los hombres, pero no bastan para hacer resaltar exactamente una completa personalidad. Los actos nacionales, ya históricos, del Primer Jefe dan, claro es, idea de su inquebrantable voluntad, de su perseverancia, de su talento, de su fe; pero no bastan los hechos ya inmortales, la obra estupenda de transformación social llevada a cabo hasta hoy, para conocerle; hay algo más, hay mucho más que vive dentro de su espíritu, que causas mil no han permitido manifestarse en actos y que completan su fuerte personalidad. Las ideas y los sentimientos que permanecen puertas adentro de su alma, que le indujeron a dictar un decreto, a destituir a un funcionario, a otorgar un ascenso, a no contestar una nota, etc., etc.; todo eso que hace sin exposición de motivos ni comentarios marginales, sino militarmente, calladamente, pero siempre con un propósito mediato que el tiempo se encarga de justificar; todas estas manifestaciones del alma con sus reservas mentales, sus puntos suspensivos, las interrogaciones de su silencio, los misterios de sus cosas, completan su personalidad.

En lo íntimo, día a día, en el acuerdo oficial como en las sobremesas animadas de Hermosillo o en viaje lento en nuestros destartalados furgones trepidantes que nos llevaron a la gentil Culiacán; o en las charlas animosas del Cañón del Pulpito —en el camino de Sonora a Chihuahua—,

a la vera de los regatos y ensombrecidos por los peñascales perdidos allá muy alto; o en la inacabable estepa chihuahuense, cuando externaba las ideas avanzadas de la renovación nacional que cotidianamente se implantan y que habrán de ser el perdurable pedestal de su nombre, entonces le fui conociendo. Entonces comprendí que no es el hombre solamente el de los hechos consumados ya; que en aquel espíritu reconcentrado y al parecer inaccesible hay un hondo bagaje de cosas buenas, altruistas, salvadoras, y que eso es, además de todo lo que ha hecho, todo lo que dice, y todo lo que piensa y nunca dice.

Don Venustiano es a veces hermético y muchas enigmático. Cuando le hablan, le piden, le comentan, le intrigan o le interpelan, escucha, escucha con una grande atención, clava sus ojos brillantes y claros en los ojos que le miran, observa con fijeza, escruta el alma y luego responde con unas cuantas frases nada más, muchas veces con un sí o un no.

En sus acuerdos la concepción del asunto es rapidísima y la resolución inmediata; breves palabras son bastantes para transportar a un ejército, para organizar un plan general de campaña, para crear centenares de escuelas, para zanjar un conflicto internacional, para conmover a una asamblea, para interesar al mundo, para sacudir a un pueblo.

Es sereno, sereno y grave por antonomasia; propiamente nervioso, agitado, nunca le vi; en los peligros, en las intrigas, en las infamias, en las victorias como en los desastres, siempre le contemplé ecuánime, sin un movimiento brusco en sus miembros, sin violencias en la voz, sin relámpagos en la mirada, sino tranquilo siempre, dejando venir los acontecimientos conmovedores con toda calma y dejándolos ir con toda calma. Su mano firme nunca ha temblado ni de temores, ni de ternuras, ni de cóleras.

* * *

Entre los rasgos de su carácter está el valor, el valor civil y el valor personal. Con elocuencia lo demuestran innumerables casos.

Su viril actitud, ya lejana, en el caso de su candidatura para Gobernador del Estado de Coahuila en el régimen de la autocracia Díaz, cuando en contra de la voluntad de éste no accedió a retirar su candidatura, sino al contrario, ratificó a sus partidarios sus deseos de sostenerla a pesar de todo y contra todos; su aventurada y patriótica conducta al iniciarse el movimiento revolucionario de 1910 en compañía del señor Madero, de quien fuera colaborador en el Gobierno Provisional de Ciudad Juárez, con el carácter de Ministro de Guerra; su gesto salvador de

dignidad y protesta con que principiara la contienda convulsiva del pueblo contra el ejército, vive para la historia en aquel mensaje que contestara a Huerta el 19 de febrero de 1913, desconociéndole toda autoridad legal y arrostrando para la Patria, por él representada en esos momentos, un porvenir dudoso en éxitos, pero salvador ante la dignidad de la República; estos y otros innúmeros casos denotan el temple de un alma de valor civil seguro y pujante.

En Monclova, los federales en columna poderosa atacaron al incipiente Ejército Constitucionalista al mando del propio Primer Jefe; la resistencia de los nuestros era imposible; el abandono inmediato de la plaza era obligado por la carencia total de artillería y por lo exiguo del parque y de la gente. Al fuego incesante y tenaz de los asaltantes, los nuestros, bisoños todavía en achaques de guerra, se retiraron con violencia. El Jefe, con sus muchachos de Estado Mayor, veía la retirada con una paciente serenidad. A reiteradas demandas de sus oficiales preparaba su marcha; pero notando que olvidaba dar agua a su caballo, se detuvo, y parsimoniosamente fue donde estaba el agua para que bebiera su caballo prieto de campaña. La metralla amenazante daba casi en los blancos y las balas de fusil hendían el aire con frecuencia. Sus jóvenes acompañantes apremiaban la retirada, suplicando con enojo filial. El Primer Jefe esperaba impasible que el animal saciara su sed... Después puso la rienda al bruto, le montó sin premura, y paso a paso, fue por el camino polvoriento buscando a sus soldados. Habría andado como cien metros, cuando notó la falta de su fuate, y regresó a recogerlo en el sitio donde había abrevado su caballo...

Otra vez, en el primer ataque a Torreón, en medio de la vivaz pelea, el Jefe, con dos oficiales de su Estado Mayor, de pie en la cima de una colina que dejaba a descubierto el erguido cuerpo, escrutaba las posiciones enemigas y pugnaba por amenguar el entusiasta desorden de los sitiadores. Los huertistas lanzaron fuego nutridísimo sobre aquellos osados que miraban pasar a la muerte con desdenes; las balas, como jugando, rimaban sus sonidos agudos entre los pies de los asaltantes. El Coronel Roberto Rivas y los Tenientes Juan y Lucio Dávila le instaban para que, bajando de aquella altura, quedara al abrigo de aquel rudísimo ataque. El Jefe oía las balas y los consejos con la misma tranquila indiferencia, hasta que cuando el peligro fue intenso, Lucio Dávila, con su franqueza campirana y cuerdo cariño, tomó al Jefe por un brazo, y diciéndole: "Quítese de ahí, que lo van a matar", lo apartó del peligro.

* * *

Es bueno, de una bondad justiciera que nunca llega a las exaltaciones de la terneza ni va más allá de la prudencia y de la necesidad. Hace la caridad cuando es preciso; nunca le miré dejar delante de sí una mano tendida y doliente sin otorgarle un socorro.

Es un hombre honrado en el más amplio sentido del vocablo. Su actitud política fue un credo y es un apostolado. La Revolución mermó su hacienda y aumentó considerablemente sus amarguras y las dificultades todas de su existencia. Vive modestamente; en su mesa no hay esplendores ni en su casa boatos. Ni haciendas ni mansiones adquirió al amparo de los tesoros cuantiosos que de sus manos han surgido.

Cuando su hermano Jesús, el mártir de la tragedia suriana, murió, le fueron recogidas algunas monedas de oro. Como una remembranza del martirio, aquel oro fue puesto en las manos del estoico hermano. El Jefe consideró que aquellos bienes pertenecían a la Nación y no a él, y ordenó fueran entregados a la Tesorería General; sólo conservó para sí un *hidalgo* que mandó pagar al precio corriente.

* * *

El carácter es su mayor fuerza. Carranza se ha trazado como hombre público una línea de conducta que sigue derechamente, sin que la tuerzan las amenazas de los enemigos, ni los peligros más grandes, ni las pretendidas imposiciones extranjeras, ni las súplicas de amigos, ni el amor a los suyos, ni las enérgicas protestas de sus más aguerridos Generales, ni aquel formidable ejército que levantaban contra él las iras del despecho, del odio, de la ambición y de la inverecundia; ni la enajenada vocinglería de una asamblea caótica, ni la visión trágica del hermano traicionado que habría salvado la vida con una palabra suya.

Carranza, cuando resuelve, ejecuta sin vacilar, sin temores al fracaso ni transigencias con extraños ni propios. Su voluntad es potente; se me figura como si el alma de nuestros antepasados muertos por el bien de la Patria le dieron ánimos y aplausos y pasara por sobre todos nosotros sin mirar nuestras pasiones, sin escuchar el error de los demás, sino con un espléndido miraje que, salvando a los hombres y a los tiempos actuales, va a posar su ensueño en la futura República libre y fuerte, República que al mirar sus bienaventuranzas, echará atrás sus memorias y sus respetos para amar en la escuela, en el campo, en el taller, en la mesa electoral, en el parlamento y en el hogar, al patricio que supo dar castigo al crimen, defender a la ley, vencer a la reacción y a la anarquía con la fuerza de su voluntad y la fe en su pueblo.

Cuando episodios culminantes han arrastrado verdaderas crisis patrias, don Venustiano Carranza ha perfilado su carácter. Una tarde penosa, en nuestra peregrinación fronteriza, por aquellos días imperecederos del ultraje americano a nuestra tierra, a nuestra raza y a nuestro ensueño libertario, en Chihuahua, después que nuestra fe revolucionaria cantaba aleluyas incesantes, nos llegó la verdad como una injuria: los soldados extranjeros habían invadido a Veracruz.

El Primer Jefe se irguió soberbio; alentaba serenidad; pero en su pecho el alma de su tierra y de su cielo protestaba con vigor. El Presidente Wilson dio explicaciones en nota cortésísima a los Constitucionales: todo era culpa de Huerta y contra Huerta.

Don Venustiano no aceptó las excusas y protestó con enérgica dignidad; su nota encarnaba en la idea el orgullo nacional herida por una magna injusticia. La prensa y parte del pueblo americanos, sin comprender nuestros sagrados derechos de autonomía, se levantaron contra Carranza; le llamaron ingrato, torpe, altivo. Los intervencionistas mostraron sus puños impregnados de ira contra el osado que desafiaba al gran pueblo; el Parlamento yanqui se agitó con escándalo y la política militante hubo de pedir la guerra para este perdido país anárquico y altanero.

La certidumbre de la intervención se hizo en Washington. Arribó el mensaje anunciador proveniente de nuestra Agencia Confidencial: "Todo está perdido; antes de pocas horas la intervención será un hecho."— Cuando leí el mensaje, don Venustiano lo escuchó sin inmutarse, y, con una serena majestad me dijo: "Sabremos cumplir con nuestro deber".

Después, allá en su recámara del palacio Gameros, quizá por vez primera, le vi pasearse, de rincón a rincón, a grandes pasos, un tanto menos pausados que de costumbre; sus palabras solemnes caían en nuestros oídos sagradamente. Iría al sacrificio... acabarían con todos nosotros; pero defendiendo como leones la tierra muy amada.

Contemplándolo así, aquella tarde ensoñé morir defendiendo al hombre símbolo envuelto en su bandera.

Cuando el Gobierno americano pretendió ser el representante de Inglaterra, de Francia y de España para reclamar al Primer Jefe del Ejército Constitucionalista los perjuicios y daños que los nacionales de aquellos países hubieran sufrido por causa de la Revolución, el señor Carranza con toda entereza se negó a aceptar tales representaciones, porque ellas significaban que México para los europeos era un país tutelado de los Estados Unidos. El señor Carranza objetó que las reclamaciones

todas, de cualquier país que fuesen, deberían dirigirse a él directamente, haciendo así respetar su personalidad y la del Partido Constitucionalista que representaba la ley y el honor de su patria.

Tal actitud y aquel tono enojaron a todas las cancillerías interesadas.

Con motivo del caso Benton la amenaza de intervención fue estupefacta; la movilización de las tropas americanas en la frontera se hizo violentamente; la prensa yanqui injuriaba al señor Carranza con saña, y algunos de los nuestros erróneamente pedían al Primer Jefe que aceptara las representaciones que menoscababan nuestra personalidad internacional.

Carranza estuvo contra todos manteniendo sin vacilaciones su digno acuerdo, y confiando solamente en la razón y justicia que lo asistían. Resistió estoico todas las críticas, despreció todas las amenazas y aceptó las consecuencias de su conducta ante las responsabilidades históricas.

Así comenzó ante el mundo a definir el temple duro y firme de su carácter.

Más tarde, cuando nuestras buenas hermanas Argentina, Brasil y Chile, lo invitaron a tomar participio en las conferencias del Niágara, que pretendían solucionar satisfactoriamente el conflicto existente entre los Estados Unidos y México, con motivo de la ocupación de Veracruz por Huerta provocada, aceptó en principio la cortés invitación; pero al saber que en las famosas conferencias se discutían los problemas internos de México, tales como la Presidencia de la República y tópicos de la Revolución como la cuestión agraria, el Primer Jefe, ante el craso e injustísimo error internacional, envió su protesta a los conferencistas, negándoles el derecho para inmiscuirse en tales cosas que discutían con los representantes de Huerta y notificándoles de manera terminante que las resoluciones que en las conferencias se tomaran serían desconocidas por él en su carácter de Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, Encargado del Poder Ejecutivo de la Unión.

La voz de Carranza constituyó un asombro para todos, y la consecuencia, de resonancia mundial, fue el fracaso de las conferencias del Niágara.

Un episodio brillante que él mismo me refiriera, denota la entereza y energía singulares de su carácter. El caso fue en Chihuahua.

Francisco Villa llegó inesperadamente de Torreón; era la primera vez que el Primer Jefe y el Jefe de la División del Norte se encontraban frente a frente después de iniciada la Revolución. Villa iba a Chihuahua a asesinar al General Manuel Chao, Gobernador del Estado. A su arribo ordenó con presteza que suficientes tropas rodearan la casa del General

Chao, quien quedó prisionero en sus propias habitaciones. Villa tuvo la audacia de ordenar a las mismas fuerzas de la escolta del Jefe hicieran guardia al rededor de la casa de Chao. Los oficiales obedecieron por haber recibido órdenes falsas provenientes de Villa. A la madrugada siguiente debía ser pasado por las armas el Gral. Chao.

Al darse cuenta el Gobernador de Chihuahua de su peligrósima situación, aprovechó la visita del entonces Mayor Alfredo Breceda para decirle con el mayor sigilo que iba a ser fusilado por el General Villa y que notificara con urgencia la noticia al Primer Jefe.

Don Venustiano ignoraba el objeto del viaje inesperado del General Villa; pero al saber que éste se encontraba en Chihuahua, y sabedor de las dificultades personales existentes entre ambos Generales, ordenó al Capitán Juan Dávila fuera a llamar al General Villa para conferenciar con él y tratar de desvanecer los conflictos existentes entre los dos mandatarios, conflictos que trascendían en mal para la causa y para el Estado fronterizo. Villa obedeció al llamado; en el camino, Dávila, que ignoraba la causa de aquella cita, burla burlando dijo al General Villa que el Jefe lo llamaba para mandarlo fusilar. Aquel hombre desabrochó su chaleco y con disimulo corrió la pistola hasta ponerla al alcance rápido de su mano. El Primer Jefe, por su parte tenía su revólver sobre el buró, tapado con la pequeña carpeta del mueble.

La escena fue violenta, las frases del diálogo terminantes; el asunto, tratado en concreto desde luego.

—He llamado a usted para que hablemos sobre las diferencias que tiene con el General Chao, diferencias personales que deben terminar para bien del Estado y de la causa que defendemos.

El General Villa interrumpió al Primer Jefe, diciéndole:

—Pues si ya a estas horas mandé fusilar a Chao...

—¿Y con qué facultades ha ordenado usted, no el fusilamiento, sino el asesinato del General Chao? ¿No sabe usted que he ordenado no se fusile a nadie sin ser previamente juzgado por un Consejo de Guerra?

—Es que Chao es un político —contestó Villa— y yo no podía permitir que me siguiera obstruccionando.

—Pues usted va a resentir las consecuencias de sus actos y responderá usted ante los Tribunales por el asesinato que acaba de cometer.

A estas palabras duras del señor Carranza, Villa contestó:

—No, mi Jefe, no se enoje; si todavía no lo han fusilado.

Entonces el Primer Jefe, con voz airada y ademán resuelto, ordenó a Villa: —Inmediatamente ordene usted que pongan en libertad al General Chao.

Villa objetó a su manera, negándose a obedecer las órdenes superiores, y con ira relató los cargos que tenía contra el Gobernador de Chihuahua, ya con tono descompuesto, como decidido a cumplir su capricho. El señor Carranza, entonces, con imperioso ademán y voz fuerte de mando y decidido a todo hasta hacerse obedecer, dijo a Francisco Villa: —En estos mismos instantes ordene usted en mi presencia se ponga en libertad al General Chao. Aquí yo mando, y si usted no obedece, lo haré que cumpla; —y seguidamente abrió la puerta y al entonces Capitán Jesús Valdés, que pasaba por allí, le gritó: —¡Valdés!— El Capitán penetró en la recámara aquella a recibir órdenes. El Primer Jefe, encarándose con Francisco Villa, con autoridad majestuosa le dijo: —Ordene usted al Capitán Valdés que vaya inmediatamente a decir a quien corresponde se deje libre al Gral. Chao.

Todavía aquel hombre puso objeciones, viéndose precisado el señor Carranza a insistir con más viveza y más violenta actitud:

—Cumpla lo que le ordeno, o haré personalmente que me obedezca.

Entonces Villa, dirigiéndose al Capitán Valdés, concluyó —Dígale al Coronel Bracamontes que suspenda el fusilamiento de Chao. Así salvó la vida el Primer Jefe del Ejército Constitucionalista al Gobernador y Comandante Militar del Estado de Chihuahua General Manuel Chao.

Pero no terminó así el día. Por la tarde, cuando el Jefe salía de sus oficinas del Palacio de Gobierno de Chihuahua, a la hora del crepúsculo, cuando llegaba ya a las puertas de Palacio, se encontró con el General Chao, que venía en su busca: —Vengo, señor —le dijo—, a hablar con usted de un asunto de suma importancia. Los jefes y oficiales a mis órdenes, indignados mucho y con justicia por la indigna y cobarde conducta de Villa, están decididos a fusilar a este bandido. Yo estoy conforme con ellos, porque creo que con la supresión del General Villa, no sólo el Estado de Chihuahua, sino el país entero se ahorrará muy serios y sangrientos sucesos; pero como no quiero proceder sin que usted tenga conocimiento de estas cosas, he venido a participárselo.

El Primer Jefe del Ejército Constitucionalista, con su grave voz inalterable, le contestó que no autorizaba semejante atentado, como no había consentido en el que estuvo a punto de cometerse la madrugada de ese día en la persona del mismo General Chao; que él, como Jefe de la Revolución, no podía permitir que sin previo juicio se privara de la vida a

los que faltaran al cumplimiento de su deber, que para eso estaban los Tribunales.—Entiéndase usted—le dijo al General Chao,—que el día que yo autorizara un asesinato de esta especie, la Revolución fracasaría, porque ni los jefes ni los oficiales tendrían confianza en mí, ni el pueblo tampoco. La fuerza de nuestros actos está en la razón y en la justicia.

Chao con marcado empeño insistió en su demanda, relatando casos bochornosos de la vida privada y pública de Villa, del peligro que significaba este hombre para los destinos del país, de los abusos diarios que cometía, de su espíritu sanguinario, dictatorial y plebeyo, de las ventajas que reportaría a la causa la supresión de un personaje así. El señor Carranza tenía una contestación para cada argumento.

Más de una hora duró aquella conferencia allí en el Palacio de Chihuahua, donde la silueta inmensa de Carranza y la pequeña del Gobernador Chao se destacaban a través de los claros de las columnas de aquel histórico patio.

Carranza defendió hasta el último momento la vida del General Villa, consiguiendo que el General Chao, finalmente, refunfuñando y con verdadera contrariedad, obedeciera la orden del Primer Jefe de no fusilar al Gral. Francisco Villa.

Así, el Primer Jefe, el mismo día que salvara la vida al General Chao, rescató de la muerte al Jefe de la División del Norte General Francisco Villa.

José Refugio Velasco, Soldado

Por el Ing. Don *José López Portillo y Weber*

(Continúa)

Apenas surgía algún intelectual de fuste, o algún destacado hombre de negocios, o de riqueza, en cualquier Estado de la República, los científicos lo absorbían en su grupo, lo ligaban indestructiblemente a él con los lazos del interés, y lo divorciaban por completo de su medio ambiente natural. Creo indispensable, sin embargo, hacer aquí una aclaración: la administración porfiriana se caracterizó por la absoluta honradez con que fueron manejados los fondos públicos. Los negocios del Grupo Científico eran posibles sólo debido al previo conocimiento de las medidas legales y reglamentarias que tenían los negociantes; al apoyo del Gobierno en la ejecución de los trabajos, y a la oposición con que tropezaban quienes no se unieran al grupo; pero los Fondos Públicos eran honradísimamente administrados, jamás se abusó de ellos, y una burocracia perfectamente entrenada, bien organizada, muy trabajadora y tan proporcionada en número a las necesidades del país que puede asegurarse que ninguno de sus integrantes sobraba, era la mejor garantía de la buena administración.

Sin embargo, de todas estas ventajas, la gran masa del pueblo no era feliz. Desde luego, en la práctica, la instrucción popular y elemental de-

jaba mucho que desear. La Constitución imponía como obligatoria la instrucción laica y gratuita, pero la verdad es que el número de escuelas de primeras letras era reducidísimo, a pesar de que en la Capital de la República y en muchas de las ciudades de provincia, había escuelas normales para la capacitación de maestros y profesores. La mayoría de los mexicanos (alrededor del 85%) era de analfabetos ineducados.

Con el curso de los años, la población de México fue aumentando en forma muy sensible, pero la riqueza individual, en promedio, fue decrecieron de continuo. Y en proporción y en absoluto, el número de los analfabetos creció.

Considero que no sea muy exagerado suponer al país, al empezar el último tercio del Siglo XIX, una población de ocho millones de habitantes, que se había elevado hacia 1905, a unos doce millones, y que al concluir el Porfiriato, llegó seguramente a quince.

Como es natural, el mayor contingente en este incremento demográfico era proporcionado por las clases bajas, por los proletarios, obreros, o campesinos.

Carentes de escuela laica, y sin poder apelar, como antes, al recurso de las escuelas parroquiales, prohibidas ahora por la Ley, la formación cultural básica de todos aquellos miembros de las clases proletarias que habían nacido al iniciarse el Porfiriato, y hasta los que habían visto la luz un poco antes, en los tiempos de Lerdo, dejaba muchísimo que desear. En su madurez, eran hombres primitivos, habituados a dar libre juego a sus propios instintos.

* * *

De los dolores del pueblo podían dar fe dos clases de intelectuales: los sacerdotes y los maestros de primeras letras. Ambas profesiones se integraban, por lo general, con miembros de la clase media baja, y con algunos proletarios de dotes excepcionales. Así que clérigos y maestros sentían afinidad con las clases populares; pero el Clero, hostilizado y visto con desdén y desconfianza por los intelectuales positivistas, permaneció pasivo y se rehusó a operar, olvidando que a él debía México su existencia como pueblo libre, puesto que miembros del bajo clero fueron muchos de los caudillos de nuestra Independencia, y desde luego, los más destacados, (Hidalgo, Morelos, Matamoros, Mercado, etc.).

En cambio los maestros de escuela entraron en actividad inmediatamente que se dieron cuenta de la situación.

La base intelectual del maestro de escuela, por incompleta que sea, le proporciona apoyo para construir sobre ella, en el futuro, un edificio in-

ponente. La costumbre de enseñar a los niños, dota al maestro de mucha seguridad en sí propio.

A la casta de maestros de escuela se debe en gran parte la Revolución Mexicana. Para no citar sino a los más importantes y conocidos, recordaré a Plutarco Elías Calles, a Gabriel Leyva, a Otilio Montaño, a Esteban Baca Calderón, a Librado Rivera, y a la señorita Dolores Jiménez y Muro, cuyo importante papel en la Historia de México, les da derecho para ser citados aparte.

Pero si tan escaso era el fermento que levantaría la masa popular, considérese qué educación; qué hábitos de moderación; qué elementos de juicio y de lógica, y qué ejemplos, pudieron haber recibido, de niños, Francisco Villa (o Doroteo Arango) y Emiliano Zapata, para no citar más que a dos importantísimos personajes de nuestra Historia que, aunque sabían leer, no concurrieron jamás a escuela alguna. Gildardo Magaña, el biógrafo del caudillo suriano, cuenta cómo el futuro caudillo, cuando era simplemente domador de potros bravos de Ignacio de la Torre, (yerno de Porfirio Díaz), cuidaba de los finísimos caballos que su amo mantenía en sus pesebres, y comentaba con justificada amargura, que estas caballerizas ofrecían más comodidades y permitían mejor vida a los caballos, de la que podían encontrar en sus pobres jacales los campesinos del Estado de Morelos, entre los cuales se contaba el mismo rancho de Anenecuilco.

En la última década del Porfiriato vino a México un escritor yanqui afiliado al partido anarquista, llamado John Kenneth Turner, quién, haciéndose pasar por un capitalista deseoso de invertir su fortuna en negocios de henequén, visitó la Península de Yucatán, y basándose en sus observaciones escribió un libro de escándalo llamado *México Bárbaro*, en el cual quizá cargó un poco lo negro de las tintas, pero nunca he leído una réplica o rectificación a los datos de Turner que me convenzan de que dijo embuste o exageración considerable.

Se ha negado hasta la misma existencia de Turner. Sí existió. Yo lo conocí personalmente. Alguien me presentó con él en la Estación del Ferrocarril de Buenavista. Recuerdo que era un yanqui de mediana estatura, nada atlético, flaco, de tez amarillenta, y de mirar receloso y desconfiado. Casi no habló conmigo.

Los horrores que sufrían los peones en las haciendas de Yucatán eran tremendos, todavía agudizados por la larga guerra de castas que sufrió la Península, y que indujo a Porfirio a mutilar el Estado, cercenando su mayor parte para formar el Territorio de Quintana Roo, que fue convertido en campo de concentración de cautivos, en una Siberia tórrida, en

el infierno de todos aquellos desafectos al régimen que provenían del agro, de las Sierras, o de las plebes ciudadinas. Estos horrores los narró Turner.

Durante toda la guerra del Yaqui, fueron arrastrados a Yucatán los cautivos yaquis, que en número de varios miles eran llevados hasta la Península para castigar su rebeldía. Se lucraba con estos infelices como si fueran esclavos.

La Campaña del Yaqui se eternizó por todo el tiempo que duró el Gobierno de Porfirio. El conocimiento de su propio terreno, la indómita bravura de la tribu, y su habilidad en el manejo de las armas, hicieron que la lucha se arrastrara por años y años. Buena parte del Ejército Federal se encontraba constantemente en Sonora, en aquel costoso e insuficiente esfuerzo para aplastar a los rebeldes.

* * *

Temeroso Porfirio de un cuartelazo, cuidó siempre de mantener el Ejército en continuo movimiento, distribuyendo los mandos militares en zonas cuyos jefes, dotados de poquísimas facultades y mandos eran a poco tiempo removidos, y relevando y cambiando de lugar a los batallones y regimientos constantemente. La Artillería la conservó siempre en la Capital. El objeto era evitar que entre el jefe de la tropa y los soldados, y entre región y tropa, se establecieran nexos estrechos. Esta política hizo que al Yaqui fuera por lo menos alguna vez cada uno de los cuerpos que formaban el ejército.

No podía faltar en esta campaña el General José Refugio Velasco, que concurrió a los siguientes combates trabados contra los Yaquis: Zama-huaca (dos veces), Cerro del Gallo, Agua Alta, Cerro de Cunamove, Cerro de Huamare, Cajón del Alamo, Llano de los Algodones, Realito de Guamurupa, Puerto de Vázquez, Tinaja Alta del Bacatete y Cerro de Bachomampo. Así que el General Velasco no llegó a disfrutar de paz, ni durante la paz porfiriana.

* * *

Después del desacato sufrido por Porfirio Díaz hacia 1899, los políticos todos le presentaron, con mucho miedo y con mucha habilidad, pero de todos modos le presentaron, el problema de la Sucesión Presidencial.

Porfirio, dizque para buscar sucesor, se dio entonces a recorrer la República, y ya quedó apuntado cómo, en el curso de este recorrido, llegó hasta Monterrey, admiró los éxitos de Bernardo Reyes, que había logrado sacar aquella población de la categoría de modesto villorio para convertir-

la en incipiente centro industrial, y en el curso de un banquete que en Monterrey se sirvió, alentó a Reyes con las siguientes palabras: "General Reyes, así se gobierna".

Estas palabras atrajeron sobre el militar de esta manera elogiado la atención de la República entera, y de hecho, todos los que no eran científicos, es decir, la inmensa mayoría de los mexicanos conscientes, consideraron a Reyes desde ese momento como el sucesor ya elegido por Porfirio.

Acentuó esta creencia el llamado que Porfirio dirigió a Reyes para encargarlo de la Secretaría de Guerra, en cuyo desempeño puso Reyes un dinamismo y una habilidad verdaderamente notables. Comprendiendo que en México es imposible la implantación del Servicio Militar Obligatorio, quiso, hasta cierto punto, satisfacer la necesidad que había de disponer de gente disciplinada, creando lo que llamó la Segunda Reserva, es decir, unidades militares de jóvenes entusiastas a quienes se impartía cierta instrucción militar, y a quienes se dotaba de ciertos hábitos de disciplina, pero a quienes faltaba la dura vida del Cuartel. Algo que la mayor parte de los historiadores comparan con la "landwehr" germánica, pero que más bien estaba inspirada en la Guardia Nacional Francesa de antes del encumbramiento de Napoleón III.

La personalidad del General Reyes y su incapacidad moral para someterse a ningún compromiso o componenda, lo indujeron a romper pronto todo lazo que pudiera haber existido entre él y el Grupo Científico, cuyos periódicos empezaron a atacarlo, con prudencia y cortesía primero, pero con mayor rudeza a medida que pasaba el tiempo y la lucha exaltaba las pasiones. Su hijo Rodolfo, a la sazón abogado con bufete de prestigio en México, fundó un periódico para responder a los ataques contra su padre de la misma manera en que éstos eran formulados. La discusión se fue haciendo más y más áspera. La virulencia subió de punto; los ataques del órgano reyista llegaron a enderezarse no sólo contra Limantour, sino contra su familia; se quejó de ello ante Porfirio el Secretario de Hacienda; el de Guerra rehusó admitir responsabilidad alguna en la agresividad de su hijo, y la situación se resolvió renunciando Reyes y volviendo a Nuevo León, prácticamente en desgracia con Porfirio.

Pero a medida que los años pasaban, las perspectivas generales del país se iban agravando. La Administración se perjudicaba, pues las cualidades del Gobernante y de sus colaboradores resultaban cada vez más lesionadas con la edad de los funcionarios. Porfirio era muy poco afecto a cambiar sus colaboradores, y su Gabinete llegó a quedar integrado por puros viejecitos.

La acción de los maestros de escuela se alió bien pronto, en México, con la propaganda disolvente que llevaron a cabo en el país muchos desterrados anarquistas españoles, sobre todo, catalanes. Por entonces el Marxismo era gladiador de segunda entre los guerreros izquierdistas, y en cambio el Anarquismo era el temido justador.

Los intelectuales de más prestigio y capacidad, habían sido llamados al Partido Científico, y de ninguna manera integrarían las filas de la oposición. Así que ésta pudo contar sólo con intelectuales de segunda fila, con maestros de escuela de cultura incompleta, amargados, impetuosos e impulsivos; con profesionales muy jóvenes, recién recibidos; con simples pasantes, y con estudiantes destripados, pues la política como profesión, (no como aspiración), es un recurso para quienes vieron cortada su carrera.

Los fulgores gloriosos de las Guerras de Tres Años y del Imperio se percibían aún con viva brillantez en las dos primeras décadas de este Siglo, y casi todos estos jóvenes opositores a Porfirio pertenecían a la fanática secta jacobina, renegaban de la "política de conciliación" del régimen, y esperaban todos los males del mundo para México si algún cura distraído, alguna vez olvidaba despojarse de la sotana, en casa, antes de salir a la calle; o si se descubría algún "conventículo" clandestino de monjas rezanderas, o si en algún Equistlán, escondido en la sierra, una cofradía de indios devotos desfilaba procesionalmente por las calles tras de la milagrosa imagen de San Apapucio.

Estos jóvenes, a iniciativa de unos de ellos: el Ingeniero Camilo Arriaga, hijo del famoso Ponciano Arriaga, Constituyente de 1857, fundaron el Gran Partido Liberal en un acto público que se celebró en 1900 en San Luis Potosí; pero que fue disuelto por Heriberto Barrón, mesnadero de Bernardo Reyes, cuando al año siguiente el Gran Partido intentó celebrar su segunda Convención.

Inmediatamente los jóvenes afiliados al Partido entraron en actividad subterránea y empezaron a preparar una revuelta, cuyos primeros brotes ocurrieron en 1906, en la Frontera Norte, en los Estados del Pacífico, y en el Estado de Veracruz. En todo esto participaron Enrique y Ricardo Flores Magón, Librado Rivera, Antonio I. Villarreal, Praxedis Guerrero, y muchísimos otros.

El programa que formularon, furiosamente nacionalista, aunque desmelenado, soñador e impráctico, en muchos puntos sirvió indudablemente

de base a la Gran Revolución Social que sacudiría al país unos cuantos años más tarde.

La oposición al régimen se expresaba en algunos periódicos que eran inexorablemente perseguidos. Sus directores a menudo fueron trucidados, y los simples colaboradores, perseguidos. Se llegó al extremo de considerar que la publicación de esos periódicos era delito cuya ejecución debería penarse con todo rigor, y hasta se incluyó en las tarifas para calcular lo nefando de tal crimen la agravante de "psicología", mediante lo cual se perseguía igualmente a quienes publicaran un periódico político de oposición, a quienes escribieran en él, o a quienes lo distribuyeran. De esta manera resultaban delincuentes políticos hasta los papelerillos anal-fabetos que ahora llamamos "voceadores".

Todo eso fue preparando lentamente el clima para la Revolución.

Especialmente el año de 1906 fue pródigo en estos pródromos ominosos. La Junta Directiva del Partido Liberal hizo circular un instructivo secreto, en que indicaba cuándo, cómo, y dónde, debería empezar la rebelión. Resultado de esta conspiración fallida, pero muy preparada, fueron las huelgas de Río Blanco, ahogada en sangre por el General Rosalino Martínez; de Cananea, igualmente concluida en mantanza de mexicanos, pero ésta llevada a cabo por acordadas yankis; y los movimientos rebeldes de Veracruz; en que tomó parte el famoso Santanón; los de Sinaloa, de Chihuahua, de Sonora, y hasta ciertos desórdenes menos graves que hubo en otras regiones del país. La persecución contra rebeldes y conspiradores se extremó en toda la República, al grado de que todos los directores "magonistas" tuvieron que huir y refugiarse en territorio yanqui. Allá publicaron, en San Luis Missouri, el Programa del Partido, que muy justamente se considera que contiene el gérmen ideológico de la Revolución. En materia de leyes obreras, el Programa no sólo incluye todos los puntos que figuran en el artículo 123 de la Constitución de 1917, sino que los rebasa. Es altamente nacionalista, y sólo queda un poco a retaguardía en el movimiento agrario, que ya por entonces gestaba en el país. Los Flores Magón, que habían sufrido grandes persecuciones, (Ricardo describe su cautiverio en una mazmorra sombría y húmeda, entre bichos asquerosos y repugnantes, y la describe con tal verismo, que resulta escalofriante), aunque nacidos en el Sur de México, no tenían contacto con el Agro, e ignoraban sus problemas.

Posteriormente, los Flores Magón (que sin duda eran los de personalidad arrolladora) y algunos otros de sus compañeros, allá en Estados

Unidos se dieron de alta en la organización anarquista I.W.W. (*) en donde adquirieron una porción de ideas internacionalistas y extrañas que los acompañaron hasta morir. Aunque no pensemos como ellos pensaron, debe reconocérseles una alteza de miras y propósitos, y una rectitud tales, que les ganan el respeto de todos aquellos que estudian sus figuras.

Entre los elementos que por largos años trabajaron en la obscuridad y en el olvido por parte de los esbirros del Porfiriato, se cuentan aquellos a quienes podríamos llamar técnicos del Agrarismo. Una de sus cédulas resultó de tal manera trascendente, que debo referirme a ella. La integraron el súbdito alemán Otto Peust, mexicano de corazón, el Licenciado Andrés Molina Enríquez, y Carlos Basave y del Castillo Negrete. Peust (a todos ellos los conocí y traté personalmente) era el más técnico del grupo. Su calidad de extranjero y la poca difusión de sus estudios lo ha hecho aparecer, inmerecidamente, en segunda fila entre los teóricos del Agrarismo, cuando, al revés, no sólo fue importantísimo, sino también precursor. Molina Enríquez publicó por ese tiempo su obra fundamental: "Los Grandes Problemas de México", en la que analiza certeramente las distintas condiciones que en aquel tiempo privaban entre los campesinos del vasto campo mexicano, y propone soluciones adecuadas y separadas para los problemas del maya oprimido en Yucatán; del chamula y demás indígenas refugiados en las selvas de Chiapas; del indio despojado y expoliado en la región india en el Centro de México, del Eje Volcánico al Sur; del maltrato y donjuanismo que sufrían los labradores en la Región Mestiza, y del abandono de los campos —por lo demás bien áridos— por la ganadería y la aventura, en las enormes extensiones de la Frontera Norte.

* * *

Pero de manera inexorable se fue acercando el momento de presentar cuentas por cobrar. La creciente y desproporcionada pululación proletaria respecto de la clase alta, de natalidad controlada, acabó de desequilibrar la balanza demográfica mexicana. El malestar crecía, y hacia el año de 1908 se comprendía que algo muy serio iba a ocurrir.

En esos días sintiendo crecer el peligro, pero creyendo en la eficacia de engaños y paliativos, se le ocurrió a Porfirio llamar a un periodista de fama internacional, a James Creelman, notable en el mundo entero por las entrevistas de categoría que lograba con grandes personajes.

Con Creelman arregló Porfirio la publicación de un diálogo bien estudiado entre el mismo Porfirio y el periodista yanqui, en el cual el man-

(*) "Iron Worlds' Workers".—Trabajadores industriales del Mundo.

datario mexicano trataba de justificar sus durezas, crueldades y crímenes, alegando que sólo había apelado a tales procedimientos como un instrumento para enderezar a México y ponerlo firmemente sobre sus pies en el sendero de la paz y de la prosperidad. En la "Entrevista" declaraba Porfirio que vería con gusto la aparición de partidos políticos de oposición.

Bueno es advertir que la Entrevista fue publicada únicamente en inglés en una revista yanqui, y que su contenido sólo se conoció en México, después de que lo tradujo al español un periodista colombiano, allá en Bogotá.

Las declaraciones de Porfirio de que estaba dispuesto a ceder el poder a quienes en buena lid política se lo disputaran, determinó en México primero un sentimiento de incredulidad, luego de asombro, de estupefacción, seguido de un brusco impulso a la actividad política a que se entregaron con sorprendente unanimidad los mexicanos. Es inconcebible, para un mexicano de la época actual, admitir que haya habido, en la Historia de su país, época en que la fastidiosísima política fuera actividad nacional, a que se dedicaban con entusiasmo no sólo los hombres, sino las mujeres, y aún los niños. Aquello pareció una erupción.

Surgieron a la palestra muchos que posteriormente llamarían la atención como profesionales, pero que por el momento se limitaron a luchar de modo platónico por su ideal. Se formaron partidos de principios, y partidos personalistas. Entre los de principios, el que más trascendencia tuvo, fue indudablemente, el Partido Antirreeleccionista, en que figuraron Madero, Esquivel Obregón, Vázquez Gómez, Sánchez Azcona y otros varios que después tuvieron grande importancia política. Este Partido estaba integrado principalmente, en su parte más dinámica, por fronterizos hastiados de sufrir en su política local los abusos de grupos nepóticos y plutocráticos. Esas gentes, como era natural, ignoraban el Problema Agrario del Sur, y concretaron su atención sólo al Problema Político.

Otro partido, también de principios, y de grande importancia, fue el Democrático, dirigido por Manuel Calero, Rodolfo Charles y otros sin duda muy capaces. Quizá fue el partido que en esa época dispuso de cerebros más poderosos.

Entre los partidos que no podríamos llamar de principios, sino personalistas hasta por confesión de sus organizadores, figuraba el Reeleccionista o Porfirista, que contó entre sus filas a los prohombres a los aristócratas, a los ricos, a los escritores a sueldo del gobierno, y a los científicos de mayor fuste.

Un poco como "lanza libre", pero siempre en la oposición, campó por sus respetos en esos días un, por entonces, joven abogado cuya actividad dejó hondo surco en la Historia del periodismo nacional: Luis Cabrera. Su humor cáustico e irónico, sus indiscutibles y agudísimas percepción y comprensión de los problemas que se discutían y una expresión muy clara, unidos a un valor a toda prueba y a cierta elegancia en el estilo, hicieron de él, en mi concepto, el periodista más notable del Siglo XX, y quizá el periodista más notable que jamás haya producido México. Su actividad en la oposición, fue demoledora.

Pero el pueblo mexicano, desacostumbrado a pensar en ideales, y con la imperiosa figura (que era muy imperiosa, ciertamente) de Porfirio Díaz, oprimiéndolo todo en extraña omnipresencia, quería algo más objetivo, más tangible que simple ideas, y casi en masa se agrupó detrás de la candidatura para Vicepresidente del General Bernardo Reyes, que fue elegida por sus simpatizadores para oponerla a la del conotado científico Ramón Corral, para el mismo puesto. El pueblo mexicano, fascinado por el Viejo Presidente, habría admitido la reelección de Porfirio siempre que éste hubiera admitido, a su vez, la elección de un Vicepresidente de veras popular, como Reyes lo era en ese tiempo.

Como síntoma de oposición al Gobierno de Porfirio, como una prueba de la decisión del pueblo para tomar parte activa en la política, se observó el instantáneo surgimiento de clubes reyistas que cubrieron todo el país. El General Reyes realmente no supo lo que hizo cuando se negó a aceptar su candidatura.

El Gobierno combatió la precandidatura de Reyes; considerándola de oposición, con toda clase de armas: cortesés, y plebeyas; leales, traidoras; lícitas e ilícitas. Por ese tiempo Rosendo Pineda, líder político de los Científicos, fundó un periódico destinado a luchar contra el reyismo. Ese periódico se llamaba "El Debate", cuyo cuerpo de redacción estaba integrado con jóvenes cerebros a quienes se había ofrecido el oro y el moro para que concurrieran a la defensa del Régimen. El lenguaje de "El Debate" era curiosa mezcla de pureza sintáctica y de procacidad; de giros cervantinos y de expresiones canallescas y brutales. Realmente yo no ví antes, y no he vuelto a ver después, un periódico tan elegantemente escrito, y a la vez tan vulgar, sucio, grosero y bajo como lo fue "El Debate". Llegó al extremo de publicar, en sus artículos palabras soeces y ternos de vieja ebria escritos con todas sus letras. La detestable impresión que con esto produjo, queda patentizada en el hecho de que, después de casi medio siglo de desaparición de ese periódico, ninguno otro se ha atrevido a cargar

con la cruz de su recuerdo adoptando, como propio, el nombre de "El Debate".

* * *

La precandidatura de Reyes era arrolladora, pero Bernardo juzgó equivocadamente que sus obligaciones personales hacia el Viejo Dictador, eran más imperiosas y tenían mayor peso, que sus deberes de ciudadano hacia su patria, y al fin rehusó su candidatura.

Esto fue su muerte política, pues el pueblo jamás le perdonó tal flaqueza; en masa, emigró al Antirreeleccionismo, que había ya recibido el refuerzo de los liberales magonistas, quienes a veces se afiliaron al nuevo Partido por células íntegras de su organización clandestina, (que habían perfeccionado después de su conspiración fallida en 1906), aportando a la nueva causa todos sus recursos, elementos y decisión.

Porfirio estaba furioso, y para desahogar su cólera se dio a perseguir a sus opositores con verdadera saña, no sólo cautivándolos, sino calumniándolos de la manera más villana.

El momento se acercaba, a pasos agigantados, a la única solución posible: la Revolución; pero el Viejo Autócrata, cegado por la edad y la soberbia, se rehusaba a admitirlo.

El Partido Antirreeleccionista aún no elegía candidatos y las elecciones se echaban ya encima. Fue convocada entonces, con cierta premura, la Asamblea General de este Partido que se celebró en el llamado "Tivoli del Eliseo", que era una enorm huerta de propiedad particular enclavada en una vasta manzana que daba frente a la calle del Puente de Alvarado, más o menos por donde ahora se encuentran la Avenida Insurgentes y otras calles, sus paralelas al Este y al Oeste.

La Convención se reunió y fue elegido candidato para Presidente, el agricultor coahuilense, Francisco I. Madero; para Vice Presidente, el Doctor Francisco Vázquez Gómez, y para otros puestos de elección popular, otros muchos personajes que posteriormente han llegado a ocupar puestos de importancia en el Gobierno.

Porfirio fingió divertirse mucho con la actividad de Madero. A ruegos del Gobernador de Veracruz, Teodoro A. Dehesa, consintió en celebrar una entrevista con Francisco I., pero en ella lo trató con hiriente desprecio, fingiendo juzgar idénticas las actividades de Madero a las de un pobre orate, abogado recibido, que se llamó Nicolás de Zúñiga y Miranda, quien con constancia ejemplar presentaba su candidatura para la Presidencia de la República cada vez que Porfirio llegaba al fin de un

período, justificando su aspiración en una proclama disparatada y en una larguísima lista de precios, en que don Nicolás hacía ofrecimientos por el estilo de éste: "Cuando yo sea Presidente, el kilo de carne valdrá un centavo; el kilo de maíz, valdrá un centavo; etc.". Como se vé, la actitud de Porfirio no podía haber sido más ofensiva para Madero.

Madero aceptó el reto, declarando que la Patria decidiría entre Porfirio y él.

Después se dedicó ostensiblemente a giras de propaganda por todo México; pero en las sombras, sus partidarios empezaron a preparar la Revolución.

Las actividades subversivas no escaparon al conocimiento del Gobierno, que respondió persiguiendo con saña a los antirreeleccionistas. La persecución se agudizó, y al fin Madero fue reducido a prisión en San Luis Potosí, y al capturarlo, Porfirio creyó que había logrado el triunfo.

Por lo demás, el año de 1910 había disfrutado Porfirio del placer de una Apoteosis al solemnizar, suntuosamente, el primer Centenario del Grito de Dolores con regias celebraciones en la Capital de la República.

* * *

El trabajo subterráneo de los antirreeleccionistas estaba muy ramificado.

Una de las células más dinámicas la formaban en la ciudad de Puebla, los miembros de la familia Serdán, representada, sobre todo, por Aquiles, hombre de mucha decisión.

Al fin se fijó la fecha para que el movimiento estallara: el 20 de noviembre de 1910.

La actividad de Serdán había llamado la atención de la Policía del Estado, que hizo investigaciones, trató de capturarlo, y el resultado fue que el 18 de noviembre a las siete de la mañana, prácticamente dio principio la Revolución, cuarenta y ocho horas antes de la señalada.

A esa hora Aquiles Serdán y veinte de sus compañeros, sorprendidos por la Policía, dieron muerte al Jefe de ella, el coronel Miguel Cabrera, y luego se defendieron por espacio de varias horas contra el ataque sostenido de más de dos centenares de gendarmes y de soldados. Casi todos los conspiradores resultaron muertos, y los que no lo fueron en el combate, probablemente sí lo fueron en cuanto éste terminó. No recuerdo que nadie hablara nunca de ninguno de ellos después de esa fecha.

El 20 de noviembre, Pascual Orozco y José de la Luz Blanco se echaron al campo de la lucha armada, por allá, por Chihuahua.

La rebelión cundió por todo el país, en donde pronto pulularon las partidas rebeldes. Sin embargo, se señalaron, por su agresividad, las de Chihuahua, y por su terquedad y persistencia en incluir en sus demandas la solución a la cuestión agraria, las del Estado de Morelos, que reconocían como jefe a Emiliano Zapata.

Cuarenta días más tarde del levantamiento de Orozco, fue invadida Chihuahua por una nueva partida, dirigida por el veterano "magonista" Praxedis Guerrero. Este brote era por completo ajeno al antirreeleccionista, y estaba directamente auspiciado por la organización anarquista I.W.W. de claras tendencias apátridas, establecida en Los Angeles, a que se habían afiliado los Flores Magón. Pero apenas hubo franqueado la Frontera, la partida de Guerrero fue prácticamente deshecha en Janos, cerca de Ojitos, en Chihuahua. Murió Guerrero en la lucha, y los sobrevivientes recruzaron la Frontera, se internaron por Estados Unidos, y el 9 de febrero invadieron la Baja California. Este movimiento difirió muchísimo del de Madero, porque prácticamente todos los rebeldes que operaron en Baja California eran filibusteros yankis, de manera que la rebelión no cundió en la Península, y tras de algunos éxitos iniciales, fue completamente aniquilada en Tijuana el 22 de junio de 1911, casi transcurrido un mes después de que la Revolución Maderista ya había triunfado.

En efecto, como resultado de la creciente pululación de partidas rebeldes, el Ejército Federal acabó por quedar totalmente inmovilizado ante la multiplicidad de objetivos posibles que se ofrecían a cada una de sus columnas. Sobre todo, después de la toma de Ciudad Juárez por Pascual Orozco y Francisco Villa en los primeros días de mayo de 1911, que obligó a Porfirio a enviar como plenipotenciario a Francisco Carvajal a las conferencias de paz de Ciudad Juárez. Después de algunos incidentes la paz fue negociada, y el 25 de mayo de 1911, transcurridos treinta y seis años de dominio indiscutible sobre México, Porfirio Díaz presentó su renuncia al Congreso Federal, que la aceptó. Porfirio salió de México en el vapor alemán "Ipiranga", para no volver, el 1º de junio de 1911.

* * *

Fue reemplazado en la Presidencia por el Licenciado Francisco León de la Barra con el carácter de Interino, quien convocó a elecciones y se preparó para entregar el poder al Presidente Electo, que todo el mundo sabía tendría que ser Francisco I. Madero.

Uno de los primeros actos del Presidente de la Barra fue la designación del General José Refugio Velasco, hasta entonces Mayor de Ordenes

de la Plaza de México, para el cargo de Comandante Militar de la misma plaza, que desempeñó durante algunos meses, transcurridos los cuales fue nombrado jefe de la Primera Zona Militar, con residencia en Torín, Sonora. Aunque la guerra del Yaqui había entrado en un compás de espera, la región seguía siendo neurálgica y peligrosa, y el Jefe Militar de esa Zona debería tener muchas cualidades, predominando en ellas serenidad y tino, las cuales habían distinguido siempre al General Velasco.

Sin embargo, como era época de cambios febriles, a fines del año de 1912 Velasco fue trasladado a Veracruz, donde asumió el cargo de Comandante Militar.

* * *

El período que se integra con el Interinato de De la Barra y primeros meses del Gobierno del Presidente Electo Madero, no ha sido hasta hoy bien estudiado en la Historia. Se caracteriza, en parte, por una absoluta incomprensión de la situación real de la República, muy general entre los miembros del Gobierno, de los cuales muchos habían pertenecido al Porfiriato y que no sólo anhelaban, sino que creían posible su resurrección, sin darse cuenta que el problema planteado era hondísimo, más social que político, y olvidando que la Historia jamás marcha en reversa.

Otra característica de este mismo período, es la incomprensión recíproca y absoluta de los líderes Revolucionarios del Norte, respecto de los problemas del Sur, y viceversa, la incomprensión absoluta de los líderes del Sur, respecto de los problemas del Norte. En tanto que los primeros desconocían por completo el problema agrario propio de la región india, los del Sur, creyendo imposible que en el Norte no existiera, generalizaban ese agudísimo problema a toda la República. Así que, cuando los caudillos del Sur exigían devolución de las tierras de que habían sido despojados los indios por los terratenientes, sobre todo, durante el Porfiriato, el Gobierno de De la Barra rehusó satisfacer la demanda y el apoyo de Madero, en cuyo Estado natal ese gravísimo problema no existía, fue menos que tibio para los zapatistas del Estado de Morelos.

Al fin, Madero tomó posesión de la Presidencia de la República, y empezó a gobernar apoyándose en un mecanismo burocrático que, salvo contadísimas sustituciones en algunas de sus piezas más destacadas, era el mismo de que se había servido Porfirio.

Igualmente el Ejército Federal en masa pasó a sostener al Gobierno de Madero.

La percepción puramente política y la generosidad del Presidente lo

indujeron también a conceder excesiva libertad a los políticos opositores del régimen, que lo eran todos los antiguos porfiristas.

Midiéndose en el campo de la lucha periodística, sin apoyo decidido del pueblo, que si había odiado al viejo dictador, una vez desaparecido éste había tornado a su antigua indiferencia, los maderistas cometieron varios errores, siendo quizá los principales permitir un verdadero libertinaje, que no libertad, a la prensa de oposición, y contestar sus ataques, en el periódico "La Nueva Era", casi con la procacidad que había producido el descrédito del periódico corralista "El Debate".

La resistencia, primero de De la Barra, y luego de Madero para repartir tierras, había decidido a Zapata a mantenerse en una actitud semi-levantisca a un paso de la Capital. Durante el Gobierno de De la Barra, había sido hostilizado Zapata por las fuerzas federales a las órdenes del General Victoriano Huerta, que llegaron a tenerlo encerrado y lo habrían podido aniquilar si Madero no interviene para salvarlo, como era natural que lo hiciera.

Pero Zapata no depuso su actitud al subir Madero, y la campaña prosiguió hasta que el Presidente Madero envió a Morelos al General Felipe Angeles, que había sido Director del Colegio Militar, que era hombre inteligente, militar de carrera, muy dinámico, muy culto, y con gran prestigio en el Ejército.

Angeles, que en el fondo tenía ideas revolucionarias, en vez de atacar a Zapata, trató de atraerlo, y el Estado llegó a gozar de una paz casi completa por algunos meses.

La tranquilidad reinante había alentado a dos viejos militares: al General Bernardo Reyes y al General Félix Díaz, a lanzarse al campo de la rebelión. El primero, que entre 1908 y 1909 había disfrutado de enorme popularidad, la había perdido cuando decidió no enfrentarse a Porfirio, así que ahora nadie lo siguió, y prácticamente sin lucha fue capturado y encerrado en la prisión Militar de Santiago Tlaltelolco; el segundo, logró la defección de algunos cuerpos federales en Veracruz —antes de que al Puerto llegara el General Velasco—, y fue preciso que las tropas del General Joaquín Beltrán lo atacaran. También fue capturado y se le recluyó, pero, a él, en la Penitenciaría.

Los partidarios de ambos iniciaron entonces una incesante y cruel guerra de rumores que tuvo mucha trascendencia, pues la tenacidad con que se afirmaban ciertas cosas despectivas, humillantes y calumniosas respecto del alto personal del Gobierno, alentaron a Pascual Orozco a lanzarse a la rebelión.

A combatirlo partió el General González Salas, a quien Orozco derrotó en Rellano, González Salas se suicidó. Entonces Madero confió la tarea de reorganizar las tropas federales derrotadas, y de disciplinar a las maderistas que se incorporaron (entre las cuales estaba la de Francisco Villa), al General Victoriano Huerta, que en poco tiempo alcanzó éxito pleno. Pero la intranquilidad crecía y los rumores no cesaban.

El Gobierno de Madero era perjudicado de continuo por los ataques solapados o directos de la prensa capitalina. Dos periódicos, sobre todo, se distinguieron en esta obra demoledora: el diario "El Mañana", dirigido por el notable periodista Jesús Rábago, y "El Multicolor", semanario de caricaturas que dirigió el súbdito español Mario Vitoria. Ambos, escritos con mucho ingenio (*) y ningún respeto.

Estos dos periódicos apelaron a la maza demoledora de la ironía, y lograron llevar al ánimo de muchos de sus lectores la convicción de que, si el Presidente distaba muy poco de ser un idiota, sus colaboradores indudablemente que sí lo eran.

Además, la caída de Porfirio había sido vista con agrado por el Embajador americano Henry Lane Wilson, quien yo creo que trataba de convertirse en dictador de México entre bastidores (era el tiempo del más agudo imperialismo yanqui, y Estados Unidos acababan de hender Panamá), y que indignado por la negativa de Madero para aceptarlo en ese papel, decidió unirse a quienes deseaban derribar a éste.

Políticamente, fueron los ataques periodísticos los que decidieron la caída del Régimen. Prácticamente, las intrigas de Henry Lane Wilson.

Las percepciones fiscales habían disminuido muchísimo en esa situación de tensa espera, al grado de que ya no bastaban para afrontar sin déficit los gastos del Gobierno.

Entonces, con pleno apoyo de Lane Wilson, los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz se unieron en una conspiración, y al fin el movimiento rebelde estalló el 9 de febrero de 1913.

* * *

Antes de seguir adelante se hace preciso explicar algunos antecedentes de los personajes más importantes de la era trágica que en 1913, como resultado del Cuartelazo, se iniciaba en México.

(*) Un habilísimo caricaturista de "Multicolor" llegó a estilizar y a simplificar la caricatura de Madero, convirtiéndola en un trompo con cuatro manchas negras y dos puntitos (barba, bigote, cejas y ojos). La caricatura eran tan ingeniosa que todos intentaban copiarla. Yo mismo lo hice así, a pesar de mis simpatías por Madero, cosa que después he deplorado siempre.

En primer lugar hablaremos brevemente del duranguense Doroteo Arango, quien adoptó como suyo el nombre de Francisco Villa.

Este eran un joven campesino, blanco, de pelo castaño, que había quedado huérfano de padre cuando todavía era muy joven, y que vivía con su madre y dos hermanas, —una de ellas, adolescente apenas, Mariana; la otra, Martina, una niña de doce a trece años— en la hacienda Gogojito, propiedad de Agustín López Negrete. El año de 1894, el joven Arango tenía dieciséis, y era un adolescente resuelto e impetuoso, que había endurecido su cuerpo y fortalecido sus músculos, exponiéndose a la intemperie en el clima extremo de aquella región, y trabajando con sus manos en el campo, según él mismo lo contó. Martín Luiz Guzmán publicó una obra interesante y pintoresca sobre esto: "Memorias de Pancho Villa". Amigos míos, capacitados para ello, me aseguran que dice la verdad y que la dice como Villa la hubiera dicho. Cierta día, al regresar a su casa, Doroteo se dio cuenta de que López Negrete intentaba abusar de su hermana, la chicuela Martina. Corrió a armarse, volvió, e hirió gravemente de tres tiros a López Negrete ("le puse tres tiros", dijo él). Después, salió huyendo. Con esto dio principio su larga y extraña carrera de aventuras. Vivió como prófugo, defendiendo su vida con las armas. Adoptó como suyo el nombre de Francisco Villa, al cual su padre tenía derechos de bastardía que él reivindicó para sí. Se juntó luego con Ignacio Parra y Refugio Alvarado, hombres ya adultos, de pelo en pecho y de negra conciencia, y anduvo con ellos en sangrientas empresas, según lo dijo él, expresa y claramente, "a matar y a robar".

Algunos golpes afortunados, cuyo fruto distribuyó siempre entre los más pobres de sus antiguos vecinos y compañeros, lo habían aureolado, a pesar de que indudablemente mataba con profusión, además de con cierto prestigio de valor y de habilidad, con los de bondad y de generosidad, así que, cuando se unió a la rebelión maderista, pronto encontró quien lo secundara. Tenía magnetismo, audacia y arrastre. Su prestigio fue creciendo. Era hombre corpulento, con cierta expresión contradictoria en los ojos, que podían ser, a la vez, inexplicamente, bondadosos y crueles; su rostro presentaba cierta sugestión de jabalí, bestia con la cual compartía la ferocidad. Sufría arrebatos de furia que a él mismo lo asustaban. Estaba dotado de grande fuerza muscular. Como era inevitable en su vitalidad, era muy aficionado a las mujeres, de las cuales siempre tenía alguna a la mano. En todo llevó vida de aventurero, pero en el fondo experimentaba, según lo revelan sus palabras y sus obras, extraño sentimiento de compasión y de fraternidad por los míseros, por los oprimi-

dos, por sus "hermanos de raza" como llamaba a los mexicanos todos, lo que, junto a su salvaje agresividad y a su incapacidad para reconocerse vencido, le dieron fama que rebasó las fronteras y que, ya en vida de él, era legendaria en México.

Porque es curioso que, aunque, el partido, o la fracción del partido que en la Revolución Mexicana representaba Villa, fue derrotada; aunque el General Alvaro Obregón, que indudablemente estaba dotado de mayor capacidad militar, fue quien triunfó, el pueblo mexicano, con infalible instinto, ha considerado a Villa como el Guerrero típico de la Revolución, porque el pueblo prefiere siempre al hombre apasionado e impulsivo, sobre el frío intelectual razonador, que lo calcula todo: hasta la venganza, el rencor y el riesgo.

Cuando Pascual Orozco atacó Ciudad Juárez, Villa fue de los convocados y acudió con una partida pequeña en absoluto, pero de gran importancia relativa.

* * *

Acompañaban a Madero dos filibusteros cuyos nombres tenía cierta resonancia mundial: Giuseppe Garibaldi, nieto del famoso caudillo de las luchas de la Unidad Italiana, y Ben Viljoen, que había sido segundo del Generalísimo boer Joubert en la épica lucha que los "afrikanders" del Transvaal y del Orange sostuvieron contra el Imperio Británico en los primeros años del Siglo XX. Garibaldi y Viljoen fueron contratados por Madero para asistir con sus luces y su experiencia de hombres de armas, a los noveles revolucionarios mexicanos.

Pero Viljoen, desconocer del medio, valorizó en exceso el poder combativo de los soldados federales que luchan en Ciudad Juárez, y en cambio subestimó a los revolucionarios mexicanos de Villa y de Orozco, que se aprestaban a atacar a aquéllos. Así que aconsejó abstenerse de una operación seria. Los hechos demostraron su error.

Por lo que se refiere a Garibaldi, demasiado joven y ensoberbecido con su nombre, apenas pisó territorio mexicano "casó mal su gallo", como dicen nuestros rancheros, se puso belicoso y agresivo con Villa, quien en respuesta se presentó en el campamento de Garibaldi al frente de treinta de sus más atravesados secuaces, y desarmó al italiano y a los cien filibusteros que lo seguían. Después de esos principios desafortunados, fácil resulta comprender por qué ni Viljoen, ni Garibaldi, pudieron hacer carrera en el Ejército Revolucionario Mexicano.

* * *

Venustiano Carranza, hombre gigantesco, barbado, de apariencia imponente, era un hacendado de Coahuila. Pertenecía al número de los convencidos y fieles partidarios del General Bernardo Reyes. Figuró como Senador Reyista en el Gobierno de Porfirio. Hostilizado cuando empezó el movimiento rebelde, después del fracaso de ciertos esfuerzos que llevó a cabo para reconciliarse con el régimen del Oaxaqueño, huyó y se incorporó a las fuerzas de Madero, quien lo designó como su Secretario de la Guerra. Concurrió con ese carácter a la toma de Ciudad Juárez y como tal firmó el Tratado de Paz que Francisco Carvajal suscribió en nombre de Porfirio. Posteriormente fue elegido Gobernador de Coahuila, puesto en el cual tuvo algunas dificultades con el Gobierno de Madero. Las dificultades llegaron a ser muy serias, tanto, que un escritor revolucionario ha dicho lo siguiente: “—Mucho se ha hablado de que el movimiento de Carranza fue *cuartelazo por intención, y revolución por casualidad*”. Aunque así lo creamos, no es del caso discutirlo en este capítulo.

Alvaro Obregón era hombre estudioso de la Historia, y admirador de Juárez. De extraordinario talento, de memoria maravillosa, de corazón frío y duro, de gran valor y decisión, y dotado de un carácter alegre. Era ingenioso, de tendencias aventureras, había ensayado actividades como agricultor, y por ese tiempo poseía en su tierra natal una quinta, un pequeño predio al que, con humorismo característico en él, había bautizado con el nombre de “La Quinta Chilla”.

* * *

Los breves datos que doy acerca de los prohombres revolucionarios tienen, por fuerza, que ser un poco más amplios al tratar de Emiliano Zapata, no por la importancia militar que pueda haber tenido el hombre; pero sí por la profundidad ideológica de su programa revolucionario y por su trascendencia social.

En el pueblo casi indígena de Anenecuilco, muy próximo a Villa Ayala, en el Estado de Morelos, vio la luz primera Emiliano Zapata. Sus rasgos acusan en su ecuación étnica fuerte mestizaje, con cierto predominio del elemento blanco sobre el elemento indio.

La región en que hoy se halla el Estado de Morelos, había adquirido importancia en la Historia de México desde muy temprano. Su cercanía a la Capital, la fertilidad de su suelo, la abundancia de las aguas que la riegan, la hicieron lugar elegido desde tiempos muy remotos, incluso por Hernán Cortés, para establecer centros agrícolas. Disfrutaba además, de un clima excepcional. Siempre había sido muy poblada y en forma exclusiva, por campesinos con gran amor a la tierra.

Fue el Conquistador quien trajo la caña de azúcar, cuyo cultivo significó, y significa, la riqueza del Estado de Morelos, y quizá nada pueda dar idea de la salvaje violencia de nuestra Revolución, tanto como este hecho (que se me ha asegurado por un ingeniero agrónomo): hasta el año de 1913 inclusive, la caña de azúcar que se cultivó en Morelos, era descendiente de la que trajo Hernán Cortés; pero después de la interrupción causada por la lucha asoladora y por la destrucción tremenda, cuando se reanudaron los cultivos fue preciso importar semilla de caña de azúcar desde el Hawái.

El territorio del Estado de Morelos es relativamente reducido, aproximadamente, 5,000 kilómetros cuadrados, irrigados por los desagües que bajan de las serranías del Ajusco por el Norte, y del Popocatepetl por el Este. Prácticamente, en el Estado de Morelos nace el río Balsas, y todos los vertederos que vienen a formar su caudal, fertilizan sus tierras.

Sin embargo, no toda su extensión es aprovechable por la Agricultura: hay muchísimos kilómetros cuadrados en que las fragosidades impiden los cultivos, y apenas unos cuantos miles de hectáreas de planicie pueden ser irrigados. Recuerdo que en mi juventud se hablaba de "los Treinta y dos dueños del Estado de Morelos". En realidad, parece que ni a treinta y dos llegaron, sino que apenas si alcanzaron la cifra de diecisiete. Pero así hubieran sido cien, formaban un grupo que monopolizaba la tierra, y todos eran criollos. Entre ellos no había un sólo indígena.

De hecho, muy poco más de las ciento ochenta y nueve mil hectáreas mejor cultivables y más ricas de Morelos quedaban distribuidas entre las haciendas más importantes, de las cuales, las que integraban el bloque mayor (Santa Clara, Tenango y San Ignacio) absorbían sesenta y ocho mil ciento cincuenta y nueve. Más del 33% del total.

La gran riqueza de la tierra, y la escasez de las planicies, había hecho que desde los tiempos más remotos, toda extensión llana fuera cultivada y habitada. Muchísimos pueblos salpicaron el territorio. Cada uno con sus tierras propias, con sus "Ejidos". Cuando se formaron los latifundios, todos esos pueblos sufrieron los abusos, los despojos legales y los atropellos de los latifundistas. Y casi desde que nació, Emiliano Zapata, alrededor de 1884, supo de la pugna constante que había entre los indígenas, ocupantes desde siempre y poseedores del territorio del Estado, y los recién llegados y codiciosos terratenientes criollos que con pleno apoyo del Gobierno, y valiéndose de mil argucias legales, lograron despojar a los indios de los terrenos que les pertenecían. A la vez, el contacto continuo ayudó al mestizaje. La ecuación étnica de Morelos se alteró, pero

no obstante, el trato a los campesinos era duro. El año de 1908 yo ví un cepo instalado en una Hacienda que creo recordar era la de Atlacomulco.

La juventud de Zapata transcurrió en labores del campo, en distintas haciendas. Era buen jinete. Pero estaba justamente inconforme, era presa siempre de amargos y, la mayor parte de su vida, reprimidos sentimientos de rebeldía. Se hizo inquieto y aventurero. Algunos (aunque no sus biógrafos oficiales) afirman que fue miembro de la Guardia Rural.

El hacendado Ignacio de la Torre y Mier, casado con una hija de Porfirio Díaz, lo estimaba mucho como hábil domador de caballos, especialmente para "formar la boca" de las bestias, y como le tenía buena voluntad personal, lo llamó a México con objeto de encargarlo del cuidado de sus caballos de lujo. El contraste que observó entonces entre las caballerizas cómodas y bien provistas, destinadas para alojar a las bestias, con los pobres jacales en que descansaba en su agotamiento el mísero pueblo de Morelos, clavó más adentro en él la decisión de algún día reivindicar para los suyos las tierras que habían sido pertenencia de sus antepasados, y de las cuales se les había despojado, a veces en forma odiosa. Se había llegado a dar el caso de que ávidos latifundistas hicieron despoblar pueblos enteros, para convertir las áreas edificadas en potreros o en depósitos de agua. Por ejemplo, la "Laguna de Tequesquitengo", que todavía a la fecha existe, cubre precisamente la ubicación del antiguo pueblo del mismo nombre.

Zapata se lanzó a la Revolución a pedir les fueran devueltas sus tierras a los campesinos.

* * *

Indudablemente es que Villa vivió como un foragido antes de ser rebelde. Indudable es que Zapata era un iletrado. Indudable es que el empuje revolucionario y agresivo de Villa fue irresistible, destructor, y en apariencia caprichoso. Indudable es que la rebelión de Zapata tuvo la inmóvil, pero indomable persistencia de una activa zona volcánica.

Si Villa fue un Viriato feroz, que todavía no ha podido solemnizarse en la Historia (aunque lo hará. No tengo duda de ello), Zapata fue un Espartaco con ideales, complejos y tenacidad. Hombre de una pieza. Estimable y admirable, precisamente por haber superado el medio de que brotó. Uno y otro fueron producto natural de los abusos que en el agro cometieron los latifundistas tan favorecidos por el Porfiriato, y también producto tarado, pero inocente, de su propia incultura, de la que no eran ellos los culpables.

Porque no lo fueron, hay que repetirlo, sino que resultan víctimas de los abusos que los latifundistas cometían en todo el país, y del abandono en que tuvo Porfirio a las clases pobres. Ambos son productos típicos del vicio social dominante en sus Regiones de origen: Villa fue arrojado a la vida del bandolero por el donjuanismo característico de los hacendados de las Regiones Mestiza y Criolla; Zapata fue impulsado a la vida rebelde como fatal consecuencia de los despojos que a manos de los terratenientes sufrían los campesinos de la Región India.

A las razones fundamentales y de fondo que he expresado ya, se añadían las mil humillaciones y malos tratos que a los campesinos todos se les imponían, desde considerarlos como integrantes de una casta de siervos, más ligados al terruño de lo que estuvieron los miembros de la servidumbre Medioeval europea; hasta la profanación de hogares; malos tratos corporales; cautiverios en campos de concentración en: Valle Nacional, Oaxaca, en donde los cautivos eran empleados en el cultivo del tabaco; o Quintana Roo, en donde se les dedicaban al del henequén o a la explotación del chicle; o a las salinas en las Islas Marias, etc. Otros eran enviados de "Leva", como soldados del Ejército Federal, convertido de esta manera en presidio ambulante.

* * *

Sin embargo, al ascender Madero, los miembros de las clases privilegiadas, suponiendo extendido por todo el país el disgusto que a ellos les causaba la simple pérdida del apoyo total que antes recibían del Gobierno, y sin darse cuenta de que el país entero aprobaba esto, se habían decidido a lanzarse a un movimiento rebelde que el más sencillo, pero desapasionado análisis crítico, les había revelado que estaba destinado al fracaso.

Parece que en la Conspiración se proyectaba encargar el mando supremo al General Bernardo Reyes, en cuyo apoyo acudirían Félix Díaz (*) y los suyos, y si no precisamente los antiguos "científicos", que todos se habían dispersado por el extranjero, sí muchos de los antiguos porfiristas. Y por desgracia, también varios miembros del Ejército Federal. Parece que a Villa, preso en la Prisión Militar por dificultades con Huerta, se le llamó a la rebelión. Villa huyó a Estados Unidos sin comprometerse en el movimiento.

(*) Félix Díaz, sobrino de Porfirio, había sido por largos años Inspector de Policía de la Capital, y disfrutó de cierta popularidad, por haberse opuesto siempre a los "científicos".

El Gobierno de Madero desdeñó los muchos avisos oportunos, que de fuentes diversas recibió para que se precaviera en contra de la inminente rebelión. Esta murió a plenitud, y el domingo 9 de febrero de 1913 algunos cuerpos federales que se rebelaron se hicieron de la Prisión de Santiago y de la Penitenciaría, libertaron a los generales Bernardo Reyes y Félix Díaz, y marcharon después al centro de la Ciudad. La Escuela de Aspirantes y algunas otras fracciones de tropa sin dificultad alguna se habían ya apoderado del Palacio Nacional; pero el Presidente Madero no se encontraba allí. Vivía en el Alcázar de Chapultepec.

En los momentos que siguieron al triunfo local y temporal del movimiento, se presentaron ante el Presidente y se ofrecieron a defender al Gobierno, varios generales. Uno de ellos fue Victoriano Huerta; otro, de los más importantes y decididos, fue el General Lauro del Villar, Comandante Militar de la Plaza, hombre de imponente apariencia y notable don de mando, que llegó al Palacio Nacional cuando las guardias colocadas en las puertas se había declarado por la rebelión, cuando los aspirantes se había apoderado ya del interior del edificio, y cuando el General Angel García Peña, Secretario de la Guerra de Madero, había sido herido. Por la costumbre de disciplina de aspirantes y soldados, y gracias al impacto vigoroso de su personalidad, Lauro del Villar logró someter él solo, a gritos y órdenes, sin más armas que un revólver y su enorme valor personal, a los aspirantes y a las guardias rebeldes, obtuvo luego el oportuno refuerzo de unos cuantos leales y se preparó para recibir a los alzados que habían libertado a Reyes y a Félix Díaz de la prisión de Santiago Tlaltelolco y de la Penitenciaría, y que marchaban rumbo al Palacio Nacional. Mientras tanto, Madero, que en el Alcázar de Chapultepec había sido informado telefónicamente de todos los sucesos, decidió en forma optimista que la rebelión había sido ahogada con la recuperación del Palacio, y como gracias a la lealtad, diligencia y disciplina del Teniente Coronel Víctor Hernández Covarrubias, Subdirector del Colegio Militar, los pocos agentes de la rebelión que tenían el propósito y la misión de arrastrar a los cadetes al movimiento, (lo que habría conducido a la captura del Presidente), no se habían atrevido ni a entrar en actividad, decidió Madero marchar en persona al Palacio Nacional, llevando como escolta el Colegio Militar de cuya lealtad injustificada e injustamente, muchos dudaban.

Poco antes de las siete de la mañana, el Presidente salió de Chapultepec escoltado por los cadetes. Recorrió, en toda su longitud de enton-

ces, la Avenida de la Reforma, y llegó a la plaza en donde se encuentra la estatua ecuestre de Carlos IV, poco antes de las ocho de la mañana. Allí tuvo el primer contacto con partidarios de Félix Díaz, por fortuna inermes, que se limitaban a lanzar gritos, y que al verlo huyeron en el mayor desconcierto.

Se supo entonces que la situación se había agravado en forma repentina y violenta. El núcleo principal de los rebeldes llegó frente al Palacio en momentos en que terminaba una misa en la Catedral, (recordemos de nuevo que era domingo) y la presencia de las tropas, con el General Reyes —(de quién todos sabían era cautivo)— al frente de ellas, atrajo una muchedumbre de curiosos que nunca esperaban lo que había de seguir, pues en cuanto el General Reyes se acercó a las puertas del Palacio, el General Villar dio la voz de “fuego” a las tropas leales que allí esperaban. Dispararon fusiles y ametralladoras. Contestaron los rebeldes, y en un momento la vasta plaza de la Constitución quedó cubierta de muertos y heridos. Yo, que llegué a ella pocos minutos después, recuerdo todavía con emoción el impresionante aspecto que presentaba, cubierta por algo más de mil cuatrocientos cuerpos, y esmaltada con grandes, no me atrevo a llamar charcos, pero sí rojas coagulaciones de sangre algodonosa. El General Reyes fue de los primeros en morir. Lauro Villar resultó herido, Félix Díaz, con muy buen acuerdo, prosiguió su marcha rumbo a la Ciudadela, caminando en sentido contrario, y separado apenas por unas cuantas calles hacia el Sur, de la columna que acompañaba a Madero en su marcha al Palacio Nacional. La toma de la Ciudadela fue relativamente fácil para los rebeldes, quienes se hicieron allí de gran cantidad de pertrechos de guerra, en cañones, ametralladoras, fusiles, granadas y cartuchos. Ese día no hubo más combates.

El Presidente se había dirigido a Cuernavaca, y se encontró en el camino con las tropas mandadas por el General Felipe Angeles que venían a reforzar al Gobierno, y llegó con ellas al Palacio en la noche del domingo al lunes. Recuerdo los cantos melancólicos de los soldados. Y providencialmente se recibió de Veracruz enorme dotación de proyectiles de artillería y de fusil, que había traído el vapor alemán “Ipiranga”. Sin embargo, el Gobierno carecía de un jefe de arrastre para dirigir el ataque a la Ciudadela, pues tanto el General Angel García Peña, como Lauro del Villar, habían resultado heridos. En esas condiciones el Presidente Madero decidió dar el mando en jefe al General Victoriano Huerta, cuyo nombre mucho había sonado después de su triunfo sobre el orozquismo rebelde, al que aplastó en los combates de Conejos, Rellano y Bachimba.

En la noche de ese día, 11 de febrero, el Colegio Militar volvió a Chapultepec, y el ataque contra la Ciudadela dio principio en la mañana del 12.

Desde que Huerta se había presentado al Presidente Madero, llevaba ya el propósito de aprovechar el mando, si lo obtenía, para lograr sus fines personales, y fue una verdadera desgracia que Madero no hubiera atendido a los consejos que se le dieron en el sentido de que no lo aceptara.

Desde el miércoles 12, fue evidente que el propósito del Comandante Militar era aniquilar y destruir a los elementos de veras leales a Madero que se hallaban a sus órdenes, enviándolos en asaltos disparatados, como el que en carga salvaje llevaron a cabo unos cuerpos rurales sobre cañones y ametralladoras perfectamente emplazados y protegidos, que causaron en ellos una matanza espantosa. El mismo miércoles, dieciocho alumnos del Colegio Militar (*) llamados directamente por Madero, salieron a prestar sus servicios como artilleros en una batería que se improvisó entonces, la cual fue emplazada en San Antonio Abad.

El asedio a la Ciudadela se prolongó hasta el día 18, con gran consumo de granadas en un bombardeo intenso, que prácticamente no cesaba desde que salía el sol, hasta mucho después de puesto. Numerosos edificios fueron destruidos. La antigua prisión de Belem fue destrozada a cañonazos; pero esto, más bien que perjuicio, debe considerarse como un beneficio para la Capital de la República, porque esa vieja y sórdida construcción era una verdadera vergüenza, un inmundo antro penal, característico y digno del Porfiriato, lleno de sombrías mazmorras, de escondrijos y vericuetos. Innecesario es decir que hubo muchísimos miles de víctimas. Todas las noches, carros cargados de cadáveres salían a los llanos que rodean la Ciudad, y allá se les incineraba.

Mientras tanto, el General Huerta no daba paso serio alguno para la toma de la Ciudadela. En el sector en que se encontraba la batería servida por los alumnos del Colegio Militar, que tenía como apoyo a un Batallón de Irregulares a las órdenes del Teniente Coronel de Estado Mayor Ernesto Robert, y al Regimiento de Carabineros de Coahuila, una mañana Robert, por su propia iniciativa llevó a cabo un avance que le permitió apoderarse de los restos de la Prisión de Belem, destrozados por el bombardeo, desde los cuales se dominaban las azoteas de la Ciudadela. Habría sido sencillísimo, aprovechando este éxito del Batallón de Irre-

(*) Yo me conté entre ellos.

gulares, haber lanzado un ataque general sobre la Ciudadela, que no habría podido resistir ni una hora, pero en ese caso no se habría justificado lo que Huerta deseaba hacer, y Huerta, personalmente, ordenó la evacuación de Belem y el repliegue de Robert.

Muchos de los antiguos funcionarios del Gobierno de Porfirio, de los simpatizadores de Félix Díaz, y algunos comerciantes extranjeros, desde los primeros días de los combates se estuvieron reuniendo en la Embajada Americana, en donde el Embajador Henry Lane Wilson alentó, y aún provocó, una tragedia sin paralelo, que iba a tener como prólogo uno de los actos más reprobables de la Historia de México.

El principal apoyo de Victoriano Huerta era el General Aurelio Blanquet, que mandaba directamente el 29 Batallón. Blanquet se llamaba Aurelio, y no Aureliano, versión errónea de su nombre con la cual se le designa en los libros de Historia y en las memorias contemporáneas. Blanquet siempre protestaba contra esta alteración onomástica —ya usual por ese tiempo— con un epigrama tan obsceno y crudo, que no me atrevo a reproducirlo aquí. Yo lo oí de sus labios en 1911. Después, se ha usado aplicándolo a otros, pero el original, fue el de Blanquet.

Aurelio Blanquet era, evidentemente, de ascendencia francesa. Hombre corpulento, de buen aspecto viril, ya por aquel entonces de pelo gris, de ojos claros, acerados y feroces. Era hábil jefe militar y hombre valiente. El 29 Batallón fue cuerpo modelo de mucho empuje, y muy disciplinado; pero también se distinguió por la ferocidad de los actos que perpetraba y por lo implacable de las represiones que ejercía.

Una vez transcurridos diez días de esta criminal matanza de pacíficos vecinos de la Ciudad y de leales maderistas, Huerta y Blanquet decidieron capturar al Presidente Madero, a fin, decían ellos, de hacer cesar aquella inútil carnicería.

Para cumplir la pretensión de Huerta y de Blanquet, se presentaron ante el Presidente, el Mayor Izquierdo y el Teniente Coronel Jiménez Riveroll del 29 Batallón, e intentaron atraerlo lejos de sus gentes para aprehenderlo sin escándalo. El Capitán Gustavo Garmendia, ayudante del Presidente, dio muerte a balazos al Teniente Coronel y al Mayor; pero aquel acto de valor desesperado no pudo evitar la consumación del crimen, y el Presidente Madero, y el Vicepresidente Pino Suárez, fueron detenidos, y unidos con el General Felipe Angeles, encerrados en una de las salas del Palacio Nacional.

Apenas fueron conocidos estos sucesos, todos los miembros del Gobierno que pudieron, procuraron escaparse u ocultarse, lo mismo que los

prohombres del maderismo. El Cuartelazo triunfó en apariencia, y se firmó un acuerdo de Huerta con los rebeldes de la Ciudadela, que depusieron su actitud belicosa. Una turba de felicistas demostró su triunfo con actos de salvajismo, incendiando la casa particular del Presidente Madero y el edificio en que editaba el periódico semioficial —y muy procaz— “La Nueva Era”. Y en el acto se comunicó la caída del Gobierno a los Gobernadores de los Estados y a los Comandantes Militares, pidiendo su adhesión.

Una poca de perspicacia entre los directores del movimiento les habría revelado que ese esfuerzo para hacer resurgir el Porfiriato bajo un disfraz, no podría servir para otra cosa que para agravar el problema, para provocar más muertes, más víctimas, para causar más destrucción y más trastornos. Les habría bastado para ello con deducir las inevitables consecuencias del hecho innegable de que, durante los diez días que había durado el mentido, pero cruentísimo asedio a la Ciudadela, casi todas las fuerzas federales de los Estados próximos a la Capital habían sido concentradas en ésta, desguarneciéndose aún regiones en que la paz se había alterado mucho antes del Cuartelazo, como ocurría con el Estado de Morelos, cuyos campesinos no habrían de deponer las armas, sino hasta varios años más tarde, después de que se les devolvieran sus tierras, y sin embargo, en el curso de esta Decena que pasó a la Historia con el merecido calificativo de “Trágica”, en ninguna parte del país había surgido el más ligero movimiento de apoyo al Cuartelazo.

Pero las pasiones cegaban de tal manera el juicio de los partidarios de éste, que desatendiéndose de todo (como yo personalmente se lo hice notar a uno de ellos entonces), no sólo consumaron la obra iniciada, sino que la agravaron dando principio a la ejecución de sangrientos horrores no provocados, que trajeron represalias que después tiñeron de rojo todo el país, iniciando ellos mismos la era de los asesinatos, de los crímenes y de las matanzas.

El mismo día 18 el Secretario de Hacienda, que era Gustavo Madero, hermano del Presidente, fue asesinado en el jardín que se encuentra a espaldas de la Ciudadela, el mismo en donde hoy día, se alza la estatua de Morelos. Fue testigo presencial del crimen un buen hombre, el Doctor Ryan, que parece era miembro del personal de la Embajada Yankí, según lo cuenta en su obra “La Esposa de un Diplomático en México”, la señora Edith O’Shaughnessy, esposa del que fue después Encargado de Negocios de Estados Unidos. El doctor atribuyó la muerte del desdichado, según lo que vio y pudo oír. (y es la única versión fidedigna que

conozco de un testigo presencial del crimen), no a un propósito preconcebido de los soldados que lo consumaron; sino a la falta de serenidad que demostró la víctima, que intentó disparatadamente huir, y a la nerviosidad y poco respeto a la vida de los asesinos.

Varios de los diplomáticos acreditados ante el gobierno permanecieron tranquilos e indiferentes ante los trágicos acontecimientos. El Embajador Yanki, de plano los aplaudía, y sólo el ministro de Cuba, Manuel Márquez Sterling, no sólo hizo personalmente más que lo posible por salvar al Presidente, sino que se dirigió a Lane Wilson intentando valerse de su influencia para ello; pero, a juzgar por lo que dice, surge la sospecha de que él, Lane Wilson fue, en persona, quien fríamente sugirió el doble asesinato.

El 18 de febrero Huerta se dirigió por telégrafo a los Gobernadores y Comandantes Militares de toda la República, diciéndoles lo siguiente:

GENERAL COMANDANTE MILITAR O GOBERNADOR (SEGUN EL CASO) —AUTORIZADO POR EL SENADO, HE ASUMIDO EL EJECUTIVO, ESTANDO PRESO EL PRESIDENTE MADERO Y SU GABINETE.—V. HUERTA.

La versión de este telegrama registrada con el ordinal 212, fue enviada a Veracruz al General José Refugio Velasco, Comandante Militar del Puerto. Velasco conocía sus deberes. Ponía en cumplirlos todo empeño, y jamás pensó en sacar partido de lucro a un acto deshonesto. La prisión del Presidente no lo despojaba de su alta investidura, si antes no renunciaba. Y Velasco contestó, no a Huerta, sino al Presidente de la Cámara de Senadores, en esta forma:—

“FECHADO AYER EN ESA CAPITAL, HE RECIBIDO EL MENSAJE SIGUIENTE:—“AUTORIZADO POR EL SENADO HE ASUMIDO EL EJECUTIVO ESTANDO PRESO EL PRESIDENTE Y SU GABINETE.—V. HUERTA”. HONROME TRANSCRIBIRLO A USTED SUPPLICANDOLE SE SIRVA GARANTIZARME LA AUTENTICIDAD DE ESA NOTICIA E INFORMARME SI EL ACUERDO DE QUE SE TRATA ESTA DENTRO DE LAS PRESCRIPCIONES CONSTITUCIONALES Y DENTRO DE LA LEY. BAJO EL CONCEPTO DE QUE AL DESAPARECER EL PODER EJECUTIVO, LEGALMENTE CONSTITUIDO, NO SERA HOS-

TIL A LAS MEDIDAS DE ORDEN Y SI SE CONSIDERA RELEVADA DE RESPONSABILIDADES FUTURAS, DESDE EL MOMENTO EN QUE SE TRATE DE CUMPLIMENTAR UN ACUERDO TOMADO POR EL PODER LEGISLATIVO”.

El telegrama anterior revela la austera decisión del General Velasco de obedecer en todo a la Ley, y de ceñirse a lo que aprobara el Poder Legislativo, que es ante quien debería tramitarse, caso de haberla, la renuncia de los altos mandatarios.

Madero y Pino Suárez estaban sujetos a presión continua por parte de sus captores, y de los senadores y diputados secundados en el caso por los parientes y amigos de los cautivos, para que presentaran su renuncia, con lo que —se les aseguraba—, salvarían sus vidas. Los padres de Madero pidieron para ese fin la intervención del Cuerpo Diplomático. El Ministro de Cuba, Manuel Márquez Sterling y el de España, Bernardo de Cógolan y Cógolan, se manifestaron dispuestos a ayudarlos, pero decidieron pedir el apoyo —indispensable por su categoría— de Lane Wilson. Este se rehusó, primero, francamente; luego, con evasivas... Márquez Sterling insistió. Ofreció que el Crucero “Cuba”, surto a la sazón en Veracruz, conduciría al destierro a los Mandatarios, a Gustavo Madero, ya asesinado a esas horas, (cosa que el cubano ignoraba), y al general Angeles, si Madero y Pino Suárez renunciaban. Lane Wilson escurrió significativamente el bulto, y despachó a los diplomáticos a entrevistar a Blanquet.

Blanquet fue más diplomático que el Yanki. Aceptó en principio cuatro puntos para un convenio, según el cual las renunciaciones serían puestas en manos de esos Ministros extranjeros, a quienes se les canjearían por carta en que Huerta aceptara el convenio.

Las renunciaciones fueron firmadas. La carta de Huerta, no. El telegrama de Velasco había hecho temer a los autores del Cuartelazo que, si llegaba Madero a Veracruz, el Comandante Militar lo consideraría como Presidente y lo apoyaría con todas las fuerzas a sus órdenes. En consecuencia, se dijo a Márquez Sterling que Madero sería conducido a Tampico, en donde lo podría recoger el crucero “Cuba”.

Y la respuesta a Velasco no se formuló sino hasta después de que Pedro Lascuráin, Secretario de Relaciones, y como tal, Presidente en función de la Ley, hubo presentado las renunciaciones de los cautivos, nombrado a Huerta Secretario de Gobernación, y renunciado en seguida él

mismo, es decir, Lascuráin. Entonces la Cámara de Senadores contestó así a Velasco, el 21 de febrero de 1913.

“EN CONTESTACION A SU TELEGRAMA FECHA 19 DEL PRESENTE MES, TRANSCRIBOLE EL SIGUIENTE DECRETO: — LA CAMARA DE DIPUTADOS DE LOS ESTADOS UNIDOS MEXICANOS, EN EJERCICIO DE LAS FACULTADES QUE LE CONFIEREN LOS ARTICULOS 72 INCISO A FRACCION 2a. 81 y 82 de LA CONSTITUCION GENERAL DE LA REPUBLICA Y LAS LEYES DEL 13 DE MAYO DE 1891 Y 8 DE MAYO DE 1904 DECRETA: ARTICULO 1o.—SE ADMITE LA RENUNCIA QUE PRESENTA A ESTA H. CAMARA EL CIUDADANO PEDRO LASCURAIN DEL CARGO DE PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA.—ARTICULO 2o.—LLAMESE AL C. VICTORIANO HUERTA SECRETARIO DE ESTADO Y DEL DESPACHO DE GOBERNACION PARA QUE PRESTE LA PROTESTA DE LEY COMO PRESIDENTE INTERINO DE LA REPUBLICA.—ECONOMICO: COMUNIQUESE ESTE DECRETO A QUIENES CORRESPONDAN.—R. BECERRA FABRE.—S”.

La resolución del Senado no sólo eximía a los militares de la categoría moral de José Refugio Velasco de la obligación de seguir conducta distinta, sino que les imponía la de obedecer el Decreto y de considerar a Huerta como Presidente Legal de la República Mexicana. La responsabilidad de todo lo ocurrido después, corresponde por igual a Lane Wilson, a Huerta, a Blanquet, y a la Cámara de Representantes.

Para juzgar la conducta del General Velasco, y con ella, la de todo el Ejército Federal, considérese que los militares de esa época fueron formados en un verdadero culto al cumplimiento del deber, que imponía, ante todo, la obediencia al Gobierno y al respeto a las Leyes.

Es cierto que tal respeto puede, en ocasiones, precisamente como en este caso, resultar perjudicial; pero como no hay obra humana perfecta, al decidir sobre cuál debió haber sido la conducta de todo el Ejército Federal, debe tenerse en cuenta que mucho peor puede resultar la conducta de un Ejército cuya obediencia se confía al criterio de cada uno de sus miembros.

* * *

Como quiera que sea, esta loable y debida resolución de Velasco fue quizá causa de la muerte de Madero y Pino Suárez.

Parece evidente que en un principio Huerta estaba, en realidad, dispuesto a permitirle salir del país, pero ante el temor de la insumisión del Comandante Militar de Veracruz; ante el temor de que la persona del Presidente se convirtiera en bandera de arrastre irresistible, pues a nadie podía ocultársele que la renuncia de Madero había sido arrancada bajo la presión de tremendas amenazas, Huerta se hallaba indeciso: la presencia de Madero sería definitiva en la rebelión.

Y el día 23, muy temperano, con pretexto de cambiarlos de prisión, Madero y Pino Suárez fueron conducidos, del cuarto del Palacio Nacional en que se les había encerrado, a un terreno erial situado detrás de la Penitenciaría de la Ciudad, enfrente del predio en que se ha construido posteriormente una gran fábrica de loza. Allí fueron asesinados.

Algunos amigos míos me han asegurado que Huerta no tomó, directamente, parte en este asesinato, que achacan a Lane Wilson, al Secretario de Guerra General Aurelio Blanquet, y a alguno otro de los Secretarios de Estado. Esos amigos míos me han asegurado que, cuando fue despertado Huerta para comunicársele la consumación del crimen, se contrarió muchísimo y lo expresó así con aspereza, entre palabrotas. Y lo creyeron sincero, pues sabían que tenía capacidad bastante para comprender que con ese acto, acaban de fabricarse mártires de esos cuyo sacrificio jamás resulta estéril, mártires de esos que después de muertos, matan.

Yo siempre he considerado que habiendo sido, sin duda alguna, mucho más inteligente Huerta que Blanquet, él sí se dio cuenta perfecta del inconcebible disparate que había sido asesinar a Madero, en razón del puesto que desempeñaba, y sobre todo de su enorme categoría moral.

* * *

El General Victoriano Huerta era indio cora o huichol casi puro, nacido en el entonces Cantón de Colotlán, del Estado de Jalisco. Era de estatura más bien baja, ancho de espaldas, cargado de hombros, de brazos largos. Moreno. Usaba el pelo cortado a rape. En los ojos, gruesos espejuelos oscuros, impenetrables. Sus movimientos, rápidos y casi espasmódicos, contrastaban con su hablar reposado. Demostró desde su infancia buena inteligencia y dotes de mando. Entró al Colegio Militar en 1872, y concluyó con lucimiento su carrera de ingeniero, pero jamás cuidó de proseguir sus estudios. Personalmente, Huerta, dijo a mi padre

que desde que había salido del Colegio Militar no había vuelto a leer más letra impresa que, alguna vez, la de "El Imparcial", periódico semioficial del Gobierno de Porfirio. Como jefe militar era muy hábil. No obstante, Porfirio lo mantuvo siempre alejado de posiciones de importancia, porque desconfiaba de él. Huerta se distinguió en los puestos secundarios que le fueron confiados. Entre 1906 y 1908, fue el encargado de perseguir a las partidas magonistas que por entonces se alzaron en armas en el Estado de Veracruz, y logró dispersarlas.

El 26 de mayo de 1911 Huerta fue jefe de la escolta que custodió y defendió el tren que condujo a Porfirio a Veracruz, para que saliera del país el 2 de junio a bordo del vapor alemán "Ipiranga", con rumbo al destierro del que no tornaría jamás.

Después, Huerta fue encargado de reprimir el Zapatismo en Morelos. Es dudoso que hubiera podido lograrlo, pero sí pudo haber capturado a Zapata. Fracasó en ello por la directa intervención de Madero. Luego, se le encomendó luchar contra la rebelión de Pascual Orozco en Chihuahua. Y ya vimos como acabó con ese movimiento en unos cuantos combates hábilmente dirigidos, pero no demasiado sangrientos. Entonces demostró haber olvidado sus lecturas de Historia, pues al informar sobre el Combate de Rellano, declaró que durante él había ocurrido el más fuerte bombardeo jamás habido en América, olvidando muchos otros, y sobre todo, la gigantesca batalla de Gettysburg, en la Guerra de Secesión de los Estados Unidos. Después de vencido Orozco, Huerta fue llamado a México, algo distanciado del Gobierno, pero al venirse dejó en Chihuahua un fuerte grupo de buenas tropas: la primera "División del Norte".

Hablaba lentamente, con peculiar parsimonia. Era muy ceremonioso. Como no tenía facilidad de palabra, ayudaba con gráficos gestos y ademanes a que se comprendiera el sentido de lo que decía. Su entonación era enfática. Era ingenioso. En una corrida de toros a que asistió, quisieron los reporteros fotografiar juntos a él, al torero y a Blanquet. Pero como no había espacio para los tres en la escalera en que los reunieron, Huerta puso a Blanquet en segunda fila, y se colocó en primera con el artista, diciendo: —"Adelante, los dos matadores y el sobresaliente, atrás".

Bebía mucho cognac, pero rara vez se le vio con el juicio lo bastante trastornado para que su embriaguez fuera perceptible. Era sin duda, hombre de gran capacidad y de mucho valor personal.

Como dato curioso, puedo asegurar que después del Cuartelazo siempre manifestó el más profundo, y yo creo que sincero también, respeto

por la memoria de Madero, cuya valentía admiraba y a quien llamaba, de manera invariable: "el Señor Presidente". Lo repito: Personas de su intimidad me aseguraron que el asesinato de Madero fue consumado contra su voluntad, y que lo disgustó muchísimo. No por escrúpulos de humanidad, probablemente, pero sí por un convencimiento paralelo al que hizo exclamar a Talleyrand cuando supo el fusilamiento del Duque de Enghien que había ordenado Napoleón: "Esto es peor que un crimen: es una falta".

El primer acto de Huerta, al unirse con Félix Díaz, y asumir esa actitud rebelde que provocó la Revolución, fue publicar, con fecha 18 de febrero de 1913, un manifiesto impreso en papel en que aparecen improntas de sellos según los cuales es cursado el documento por orden del Poder Ejecutivo "Provisional" de la República Mexicana.

El manifiesto dice lo siguiente:

"La insostenible y angustiosa situación por la que atraviesa la República, ha obligado al Ejército, representado por los suscritos, a unirse en un sentimiento de fraternidad para lograr la salvación de la Patria, y como consecuencia, la Nación puede estar tranquila; todas las libertades dentro del orden, quedan aseguradas bajo las responsabilidades de los jefes que subscriben, y que asumen desde luego el mando y la administración en cuanto sea preciso para dar plenas garantías a los nacionales y extranjeros, ofreciendo que, durante el término de setenta y dos horas, quedará debidamente organizada la situación legal.

"El Ejército invita al pueblo, con quien cuenta, a seguir en la noble actitud de respeto y moderación que ha guardado hasta hoy; invita así mismo a todos los bandos revolucionarios a unirse para consolidar la paz nacional.

México, 18 de febrero de 1913, Félix Díaz.—Victoriano Huerta".

No podía presentarse, en vista de las consecuencias de este acto, mejor comprobación documental de un axioma indiscutible: el Ejército debe ser completamente apolítico; debe obedecer al Presidente de la República. Nunca juzgar sus actos.

Es prueba palmaria del peligro que se corre si los militares en el ejercicio de sus deberes, sustentan ambiciones políticas y traten de satisfacerlas valiéndose de las armas que la Nación ha puesto en sus manos para su defensa y la de las instituciones.

* * *

Ya vimos como, en un telegrama de dos líneas, Huerta comunicó a los Gobernadores de los Estados y a los Comandantes Militares la forma en que había asumido el poder Ejecutivo, autorizado por el Senado, cautivando al Presidente, al Vicepresidente y a su Gabinete.

De los Comandantes Militares, el único que reaccionó en la forma ejemplar que debe reaccionar un militar pundonoroso, fue el General José Refugio Velasco. Este General fue la antítesis de Victoriano Huerta. Este, todo ambición; aquél, todo deber.

En lo que se refiere a los Gobiernos de los Estados, casi la totalidad de ellos contestaron aceptando lo consumado y reconociendo la situación de hecho.

El de Sonora, José María Maytorena, se encontraba en condiciones excepcionales. Debido al hecho de haber servido Sonora como base de operaciones en la fase final de la rebelión de Pascual Orozco contra Madero, y a que en su territorio el General Agustín Sanginés, por orden del Gobierno Federal y con pleno apoyo del de Sonora, hubiera organizado poderoso núcleo de fuerzas irregulares (dos mil novecientos hombres que no habían sido licenciados aún cuando ocurrió el cuartelazo), el Gobierno de Sonora podía fácilmente oponerse a Huerta.

Pero Maytorena, aunque en principio simpatizaba con la Revolución, parece haber sido alérgico a la violencia, y de carácter indeciso. Además, parece también haber experimentado antipatía hacia algunos caudillos sonorenses, especialmente hacia Plutarco Elías Calles. Se resistió, pues, pasivamente a iniciar el movimiento, pidió licencia para separarse de su puesto, y dejó en su lugar a Ignacio L. Pesqueira, quien sí aprovechó desde luego la ventaja que le daba el disponer de aquel fuerte núcleo de hombres de armas bien organizados y ya fogueados, al frente del cual desde luego asumió actitud de rebeldía. Disfrutaba, además, de otra ventaja, pero él no podía saberlo: el Jefe indiscutido de aquellos Irregulares, era un hombre de excepcional capacidad: Alvaro Obregón.

De hecho, la rebelión de Sonora estalló después que la de Coahuila, pero no sólo sin previo acuerdo entre Maytorena o Pesqueira, y Carranza, sino hasta con absoluto desconocimiento, por parte de los sonorenses, de los propósitos que tenía el Gobernador de Coahuila de lanzarse a la rebelión. Venustiano Carranza, más decidido, más resuelto que Maytorena, político machucho, conocedor del empuje decisivo que en una lucha puede tener un Gobierno institucional animado por un ideal, como lo demostraba la Historia con el ejemplo de Juárez, apenas recibió —según algunos, con júbilo— el telegrama de Huerta, que le daba justa causa y mag-

nífica bandera, trató de estructurarse, de darse un propósito, reunió a la Legislatura, expuso el caso; la Legislatura deliberó, decidió, y en obediencia a su resolución, el Gobernador lanzó el siguiente decreto:

“Venustiano Carranza, Gobernador Constitucional del Estado Libre y Soberano de Coahuila de Zaragoza, a todos los habitantes sabed:

“El XXII Congreso Constitucional del Estado Libre y Soberano de Coahuila de Zaragoza decreta:

“Artículo 1º—Se desconoce al General Victoriano Huerta en su carácter de Jefe del Poder Ejecutivo de la República, que dice él que le fue conferido por el Senado, y se desconocen también todos los actos y disposiciones que dicte en ese carácter.

Artículo 2º—Se conceden facultades extraordinarias al Ejecutivo del Estado en todos los ramos de la administración pública, para que suprima los que crea convenientes y proceda a armar fuerzas para coadyuvar al sostenimiento del orden constitucional en la República.

“Económico.—Excítese a los Gobiernos de los demás Estados, y los jefes de las fuerzas federales, rurales y auxiliares de la federación, para que secunden la actitud del Gobierno del Estado.

“Dado en el Salón de Sesiones del Congreso del Estado, en Saltillo, a los 19 días del mes de febrero de 1913.—A. Barrera, Diputado Presidente.—J. Sánchez Herrera, Diputado Secretario.—Imprimase, comuníquese y obsérvese.—Saltillo, 19 de febrero de 1913.—V. Carranza.—E. Garza Pérez.—Secretario”.

Sin embargo de su actitud resuelta a fin de ganar tiempo, inició o admitió que fueran celebradas negociaciones dilatorias y engañosas con Huerta, para preparar la Rebelión.

En Sonora, Pesqueira fue quien, el 5 de marzo, expidió el siguiente decreto:

“Ignacio L. Pesqueira, Gobernador Interino del Estado Libre y Soberano de Sonora, a sus habitantes sabed:

“Que el Congreso del Estado ha tenido a bien decretar lo que sigue:

“Número 122.—

“El Congreso del Estado, en nombre del pueblo, decreta lo siguiente:

“Ley que autoriza al Ejecutivo para desconocer al C. General Victoriano Huerta como Presidente de México.

“Artículo 1º—La Legislatura del Estado Libre y Soberano de Sonora, no reconoce la personalidad del C. General Victoriano Huerta como Presidente de la República Mexicana.

“Artículo 2º—Se excita al Poder Ejecutivo del Estado que haga efectivas las facultades que le concede la Constitución Política del mismo.

TRANSITORIOS:

“Primero.—Comuníquese al Ejecutivo la presente Ley para su sanción y promulgación.

“Segundo.—Así mismo, comuníquese, con inserción de la parte expositiva del dictamen, y por el conducto del propio Poder Ejecutivo, al Tribunal Superior de Justicia y las Prefecturas y Ayuntamientos de esta entidad federativa, así como a los Poderes Federales y a los demás Estados.

Salón de Sesiones del Congreso del Estado.—Hermosillo, 5 de marzo de 1913.

“Alberto B. Piña, D. P. Garduño, D.S.A. F. Romo, D.S.

“Por lo tanto, mando se imprima, publique, circule y se le dé el debido cumplimiento.—El Secretario de Estado Interino, Lorenzo Rosado”.

Inmediatamente Pesqueira echó los cimientos de la jerarquización del mando y de la distribución y organización de las fuerzas de Sonora, nombrando al Coronel Alvaro Obregón, Jefe de la Sección de Guerra, autorizado para salir a campaña, (lo que era tanto como darle el mando supremo), al Coronel Benjamín Hill, Jefe de las Operaciones en el Sur; al Coronel Juan Cabral, Jefe de las Operaciones en el Norte; al Coronel Salvador Alvarado, Jefe de la Guarnición en Hermosillo; al Coronel Plutarco Elías Calles, Jefe de la Guarnición de Agua Prieta. Para hacer todo esto, dispuso de tiempo y disfrutó de calma. Las fuerzas irregulares desde el principio neutralizaron en todo el Estado a las federales.

* * *

Puede verse por los documentos transcritos la importancia que las primeras figuras de la Revolución concedieron siempre a todo aquello que, emanado del Poder Legislativo, pudiera dotar de carácter legal al movimiento. De sobra sabían que en la Guerra Civil, y aun simplemente, en los choques armados, a la larga, siempre triunfan las instituciones sobre

los hombres, y que éstos, para llevar a cabo un esfuerzo fecundo, tienen que apoyarse en una poderosa base de valores intangibles.

Huerta, que también lo sabía, trató de hacerse de esa base. No es de extrañar que los documentos que obtuvo, de validez indudable, ya que emanaban de las Cámaras federales, integradas mediante elecciones verificadas en tiempo de Madero, satisficieran la conciencia de los federales, como los de Carranza y Pesqueira habían satisfecho la de los revolucionarios.

Con ello dio principio la guerra más sangrienta que jamás haya tenido de rojo el suelo de México. No ha llegado a mis manos ningún estudio serio hecho con el propósito de fijar aproximadamente (con precisión es imposible), el total de las bajas que en la población causó este hondísimo sacudimiento; ni tampoco estimación fidedigna del monto de los daños que provocó en la economía del país. Sin embargo, fiado en mis recuerdos y generalizando mis observaciones, estimo que el número de los *muertos* en combates, por ejecuciones, por el hambre, y por las epidemias que como resultado de la guerra se cebaron sobre nuestra Patria de 1913 a 1916, no puede ser inferior a millón y medio, es decir, el 10% de la población. A estas bajas irremediabiles habría que añadir las que, debidas a lesiones que no causaron muerte, pueden, sin embargo, considerarse definitivas por anulación del individuo que sufre mutilación seria o incurable choque nervioso; y además, las numerosísimas expatriaciones que fueron consecuencia natural del suceso histórico. Muchos de esos expatriados jamás regresaron.

No he logrado aún formarme juicio alguno sobre el monto de las pérdidas económicas. La Secretaría de Economía acaba de publicar un valioso estudio: "Las Estadísticas Sociales del Porfiriato", pero nada hallé en él aprovechable para este fin, aunque desde luego, resulte inapreciable para el análisis del período que precedió a la Revolución.

No cabe duda que esta Revolución fue LA REVOLUCION DE MEXICO. Modificó tan profundamente la estructura de nuestra Patria, que puede asegurarse que el México de ahora es muy distinto, social, étnica, antropológica y demográficamente, no sólo del Pre-Revolucionario; sino también del que habría surgido si el México de Porfirio Díaz logra su natural y lógico desarrollo, según la ruta histórica que parecía seguir.

* * *

La repercusión que tuvo la actitud de Carranza, fue inmediata e

instantánea. Veamos una síntesis, que adelante desarrollaremos un poco, de los primeros sucesos.

En Coahuila mismo, los principios fueron difíciles. El vecino Estado de Chihuahua en los años inmediatos anteriores, había sido teatro de la rebelión de Pascual Orozco que fue aplastada gracias a la acción del más poderoso núcleo del Ejército Federal: La División del Norte, organizada por Huerta, la cual había quedado en Chihuahua a las órdenes del General Salvador Mercado. A esta División, con el carácter de aliados, se unieron tan luego como cayó Madero, los rebeldes orozquistas que inmediatamente se sometieron: Pascual Orozco, Emilio Campa, Benjamín Argumedo, etc. El efectivo que alcanzó entonces el núcleo fue imponente.

La inmediata vecindad de estas fuerzas no sólo había estorbado a Carranza, sino que había impedido al Gobernador de Chihuahua Abraham González, maderista sincero, tomar medida alguna para apoyar al Presidente, así como expresar su oposición al Cuartelazo y su indignación por el magnicidio que siguió. Y no sólo se vio anulado, sino que pronto fue capturado, se dijo que se le iba a conducir a México, y se le asesinó a su paso por Bachimba.

Entre los cabecillas rebeldes de importancia del Estado de Morelos, el único que había manifestado deseos de someterse al Gobierno Federal después de la caída de Madero, había sido el apodado "El Tuerto" Morales, que se presentó al Gobierno.

Emiliano Zapata no daba indicio alguno de acogerse a la amnistía ofrecida, y entonces se le envió a Pascual Orozco, padre, con objeto de que lo persuadiera, tratara de convencerlo de que debía unirse al Gobierno, y le hiciera ciertos ofrecimientos. Zapata declaró a Orozco que él no luchaba para obtener ventajas personales, sino por ideales agrarios. Yo no dudo de que al declarar tal cosa, fuera sincero. Y retuvo al enviado, pero como cautivo. Ya veremos qué hizo con él.

* * *

Veamos lo que pasaba en el otro punto que habría de desarrollarse hasta devenir el más importante de la Revolución: en Chihuahua, el 6 de marzo Francisco Villa, que desde su fuga de la prisión de Santiago Tlaltelolco residía en Estados Unidos, se internó en territorio mexicano por Isleta, acompañado sólo por ocho camaradas. Sus hábitos de foragido lo habían acostumbrado a no atender a las probabilidades contrarias en una aventura. En la lotería de la vida sólo aspiraba al premio gordo. Así

que, aunque inició su meteórica actividad con sólo ocho compañeros, por su prestigio de aventurero audaz y afortunado, al recorrer en su larga marcha al Sur, los pequeños pueblos de la áspera Sierra de Chihuahua, se le incorporó más y más gente, de tal modo que en julio de 1913 contaba ya con quinientos hombres regularmente armados, aunque escasos de municiones.

Lo secundaron como caudillos varios jefes cuyos nombre después sonaron mucho. Entre ellos, a pesar de la intimidación del trato que sostenían con Villa, Carranza consideraba como suyos a Rosalío Hernández, a Calixto Contreras, a Tomás Urbina (el famoso "Compadre Urbina" de Pancho Villa), a Eugenio Aguirre Benavides, a José Isabel Robles, a los hermanos Arrieta, a los hermanos Raúl y Emilio Madero, y al caudillo duranguense Orestes Pereyra. A todos ellos Carranza les había ordenado que se unieran al audaz guerrillero; pero es seguro que al incorporarse a Villa más bien lo hicieron por natural gravitación, que por obediencia al Primer Jefe. Al creer otra cosa, Carranza se equivocaba. El campo de fuerza de un Villa opera con energía más poderosa que la puramente moral que, por lo demás, Carranza apenas si se proponía formar en esos días.

El resto del país se alborotó también, aunque con menor intensidad que el Norte y la Región Zapatista, Jesús Sánchez Delgado se sublevó en Guerrero; Ramón Iturbe, en Sinaloa; Pánfilo Natera, en Zacatecas; Martín Triana, en Aguascalientes; Guillermo Meixueiro, en Oaxaca; Gertrudis Sánchez, en Michoacán; la gente de Jesús Agustín Castro (él ya se había unido a la Revolución en el Norte), en Tlalnepantla, México, pero marchó luego hacia Tamaulipas: Isidro Cortés, los hermanos Sosa Torres y otros, en Tabasco; y hasta en pleno Distrito Federal, se registraron brotes de rebeldía, naturalmente de poca importancia, cuyos componentes gravitaron, como era inevitable, hacia Zapata.

Lo expresado indica nada más el burbujeo revolucionario que estalló en todo México en cuanto se extendió la noticia de la muerte de Madero. Como ya lo dije, este es sólo el planteo preliminar de la exposición. Adelante insistiré en ello, con mayor detenimiento.

Cabe observar, a pesar de que vale la afirmación de que la rebelión lo cubrió todo, que si los Estados del Norte y del Sur de la República, es decir, los de las Regiones Criolla e India, se alzaron prácticamente en su totalidad, los situados en la Mestiza, a todo lo largo del Río Lerma, desde sus fuentes hasta sus desembocaduras en el Chapala (los del Bajío) y Jalisco que tan inquietos habían sido desde la Independencia hasta las

Guerras de Intervención y del Imperio, se mantuvieron casi en paz. Apenas si hubo en ellos actos aislados de violencia, de los cuales la mayoría fue de simple bandidaje. Esto se debe a que de manera natural y funcional, por costumbre secularmente establecida, por allí nunca existió el latifundismo; a que la tierra, desierta de indios cuando la Conquista, estaba profusamente dividida entre pequeños propietarios desde mucho antes del Porfiriato; a que por allí para el trabajo del campo regía, y aún rige, el sistema de medieros, el cual, sin ser perfecto ni mucho menos, es mil veces preferible al de la explotación del peonaje. Aquel sistema permitía a los campesinos mayor bienestar, que cualquiera otro entonces seguido en el país. Por otra parte, los Gobiernos de los Estados del Centro no se hallaban en poder de esas nepóticas oligarquías que siempre acaban por cometer abusos, como las que eran la llaga política en los Estados de la Frontera del Norte, de manera que en la Región Mestiza no había cuestiones sociales, ni agrarias, ni problemas políticos, ni grupos políticos rivales. El malestar en el campo se debía al maltrato y donjuanismo que los hacendados hacían sufrir a los peones, y naturalmente no era lo bastante intenso como para provocar la rebelión general.

* * *

El enorme desgaste que la riqueza de México sufrió durante la Revolución, no se debió sólo a que fueron destruidos bienes materiales, muebles e inmuebles. Se debió también a la casi total desaparición, que entonces ocurrió y que se prolongó por cuatro años, de la mano de obra encargada de mantener, de reponer y de aumentar la producción. Esto no se debe apreciar considerando sólo las bajas por muerte, por inhabilitación, o por emigración de gente pacífica y tímida. Debe tenerse en cuenta también que durante la Revolución los dos ejércitos contendientes aumentaron de continuo, o por lo menos conservaron sus enormes efectivos; por incorporación voluntaria de campesinos y de habitantes de los poblados, las huestes revolucionarias; por reclutamiento despiadado y forzado que en gran parte se cubría empleando la "leva", o por la consignación a filas de criminales y de revolucionarios cautivos que habían militado en grados inferiores, el Ejército Federal. (*)

Cada guerrero más, era un trabajador menos. Y, nótese, todos ellos, dentro de los límites de edad en que más trabajo útil puede rendir un

(*) Tuve conocimiento de casos en que los soldados de algunas de las corporaciones militares federales que combatían en los campos de batalla del Norte, entraron a la lucha al grito de "¡Viva Zapata!".

hombre. Podemos admitir que México paralizó casi totalmente su producción por los cuatro años que transcurrieron entre 1913 y 1916.

Los efectivos de los contendientes son difícilísimos de fijar, si no es con simple aproximación. Creo que no sea exagerado suponer que, del lado de la Revolución, llegó a contarse un millón de combatientes. No todos ellos, claro, afiliados en la forma impecable a filas; pero, eso sí, absolutamente todos, luchadores. El Ejército Federal, estimo que llegó a constar de poco más de doscientos mil hombres. Huerta quería llegar al cuarto de millón. No creo que lo haya logrado.

Con todas las lacras que sufría, es fácil comprender cómo, a pesar de que por definición se considera que el Ejército Federal estaba integrado por militares profesionales, casi nunca alcanzó la eficacia que, admitiendo el profesionalismo de sus integrantes, pudiera haberse esperado de él; pero no hay que sorprenderse por esto. Limitémonos a reflexionar que el mismo número de Jefes y Oficiales que bajo el régimen de Porfirio sirvió para vertebrar menos de quince mil hombres, tres años más tarde, no sólo sin aumento alguno, —que ninguno era posible porque un oficial no se improvisa— sino sin poder cubrir las bajas que los movimientos de Madero y de Orozco causaron en la oficialidad, fue usado para estructurar los doscientos mil en que he estimado el Ejército de Huerta. Entre estos jefes y oficiales, además, había muchos que sólo por deber militar tomaban parte en la lucha a favor de Huerta.

Conste que esta declaración mía no puede tener como objeto congraciarnos, los que ahora sobrevivimos, con el Partido triunfante. Pocos de aquellos oficiales federales quedamos vivos, y de los que quedamos, unos pensábamos entonces de un modo, otros de otro. Ahora tampoco pensamos todos lo mismo, y además todos ahora somos viejos que hace mucho dejamos atrás ambiciones y esperanzas. Nuestra vida fue un fracaso. Sabemos que nos sacrificamos por una seca y rígida noción del deber, y no nos quejamos. Y por mi parte, yo, además de experimentar la satisfacción que produce el cumplimiento del deber, personalmente, me alegro de haber perdido. El México en que aún vivo es mejor y más digno que el que Porfirio y Huerta hubieran podido producir. Y yo amo a mi Patria por encima de todo.

No es justo que se nos estereotipe como casta. Éramos muchos. Nos unía a todos la noción del deber, la disciplina, el patriotismo; pero cada uno tenía sus ideas. Los había Porfiristas, reaccionarios. Unos, por convicción; otros, por conveniencia. También los hubo revolucionarios. El afán de tipificarnos en los últimos treinta años, llegó al extremo de que

un muy buen escritor, al hablar de nosotros nos describía como mocitos blancos y sonrosados, sugiriendo casi una diferenciación étnica entre federales y revolucionarios. Y blancos y bien parecidos fueron, en efecto, Garmedia, González y otros... que lucharon y murieron por la Revolución. Y Huerta, el jefe de los reaccionarios, era indio. La verdad es la que Pero Grullo dijo: "cada uno es cada uno", y en México, gracias a Dios, no hay odios de razas. Entre nosotros hubo indios y hubo blancos, y jamás pensamos unos de otros en términos de color de la piel. Dejemos a los yanquis los odios de raza. No nos "apochemos" imitándolos. No vayamos a crear uno artificialmente en México.

Las bajas entre la oficialidad del Ejército Federal fueron pavorosas. Los oficiales tenían que estimular con su ejemplo a los soldados, que peleaban contra o sin su voluntad, animándolos, adelantándose a ellos en los combates. Y en muchos casos, obligándolos a pelear. Y como ya he dicho, a menudo estos soldados eran enemigos a quienes de la manera más sencilla se les había obligado a vestir el uniforme de soldados federales, sin doctrinarlos, sin haber tratado de cambiar sus convicciones o de acallar sus rencores, de hacerles algo, en fin, algo que hacen ahora los rusos, y que los yanquis llaman "lavar el cerebro". Estos rencores, por lo contrario, naturalmente aumentaban entre hombres que se veían forzados a pelear contra sus correligionarios. Así que era lógico que sucediera lo que muchas veces sucedió: los cuerpos de los oficiales federales muertos en batalla, presentaban a veces la herida fatal con entrada por la espalda, lo que revelaba que habían sido muertos por sus propios hombres cuando se adelantaban a ellos para guiarlos en la lucha.

De lado de Huerta combatieron también partidas de revolucionarios que en tiempo de Madero habían seguido en su rebelión a Pascual Orozco. Estos fueron, además de este mismo caudillo, el muy famoso, por esforzado, Benjamín Argumedo; Emilio Campa, y otros muchos fronterizos, más algunos surianos, entre quienes destacó Juan Andrew Almazán. Todos ellos recibieron del Gobierno de Huerta grados y categorías paralelos a los del Ejército Federal, pero en un escalafón distinto, que se llamó de "Fuerzas Irregulares". Y como muchos de esos jefes eran jóvenes de iniciativa y de valor, fueron positivamente útiles a Victoriano.

Huerta encontró en el personal elevado del Ejército un defecto difícilísimo de corregir. Y puedo adelantar que ni siquiera intentó corregirlo. Porfirio había sido enemigo de conceder ascensos y, ni que decir, de substituir generales viejos de ambición ya saciada, limitada y estrecha, por otros más jóvenes y ávidos, que todo lo pudieran esperar de la vida. Por

compañerismo de veteranía, por una especie de camaradería geriónica, siempre se resistió, además, a fijar límite de edad para los Generales, así es que los de más alta graduación en las filas del Ejército, los de División, resultaban ancianos, muchos de ellos provecetos; algunos llegaban hasta ser ex-viejecitos enfermos y decadentes. Todos, en la práctica, incapaces de encarar los cambios en táctica y en estrategia que imponían, a los Ejércitos de la época, los enormes progresos logrados en los medios y vías de comunicación, en la artillería, y en las armas cortas y largas. Porque en el período de paz que separó sus actividades guerreras durante las Guerras de la Intervención y del Imperio, de su reanudación en 1913 a 14, se construyeron los ferrocarriles; se inventaron los automóviles; aparecieron los aviones; nacieron las ametralladoras, (que según un antiguo compañero mío, que murió asesinado en 1928 y que las manejaba muy bien, tienen "una capacidad efectiva de combate, tan elástica, como los pantalones de quien las maneja"...) todo eso había significado modificaciones en táctica y en estrategia que esos mismos Generales, jóvenes audaces cuando las Guerras de Intervención y del Imperio, pero en 1913 y 14, viejos rutinarios y caducos, fueron incapaces de captar.

Por lo contrario, los jefes rebeldes eran todos, o por lo menos en su mayor parte, hombres de menos de medio siglo de edad, fuertes, activos, de mente abierta. Quizá carecieran de base, de principios militares, lo que ciertamente que representaba una desventaja, pero que había impedido también que esos principios cristalizaran, debido a la rutina, al desuso y a la edad, en masas rígidas y opacas. Los jefes rebeldes eran casi todos hombres de capacidad y de empuje. Su categoría era resultado de durísima prueba de selección en la lucha. Muchísimos, entre ellos, eran campesinos o ganaderos, avezados, sin excepción, a la ruda vida del campo. Entre los norteños abundaban aventureros de profesión y gente de pelo en pecho. Y sobre todo, bien saben lo que dicen nuestros centauros rancheiros cuando afirman "que más vale amansar que quitar resabios".

Y no olvidemos el más importante factor: la decisión prácticamente unánime, decidida y sombría, que manifestó el país entero para oponerse a la reanudación de un régimen de oprobio, opresión, abuso y desmán, que se había tolerado durante el Porfiriato debido al anhelo de paz del país (Porfirio fue el primer pacificador, sólo porque fue el último revolucionario), pero que nadie soportaría si se pretendía justificarlo con una guerra sintética rematada en un crimen odioso y en una traición.

Lo único que a pesar de tan desfavorables condiciones logró que el equilibrio entre federales y revolucionarios tardara largos dieciocho me-

ses de dura y sangrienta lucha en romperse en desventaja de los primeros, fue la organización militar existente, el espíritu de cuerpo, la disciplina y el hábito de cooperación que la vida del soldado infunde en quienes la siguen.

* *

Un factor imprevisto vino a agudizar la situación, tornándola decisivamente favorable para los revolucionarios: el ascenso a la Presidencia de los Estados Unidos del Profesor Woodrow Wilson, universitario idealista, soñador, fanático y testarudo, de esos de criterio estrecho que los yanquis llaman "one track mind", que tan abundantemente producen los sajones. Wilson había sido postulado por el Partido Demócrata y, con toda justicia, siempre juzgó repulsiva y odiosa la conducta de Huerta con Madero. La política que en México siguió la administración de Wilson, fue diametralmente opuesta a la que había adoptado como suya la de Taft, que había sido predecesor de Wilson, y que fue miembro del Partido Republicano.

Taft, a costa de mucha sangre mexicana, creó a Huerta; Wilson, a costa de mucha más sangre mexicana, lo aniquiló. Toda esa sangre, nótese: *toda esa sangre*, fue mexicana. La vecindad con los Estados Unidos ha sido siempre nefasta para México. En 1847 y 48 nos invadieron, nos mutilaron, y nos robaron más de la mitad de nuestro territorio. En el curso del siglo bien pasado que ha transcurrido desde 1847, nunca han desaprovechado una sola oportunidad para hacernos mal; azuzando contra nosotros a los apaches; faltando indecorosamente a sus compromisos escritos (como Dubois de Saligny); en el caso del "Chamizal"; invadiendo con Pryce y Mosby, la Baja California en 1911; ayudando a Huerta; ayudando a Carranza; persiguiendo a Villa; desembarcando en Veracruz; tratándonos en nuestro propio país como yo ví que nos trataban en los campos petroleros en 1919; llevándose poquíteramente, (baratamente, dicen ellos), el camarón de nuestros mares... llamándonos "greasers", "cholos", "bandidos", "embusteros", "asesinos", "hombres sin palabra", etc. Y discriminándonos, y humillándonos...

Y sin embargo, yo prefiero tenerlos a ellos como vecinos, que a los rusos, a los ingleses, a los alemanes, a los franceses o a los japoneses. Si nuestros vecinos fueran éstos, y no los yanquis, mucho ha que no seríamos mexicanos, sino minoría oprimida. Decididamente, los yanquis son menos peores. Resignémonos y esperemos. Dios siempre endereza la Historia y

aplica la vieja fórmula de la Justicia en España: "Quien tal fizó, que tal pague".

El Partido Republicano en los Estados Unidos es el de los grandes capitalistas, el de aquellos que posponen el propósito de lucro a todo ideal. No fue así cuando este mismo Partido se inició. Lincoln, su fundador, era hombre de enorme corazón, desinteresado, de altísimos ideales. Me ha parecido, después de muchos años de cuidadosa lectura, el único gobernante que en el mundo y en todo el tiempo transcurrido desde que la Historia existe, merezca colocarse en el mismo nivel que Isabel la Católica. Mas apenas triunfó el Norte sobre el Sur en la Guerra de Secesión, los republicanos sucesores de Lincoln se corrompieron. Y forzados por la misma cadena de circunstancias, sus eternos contrincantes los demócratas, que casi todos habían sido miembros de la chistosa aristocracia esclavista de los Estados del Sur, nacida de humildes campesinos que se tornaron discriminadores, racistas y soberbios, postularon un decálogo social variable, que andando el tiempo, con Franklin Roosevelt, devino radical en extremo; y fueron adoptando ideales humanos. Woodrow Wilson no fue completamente de aquellos capataces, ni completamente de estos idealistas. Vivió en la transición, y disfrutó de los defectos de unos y de otros.

A principios del Siglo XX, la teoría económica "utilitarista" estaba aún en boga en el mundo entero. Era la base del liberalismo económico. Según ella, el supremo deber de un hombre es hacerse rico. El procedimiento, no importa. La riqueza debe tomarse de donde se pudiere encontrar. La justificación económica y el consuelo estadístico de esta teoría monstruosa, era la afirmación de que la suma de las riquezas individuales así reunidas, produciría por integración la felicidad de la especie humana entera. Esta teoría, que a principios del Siglo XIX fue el proclamado justificante de los gobernantes demócratas surianos de los Estados Unidos para llevar a cabo la mutilación de México, había sido, en los últimos años del mismo Siglo, desarrollada por los pensadores utilitaristas anglosajones, de hipócrita religiosidad, fanáticos creyentes en el Antiguo Testamento, y también creyentes fanáticos en la moral que predicán los libros de contabilidad, quienes de tan elevados evangelios dedujeron axiomas de Crematística, por el estilo de este: "los pueblos poderosos están autorizados por Dios para despojar de sus bienes a los pueblos débiles, si éstos no pueden aprovechar los elementos naturales que se encuentran en sus países". Y lo expresaron diciendo que la absorción por Estados Unidos de todos los iberoamericanos del Bravo a Panamá, era el "Destino Manifiesto" de éstos.

Tal teoría aplicada por los republicanos yankis en tácita alianza con los mercaderes ingleses, había dado como lucrativo resultado la Guerra con España; la segregación de Panamá de la República de Colombia; la excavación del Canal Interocéánico; y la ocupación por los yankis de los archipiélagos del Hawai, Samoa y Filipinas. Todo esto, que es indudable que formó parte de un plan muy elaborado (yo lo he llamado en otra obra "La Conspiración de los Canales"), tenía como complemento el propósito de mutilar de nuevo a nuestro país, anexando a Estados Unidos la Península de la Baja California, cuyas riquezas codiciaban y aún codician los yankis, y que presenta en su Bahía Magdalena un abrigo inigualable en el mundo entero para lo que era, ya desde aquella época, la enorme flota de guerra yanki. De acuerdo con esta teoría formulaban programas de gobierno y proyectos nacionales tanto los yankis republicanos, como los yankis demócratas, y utilitaristas era la moral que todos aplicaban. ¿Habrán cambiado ahora los Estados Unidos?

Los Presidentes de Estados Unidos, en la última década del Siglo XIX, y en la primera del XX, habían sido miembros del Partido Republicano; William Mac Kinley, Teodoro Roosevelt y William H. Taft (cuyo Secretario de Estado Philander Knox preconizó la "Diplomacia del Dólar") creyentes convencidos los tres en el Utilitarismo). Además, es un hecho demostrado que el Capitalismo yanki quería succionar los jugos de México, sin permitirle progreso sólido. Lo quería de colonia. De proveedor de ciertas materias primas. La administración porfiriana, resignadamente colonial, era ideal para ello, pero tenía el inconveniente de que favorecía de preferencia al europeo. Por eso los yankis, después de ayudar a Madero para eliminar al europeizante Oaxaqueño, viendo los reales propósitos de progreso para México que animaban a Francisco I. lo derribaron, y quisieron sustituir su administración con una imitación del Porfiriato, aún más maleable.

Woodrow Wilson, el demócrata, fue el primero en romper con sus ideas la tradición republicana y en adoptar para su administración teorías nebulosas, parcialmente, casi de izquierda, con evidente influencia de los partidos extremistas que existían en los Estados Unidos; parcialmente, tan capitalistas como las de Taft y su Secretario de Estado Philander Knox.

El núcleo de izquierdistas que por entonces en Estados Unidos monopolizaban el odio del yanki "one hundred per cent", era el de los I.W.W. ("Iron World's Workers"—Trabajadores Industriales del Mundo), organización anarquista. Puede asegurarse que por sus prédicas, estos anar-

quistas eran vistos por los buenos yanquis de entonces con tanto odio, como el que ahora sienten los descendientes de los mismos yanquis por los comunistas actuales, aun por los más inofensivos, aun por aquéllos que los mismos marxistas integrales llaman "Idiotas Indispensables".

Woodrow Wilson dio todo apoyo y ayuda a la Revolución, absteniéndose sólo, cautamente, de reconocer como legal y único Gobierno de México al del Primer Jefe Venustiano Carranza, pero ofreciendo que reconocería al grupo de revolucionarios que resultara dominante en definitiva. En cuanto a sus reales propósitos, adelante veremos las opiniones de su Representante Personal y amigo del alma: John Lind, que fundamentalmente podemos suponer hayan sido las suyas, las de Woodrow Wilson.

Bueno es recordar, sin embargo, que para nosotros malos han sido republicanos y demócratas; pero que peores han resultado éstos.

* *

La Frontera quedó abierta desde luego para todos los revolucionarios y agentes de la Revolución que quisieran negociar en Estados Unidos, y que obtuvieron cuanto pidieron... y pudieron pagar ("bussines is bussines"), y que pasaron armas y municiones; carabinas, por centenas de miles; cartuchos, por millones. Nunca gratis, lo repito. Los mexicanos pagamos, nos matamos, y los yanquis se enriquecieron. Nosotros, fuimos salvajes. Ellos, civilizados. Todo muy bonito.

Planteadas así las cosas, era fácil comprender que el derrumbamiento de Huerta sería sólo cuestión de tiempo... y de sangre. Tan luego como Lane Wilson fue llamado a Washington, Huerta empezó a creer en la posibilidad de su propia caída. Luego, en su creciente probabilidad, y al fin, tuvo de ello la certeza. A medida que pasaban los meses, se fue convenciendo de tal cosa más y más. Wilson sentía hacia él un odio obsesivo, que Huerta correspondía con entusiasta largueza. Considerando ya eso como cuestión personal, puedo asegurar que Huerta llegó a proponer a Wilson un duelo en la línea fronteriza, durante el cual se mantendría cada contendiente del lado de su país respectivo. El combate sería con las armas que Wilson eligiera. El yanqui no contestó siquiera el reto.

Resultaba claro que en esta forma jamás podría imponerse Huerta a la Revolución. Es verdad que disponía de las armas y pertrechos almacenados en la Ciudadela de México, y de algunas más que de vez en cuando le llegaban de Europa y del Japón, pero toda esta existencia, sobre todo la de municiones, tendría que acabar fatalmente. Y lo único que podría lograr sería un inútil y enorme derramamiento de sangre.

Reflexiónese en que el consumo de cartuchos por hombre, en una hora de reñido combate, puede llegar a doscientos, y en que el de una ametralladora equivale al de cincuenta hombres. Así se comprenderá la absorción enorme de parque que cualquier función de guerra significa.

Así que, por el simple uso del sentido común, que a Huerta no le faltaba, es seguro que desde mediados de 1913 tuvo la convicción de que jamás podría consolidarse en el poder, que sólo trató de mantenerse en él el mayor tiempo posible, y de preparar en buenas condiciones su fuga al extranjero. Patriota, el hombre.

* * *

El país entero hervía. Surgían por todas partes y al servicio de ambos contendientes, núcleos de hombres clasificables en cualquier categoría de la gama de matices, desde los revolucionarios idealistas por un lado, y de los gobiernistas convencidos de la suprema importancia del orden, y persuadidos de que defendían a la Patria del yanki taimado por el otro, a los bandidos disfrazados en ambas bandas. La mayor parte de los guerreros voluntarios idealistas se formaba con jóvenes que vivían románticamente su aventura. Abundaban también los forajidos sanguinarios y rapaces, que no tenían más propósito que el asesinato, el estupro y el pillaje. Pero, como ocurre siempre y en todas partes, a veces se observaron en los hombres curiosas depuraciones e inesperados envilecimientos. Hubo bandoleros que, elevándose, devinieron convencidos auténticos, y que adoptaron ideales y los siguieron después y, en compensación, no faltaron soñadores a quienes las lecciones de la práctica sólo sirvieron para hacerles encontrar el estribo de lucrativos pegasos para encanallarse.

Antes de entrar al estudio relativamente detallado de los hechos de armas principales, que fueron otras tantas mojoneras en la vida militar del Gral. José Refugio Velasco, conviene considerar la Revolución en un aspecto esquemático, que facilitará comprender lo que en ella ocurrió y ver que esto no fue más que consecuencia forzosa y lógica de los vectores en juego.

Decía von Jhering, notable legista y sociólogo germano, que entre la Historia y la Geografía hay liga tan estrecha, que la Historia es tan sólo la Geografía en el Tiempo; en tanto que la Geografía no es más que la Historia en el Espacio. Este axioma plástico del jurista alemán, quizá en ninguna parte pueda encontrar tan exacta confirmación como en México.

Nuestros fronterizos del Norte, habitantes de vastas llanuras escasas de agua y semidesérticas, tienen que ser gente de a caballo, aventurera, inquieta y hábil para luchar en cualquier terreno. Del mismo tipo de los Mongoles, de los Arabes, de los Cosacos y de los Gauchos. Nuestra gente del Sur es gente montañesa, apasionada por su terruño, magnífica para defenderlo y batirse en él, pero renuente para dejarlo y batirse en otro lado.

Recuérdese ahora lo ya dicho sobre la Región Criolla, con sus Rampas Costeñas y sus Mesetas; sobre la Región Mestiza, y sobre la Región India.

* * *

Vamos a ver en qué forma la Revolución resultó influida por la Geografía.

En todas las Regiones del país, ya se ha dicho repetidas veces, aparecieron partidas rebeldes tan numerosas e irreprimibles como las burbujas en una marmita en ebullición. Pero bien pronto habrían de destacar, por singulares circunstancias que en seguida explicaré, tres de estas Regiones: Sonora, Coahuila y Morelos. Insistiré en las razones que hubo para ello.

Sonora había servido de base en la lucha final contra el Orozquismo vencido por Madero. En Sonora había descontento político, —eso de las nepóticas oligarquías fronterizas, ha sido, y es, una maldición— y los descontentos, hechos Gobierno, al triunfo de Madero, habían organizado numerosas fuerzas irregulares que se habían aguerrido y jerarquizado, que mucho contribuyeron a aniquilar el orozquismo, y las cuales, cuando la Decena Trágica, el Gobernador José María Maytorena no había licenciado aún. En cambio, allí las federales eran reducidas, y en parte considerable integradas realmente por Irregulares, no por tropas de línea. Los revolucionarios de Sonora tuvieron ventaja inicial que supieron aprovechar, fueron agresivos, y siguieron en su ataque sobre México su natural ruta geográfica: la Rampa Costeña de Occidente.

En Coahuila, el Gobernador mantenía un grupo de hombres armados, pero como en el vecino Estado de Chihuahua se hallaba distribuida la poderosa División del Norte Federal, que el mismo Huerta organizó cuando aplastó al Orozquismo, y entre Coahuila y Durango, en Torreón, se hallaba la División Federal del Nazas, muy poderosa también, Carranza no se hallaba en condiciones tan favorables como Obregón. Además, Carranza nunca demostró habilidad militar.

En el Sur, a un paso del Distrito Federal, se encuentra el pequeño Estado de Morelos, (prácticamente cinco mil kilómetros cuadrados), densamente poblado e hirviendo todo él en descontento por los despojos que había sufrido y por los crímenes que en él se habían practicado. (*) Pero como rebelión de montañeses, el Zapatismo, amo en sus tierras, nada hizo en las llanuras.

Cuando estalló la rebelión la tendencia natural de los rebeldes del Norte, tanto de los ya organizados en Sonora como de los desorganizados inicialmente, pero pronto vertebrados por el dinámico Villa en Chihuahua, fue hacerse de sólidas bases de operaciones.

En Sonora, el verdadero caudillo, Alvaro Obregón pudo lograrlo con relativa facilidad, neutralizando las fuerzas federales que acabaron por encerrarse y defenderse en Guaymas, y que nunca más volvieron a tener dominio sobre el interior del Estado. La rebelión se propagó al Sur por Sinaloa, entre cuyos habitantes y los de Sonora existe profunda y curiosa afinidad étnica, social, vital y de costumbres, que permite fácil amalgamación entre unos y otros. Además, geográficamente ambos Estados forman una sola provincia militar pues comparten idénticas características. La provincia se prolonga al Sur, hasta Nayarit, pero ya sólo en lo geográfico. Se prolonga hasta la desembocadura del Río Santiago. Los revolucionarios sinaloenses lograron encerrar y confinar a los federales dentro de Mazatlán. La Revolución tuvo así como base dos Estados en el Noroeste.

Carranza también trató de hacerse de base en su propio Estado; pero consciente de sus dificultades, lo hizo con tibieza, fracasó, y siguió otra línea de conducta más sensata. Renunció a luchar en Coahuila, y optó por cruzar la Sierra Madre Occidental, y retirarse a Sonora, por cuyos caudillos revolucionarios había sido reconocido como Primer Jefe de la Revolución.

En Chihuahua, ya lo dijimos, Francisco Villa cruzó la frontera y se internó dirigiéndose siempre al Sur. Con sólo su presencia, su audacia y su prestigio, acudieron a él en profusión elementos que le permitieron luchar para hacerse de una base propia de operaciones. Descendió después por su ruta natural, hasta Zacatecas, y se detuvo allí.

(*) Para que se aprecie en qué duras condiciones alentaba el morelense considérese este dato: en tanto que el promedio de vida de 1878 a 1910 en los demás Estados de la República era de alrededor de treinta años, en Morelos era nada más de veinte. *Las Estadísticas Sociales del Porfirismo.*

Poco más o menos al mismo tiempo Villa y Obregón iniciaron su avance hacia la Capital de la República. Las dificultades que el primero tuvo que vencer, fueron principalmente humanas. Y eso ocurrió desde que se alzó en armas. Contra él acumuló Huerta lo mejor de sus elementos.

Las que se opusieron a Obregón en el teatro inicial de sus operaciones, formado por los Estados de Sonora y Sinaloa, fueron principalmente geográficas. Toda esta zona está cruzada por numerosos ríos de gran caudal, perpendiculares al camino que había de seguir Obregón. La tierra es rica, pero como estaba poco poblada, se sufría de gran escasez de recursos. Las fuerzas federales que se opusieron a Obregón, no sólo eran menos numerosas que las que lucharon contra Villa; sino que estaban diseminadas y nunca lograron integrar un núcleo respetable. Así es que puede asegurarse que Obregón no probó su capacidad, sino hasta después de que hubo luchado con Villa.

En el Sur, la rebelión se había propagado hasta la Península de Yucatán; pero era amorfa, carecía de plan y de jefe prestigiado, salvo en el foco central, que era el Estado de Morelos, en donde la Revolución tomó forma de una guerra intensa, casi telúrica, de emboscadas. Esta era guerra sin despliegues, sin planes, sin batallas formales, pero mortífera, sangrienta y atroz, como todas las que sostiene un pueblo entero. Sometió a terrible desgaste al Ejército Federal.

Insistiré en otra observación de carácter general; el Ejército Federal, mandado por técnicos, debió haber maniobrado. Nunca maniobró. Ni durante la paz, en ejercicios, ni en campaña, durante la guerra. Dos obstáculos infranqueables, lo repetiré, se lo impidieron. Obstáculo primero: la forma de su reclutamiento, que había sido hecho, desde que lo reorganizó Porfirio, principalmente por medio de forzados, muchos de ellos criminales. Estos forzados, resultaron muchísimo menos de fiar desde que empezaron a ser pasado por cajas revolucionarios cautivos. Obstáculo segundo: La edad de los Generales Federales, y su experiencia inadecuada y olvidada.

* * *

Parece natural que, dada la uniformidad en el momento en que iniciaron sus actividades, entre los caudillos revolucionarios: Obregón, Carranza (González), Villa y Zapata, haya sido Villa quien hiciera sentir su presión sobre el Gobierno de Huerta antes que sus colegas. Y todos

encuentran esto muy lógico. Pero debe reflexionarse en que Obregón dispuso siempre de todos los recursos de Sonora, de sus Irregulares ya organizados, fogueados y jerarquizados; que Carranza se lanzó a la rebelión con todos los elementos del Gobierno del Estado de Coahuila, y que al promover los alzamientos en Nuevo León y Tamaulipas, envió con alguna habilitación bélica, respectivamente, a Pablo González y a Lucio Blanco; que Zapata se hallaba insumiso y en estado de rebeldía desde el año de 1911, y por lo mismo ya había adaptado de él y de la región morelense al estado de guerra, y que en cambio, Villa inició su aventura el 6 de marzo de 1913, sin contar con apoyo, base o ayuda, cruzando el Río Bravo por un punto llamado Los Partidos, acompañado solamente por ocho hombres.

El hecho de que núcleo tan pequeño se haya convertido, en sólo catorce meses, en el ariete demolidor que lanzó la Revolución contra el Gobierno de Huerta, es una de las cosas más asombrosas de este capítulo de nuestra Historia, y no dudo en considerar a Villa como el prodigio de la Revolución.

Villa era un intuitivo: supo sacar provecho (desarrollándolas a una escala más grande, para las grandes empresas a que la Revolución lo empujó, de sus experiencias y cualidades de foragido; de ese don de arrastre que ejercía sobre los hombres que lo seguían, tan grande como probablemente no lo ha ejercido nunca otro hombre en la Historia de México. Quizá esto se deba a que en todo cuanto hacía, bueno o malo, ponía todo su corazón; a que era apasionado, generoso... y salvaje. Su ambición era primitiva, pero desesperada. Adivinaba que por no ser él mismo "hombre de mucha civilización" (expresión suya), ciertas metas le estaban vedadas. Consciente de sus limitaciones, cuando sentía que algo le hacía falta, aprovechaba su gran talento natural para buscar los consejos de quien más sabía... Y hasta para seguirlos... a veces. Pero sólo en tanto que no lo sacaba de quicio el próximo arrebató de furia, pues durante el espasmo, era incapaz de atender a la conveniencia, a la razón, o al miedo.

* * *

De "Los Partidos", Villa echó para la Sierra, con el propósito evidente de buscar adhesiones, que en una guerra de ese tipo forzosamente tenían que ser de voluntarios. El mismo Villa proporciona su itinerario: Ojo de Samalayuca, las Amarguras, Hacienda del Carmen, Hacienda de Jacinto, San Andrés, Chavarría, Santa Isabel, San Juan de la Santa Veracruz, Satevó... Ya en este punto su partida constaba de doscientos hom-

bres. Pronto se le incorporó Fidel Avila, a quien envió a Sonora a pedir elementos. Podemos considerar amigos a Villa y a Maytorena. Avila prometió —y cumplió— regresar pronto. Siguió Villa por Carretas, San Lorenzo, Sonoloapa, Bachiniva, Valle, Casas Grandes, Ascensión, Corralitos... En Ascensión estuvo mes y medio, y su fuerza subió a setecientos cincuenta hombres. Caminó luego por San Buenaventura, Cuchillo Parado, Puente de Aldama, San Andrés y Santa Rosalía de Camargo. Allí se le incorporaron: de nuevo, Fidel Avila, que regresó de Sonora, y Maclovio Herrera. Pasó a Santa Rosalía y continuó rumbo al Sur. En Jiménez se unió con él su famoso compadre, Tomás Urbina, que venía de Durango con seiscientos hombres, entre los cuales se hallaba el feroz Rodolfo Fierro. Aquí, en vista de que nadie le disputaba la Sierra de Chihuahua, empezó Villa a preparar su primer ataque a Torreón. Ya por entonces dominaba la vía férrea. Luego se encaminó hacia Bermejillo, con el propósito de seguir hasta la Goma para cruzar el Río Nazas y atacar Torreón.

Todas estas actividades de Villa debieron haber sacado de su inexplicable pasividad al General en Jefe de la División del Norte, a Salvador Mercado; pero no fue así. Jamás los federales trataron de estorbar los progresos, los planes y el crecimiento de la partida villista cuando aún era tiempo.

* * *

El General federal Ignacio Bravo, jefe de la novísima División del Nazas, había pasado días verdaderamente amargos en Torreón. Habiendo, por su experiencia larguísima en Quintana Roo a una guerra de selvas, que exigía exploración continua y cuidadosa por pequeños y precavidos destacamentos, a una guerra pulverizada que requería precauciones absolutas, se resistía a seguir sistemas distintos en las peladas estepas de la Región Lagunera, y tenía paralizada la División. Bravo no podía aprender la nueva guerra que tenía que pelear. Bravo era ya muy viejo. Tenía más de ochenta años. Empezaron las privaciones. Llegaron a escasear los víveres. Y la inacción, consecuencia de la táctica que quería emplear y en que tercamente insistía, contrarió tanto a los Generales y Jefes que se hallaban a sus órdenes, que prácticamente lo obligaron a “asociar” —ese fue el eufemismo empleado—, al mando, al General Eutiquio Munguía, que fue quien, en realidad, en el futuro mandó siempre. Munguía autorizó la salida de dos columnas de mil hombres cada una, la primera, a las órdenes de los generales Irregulares Emilio P. Campa y Benjamín

Argumedo para que recorriera la margen izquierda del Nazas; y la otra, que debería hacer lo mismo por la derecha, a las del General federal Felipe Álvarez. Este jefe tenía mucho prestigio en el Ejército por su valor y su actividad.

* * *

Antes de iniciar sus operaciones Villa que supo oportunamente la salida de esas columnas, reunió a todos sus generales de La Loma, y les pidió que resolvieran quién debería, en el futuro, hallarse investido del mando en Jefe. Por unanimidad, el 29 de septiembre fue él, Villa, el designado. Entonces —dice él mismo— fue cuando empezó a organizar su División del Norte, aprovechando los consejos de Juan N. Medina, ex-oficial federal, militar de carrera, que se había incorporado al núcleo desde el principio.

Avanzó, pues, contra Álvarez y Argumedo. Se trabaron sendos combates, y en La Loma y en Avilés fueron vencidos los dos grupos de federales. Álvarez murió en el combate, y Villa recogió, como botín, dos cañones, seiscientos fusiles, y quince mil cartuchos.

Siguió luego hacia Torreón, y lo atacó. En sus "Memorias" estima en cuatro mil el número de los defensores de la Capital de La Laguna, y por los datos que yo tengo, creo que está en lo justo.

El primero de octubre de 1913 cayó Torreón, por primera vez, en poder de Villa, quien recogió como botín once cañones, trescientas granadas, trescientos fusiles, seis ametralladoras, medio millón de cartuchos, cuarenta locomotoras y mucho material de ferrocarril.

A todo esto asistió desde Chihuahua, pasivo e inerte, el General federal Salvador Mercado. Dejó luego Villa a Calixto Contreras al frente de la guarnición de la debelada plaza, dio órdenes a José Isabel Robles para que la reforzara en caso necesario, y él mismo volvió al Norte, rumbo a Chihuahua, con las fuerzas de Yuriar y de Eugenio Aguirre Benavides. Pasó de nuevo por Jiménez y siguió por Santa Rosalía, en donde recogió a Rosalío Hernández y a Manuel Chao. Y como, según dice Villa, en sus "Memorias", Yuriar se le insubordinó, al momento lo hizo fusilar. Hasta qué punto esta insubordinación haya sido cierta, Dios lo sabe. Luego caminó por Ortiz, siguió por Consuelo, y alcanzó al fin Avalos. Se proponía atacar Chihuahua.

El 5 de noviembre cumplió su propósito. Fue rechazado después de un combate de cuatro días, del 5 al 8 de noviembre.

Sin desanimarse, ni obstinarse, cambió su objetivo, que fue ahora Ciudad Juárez. El 13 de noviembre salió rumbo a esa ciudad fronteriza, pasó por la Fundición del Cobre, Sauz, Laguna, Moctezuma y Samalayuca.

En Samalayuca preparó el ataque a Ciudad Juárez, defendido por el General Francisco Castro quien, cuando Huerta intentó fusilar a Pancho durante la campaña orozquista, había mediado en favor de Villa con gran valor y mucho empeño. Villa recordó el hecho, y ordenó que la vida de Castro fuera respetada. Se inició el ataque por sorpresa, y el 15 de noviembre cayó Ciudad Juárez en su poder. Pero Villa no tuvo oportunidad de demostrar su gratitud, porque Castro pudo cruzar la frontera por sí solo.

El 20 supo Villa que el Jefe de la División del Norte Federal, el General Salvador Mercado, —extemporáneamente decidido a hacer algo—, había salido en persona a combatirlo. Villa descendió a encontrarlo con sus gentes, que se elevaban ya a seis mil doscientos, y en Tierra Blanca, lugar que él escogió por sus peculiares condiciones topográficas, que conocía muy bien, presentó batalla y derrotó a los cinco mil quinientos federales y orozquistas de Mercado, que así cobró el lógico premio de su inactividad. Este fue el primer éxito formal de la Revolución. Quizá el decisivo. Las pérdidas de los vencidos se elevaron a poco más del veinte por ciento.

Mercado se retiró entonces sobre Chihuahua, pero no con el ánimo de defenderla, sino con el propósito de hacer un vaivén casi pendular, de echar por la vía del tren de Chihuahua a Ojinaga, ciudad fronteriza en las márgenes del Bravo, con fácil retirada a los Estados Unidos. Esto lo hizo el 29 de noviembre de 1913.

El 8 de diciembre de 1913, Villa ocupó Chihuahua. En el acto organizó, para atacar Ojinaga, una columna con tres Brigadas que en total sumaban tres mil hombres con alguna artillería. Pero no asumió personalmente el mando. Lo confió a Pánfilo Natera. Tuvo entonces noticia de un fracaso serio: el 9 de diciembre de 1913 cuatro mil doscientos federales, mandados por José Refugio Velasco habían recuperado Torreón. Y no fue ese el único: el primero de enero de 1914, Natera atacó Ojinaga y fue rechazado.

En cuanto lo supo, Villa se preparó para remediarlo. El 10 de enero salió de Chihuahua, se hizo cargo del mando, y el 11 reanudó el ataque. Ojinaga cayó en su poder el mismo día.

Inmediatamente, con el dinamismo febril que lo distinguió, volvió a Chihuahua, en donde empezó a preparar de nuevo su marcha al Sur, para recuperar Torreón.

Pero antes de hablar con breve detalle de la vuelta ofensiva de Huerta, examinaremos en forma esquemática las operaciones de Carranza y de Obregón en Sonora y Sinaloa para después tratar algo de las actividades de Zapata. Procuraré estructurar así, en forma dinámica y cronológica, este resumen sobre la Revolución considerada como una unidad, que me estoy esforzando en presentar.

* * *

Retrocedamos a la segunda mitad de febrero de 1913.

El Gobernador de Coahuila, en el momento en que alzó la bandera de la rebelión, contaba con algunas tropas irregulares; pero se hallaba imposibilitado para ejercer mando directo sobre ellas porque estaban distribuidas entre distintos núcleos de tropas federales. Le era necesario hablar primero con los jefes invitándolos a la rebelión, y luego, si aceptaban, esperar a que tuvieran oportunidad de ejecutar su propósito. Carranza estimaba su situación militar comprometida. Ya vimos por qué, pero repitámoslo:

Por el Sur se encontraba, en Torreón, la recién creada División del Nazas, núcleo federal que por el momento contaba con un efectivo de tres mil hombres. La mandaba el General Fernando Trucy Aubert, quien era amigo personal de Carranza. Posteriormente Ignacio Bravo relevó a Trucy Aubert.

Al Este, se encontraba la Zona Militar con cabecera en Monterrey, puesta en 1913 bajo el mando del General José María Mier, que también mantenía con Carranza relaciones de amistad. Pero Carranza sabía que tanto Trucy Aubert, como Mier, pelearían contra él si consideraban que esto lo exigía su deber de militares. Mier, por lo demás, pronto pasaría a hacerse cargo de la División de Occidente, con Cuartel General en Guadalajara.

Carranza era un administrador. No un hombre de guerra. Nunca creyó que los efectivos revolucionarios que lo seguían le permitieran asumir una ofensiva capaz de hacerlo evolucionar de guerrillero, a Jefe de Ejército. No era un jugador nato, como Villa, que lo apostaba todo a una sola carta. Se retiró, pues, de Saltillo hacia Monclova, segunda ciudad del Estado de Coahuila, y allí llamó a los Jefes Irregulares de las fuerzas del Estado. Casi todos acudieron secundando su actitud, con excepción de Alberto Guajardo.

Su hermano Jesús Carranza era jefe de un destacamento de Irregulares comisionado en el Nazas, de donde, cuando Venustiano se alzó,

pudo salir, un poco con la buena voluntad de Trucy Aubert, para unirse a su rebelde hermano.

En Monclova fue donde Venustiano Carranza comisionó para levantar el Noroeste de México a Pablo González, que operaría en Nuevo León, y a Lucio Blanco, que haría lo propio en Tamaulipas. A uno y a otro les dio ciertos elementos e instrucciones. Blanco y González, desde un punto de vista de cierta moderación, fueron de lo mejor que la Revolución produjo; pero carecían del dinamismo de Villa y de la visión clara de Obregón. Ambos salieron a levantar las regiones que respectivamente les habían sido asignadas por Carranza, y aunque tuvieron cierto éxito en ellas, operaron en forma mucho menos brillante que Obregón y Villa en las suyas.

Mientras tanto, Carranza sufrió pequeño descalabro en la Estación Anhele. Los periódicos de la Capital exageraron la magnitud del suceso y, dice Juan Barragán (Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista), que precisamente por esforzarse en dar un mentís a los rumores de su aniquilamiento, Carranza aventuró un ataque sobre Saltillo, de donde fue rechazado con fuertes pérdidas el 23 de marzo de 1913. Considerando la tenacidad del ataque (dos días) es verosímil suponer que haya sido otro, y mucho más serio, el real propósito. De todos modos el fracaso no fue paralizante; los defensores es seguro que, en proporción, hayan sufrido más que Carranza. Este se retiró sin obstáculo a la Hacienda de Guadalupe, en donde formuló su famoso "Plan", que sería la base puramente política de la Revolución, y que fue alabado mientras los hombres del Norte no fueron sustituidos por los hombres del Sur, que propugnaban otro, más profundo.

Huerta envió a Coahuila dos columnas a las órdenes de los Generales Joaquín Maas y Guillermo Rubio Navarrete. Con esto recuperó Monclova. Demasiado hostilizado, en busca de tranquilidad, Carranza se retiraba ya a Sonora, llamado por Obregón, pero aceptó dirigir a los laguneros en un ataque sobre Torreón, que fue rechazado. Después Carranza salió de la Mesa Central, y por Pedriceña descendió al Estado de Sinaloa, a donde llegó el 14 de septiembre de 1913. Los jefes de la provincia militar de Sonora y Sinaloa, es decir: Obregón, Calles, Hill, Alvarado, Iturbe, Balderas, Buelna, etc., solemnemente lo reconocieron como Primer Jefe.

En Sonora se incorporó a la Revolución, en el mes de octubre de 1913, el prestigiado federal General Felipe Angeles, de reconocida filiación maderista, que capturado por Huerta al terminar la Decena Trágica,

había sido enviado por éste al desempeño de una comisión en Alemania, y que ahora, abandonándola, vino a incorporarse a Carranza, quien lo designó como su Secretario de Guerra. Pero Angeles no pudo hacer cosa alguna en el puesto, porque Obregón, que ya empezaba a darse cuenta de sus propias capacidades, lo consideró como un rival no deseable para su carrera personal, y lo obstaculizó hasta anularlo.

* * *

Para concluir la breve reseña de la Revolución en el Norte de México, nos falta examinar tan sólo los sucesos de Sonora y Sinaloa.

El Gobernador José María Maytorena, —dice Obregón— por sus tendencias pacíficas y su carácter tímido se había inhibido de ponerse al frente de la rebelión. En su lugar, como Gobernador Interino, la encabezó políticamente Ignacio L. Pesqueira, quien designó en el acto al Coronel Alvaro Obregón para que desempeñara, en el Gobierno de Sonora, un puesto equivalente al de Secretario de Guerra en el Federal.

Obregón era miembro de una de las principales familias de Alamos, Son., región de gente capaz y de buena apariencia. Cepa que ha producido buen fruto en México.

Obregón era alegre, dicharachero, ingenioso, y estaba dotado de una memoria verdaderamente prodigiosa. Se cuenta de él, que en las reuniones familiares, a que asistía, antes de que se decidiera por la carrera de las armas, gustaba de hacer gala de ella, distribuyendo una baraja entre los asistentes, quienes le informaban de la carta que a cada uno había tocado. Y después él podía repetir, sin errar jamás, a quien había correspondido cada una de aquellas cartas, o bien designaba carta y persona en la secuencia inicial, o saltando uno, dos o más puestos.

Tenía notable don de mando y era de aguda y rápida percepción, muy decidido, muy inteligente y muy enérgico. Hechos posteriores revelan que también era extremadamente duro de corazón.

La corta campaña que había hecho a las órdenes del General Sanginés; sus conversaciones con este jefe, tan capaz, estudioso y honorable, (a quien parece que estimó), las enseñanzas que de él recibió, y sin duda alguna que también las lecturas a que posteriormente se había dedicado, le permitieron formarse clara idea de la situación militar en el Noroeste del país.

* * *

Esta situación en Sonora, en febrero de 1913, favoreció extremadamente a los revolucionarios, reunidos desde el principio en fuerte núcleo, tanto por ser su número superior al de los federales, como porque éstos se hallaban distribuidos por todo el Estado en pequeños destacamentos, destinados a servicio policiaco en la Frontera. Sólo en la región del Yaqui había un grupo importante de fuerzas federales. Obregón pudo, así, derrotarlas fácilmente una tras otra.

Entre las zonas Militares, correspondía la Primera, a Sonora. Su jefe el General Miguel Gil, que residía en Torin.

La distribución de esta fuerza era como sigue:

En Agua Prieta, se hallaba el veterano General Pedro Ojeda, con cincuenta hombres del 5º Batallón, más trescientos de los Irregulares organizados por el General Sanginés en 1912. Entre estos Irregulares, todos ellos sonorenses, se contaban muchos amigos del Comisario de Agua Prieta, Plutarco Elías Calles.

En Cananea, estaba el Coronel Moreno, con doscientos hombres del 5º Batallón. En Nogales, cincuenta hombres del mismo cuerpo, con el Teniente Coronel Reyes. En Guaymas el 27º Batallón, con el Coronel Miguel Girón y una Batería de Campaña a las órdenes del Capitán Ramón Galaviz. En el Yaqui, estaba el 10º Batallón, a las órdenes del Coronel Jesús P. Díaz, y ciento cincuenta hombres, yaquis todos ellos, a las órdenes del Mayor Gómez. En Pótam el 28º Batallón, con el Coronel Eguiluz; y en Bácum, el 14º Batallón, a las órdenes del Coronel Manuel F. Santibáñez.

Los Irregulares de Sonora (futuros revolucionarios), se hallaban distribuidos como sigue:

En Hermosillo, mil doscientos hombres disciplinados con Alvaro Obregón. En Agua Prieta, quinientos disciplinados con Calles y Bracamontes. En Estación del Río, entronque de las vías férreas de Naco y de Cananea a Nogales, el Presidente Municipal de Cananea, Manuel M. Diéguez, (antiguo magonista), disponía de trescientos hombres disciplinados. Había, además, en Navojoa, Río Mayo, Obregón y Carpio, numerosos grupos de indios desorganizados y mal armados; en Sahuaripa, otro contingente de los hermanos García, semiorganizados.

El General Gil informó a México que veía alarmante la situación, y que percibía síntomas de que aquella gente se proponía rebelarse. Pidió instrucciones... y se le ordenó que no moviera sus tropas porque el Gobierno tenía negociaciones pendientes con Maytorena. Se aseguró desde México a Gil que no se alteraría el orden en el Estado de Sonora.

Y, en efecto, tan bien informado estaba Huerta, que el 7 de marzo, Obregón inició la ofensiva, levantó la vía de Estación Maytorena al Norte, y tomó primero Nogales y luego Cananea.

Calles lo secundó sublevándose con la mitad de la guarnición de Agua Prieta, y abandonó la plaza. Ojeda se lanzó en su seguimiento con la otra mitad, y alcanzó en el Paraje de La Morita, y lo dispersó. Quiso luego socorrer a Moreno en Cananea, pero Moreno ya había caído, y Obregón marchaba al encuentro de Ojeda con fuerzas muy superiores. Ojeda se retiró a Naco. Allí, el 13 de abril se le rebelaron sus fuerzas, casi todas formadas por Irregulares y aunque trató de someterlas, fracasó y se vio en el caso de cruzar la frontera. Obregón entró luego en Naco.

Gil concentró en Empalme las guarniciones de Pótam y de Bácum para oponerse a Obregón, pero ya éste había reunido muchos de los contingentes Irregulares, y superaba bastante en número a los federales. Gil, prudentemente, se abstuvo de emprender operaciones, pidió refuerzos a México, y a principios de mayo los recibió; mil doscientos hombres mandados por el General Luis Medina Barrón, que desembarcaron en Guaymas.

Así reforzado, avanzó al Norte, y en Santa Rosa trabó combate con Obregón. A los cuatro días cumplidos de lucha, tuvo que retirarse, falto de municiones. Lo relevó Ojeda y Gil marchó a México.

Ojeda inició de nuevo la ofensiva después de reorganizar las fuerzas y de concentrar en Guaymas la guarnición de Torin. Sólo pudo llegar a Estación Ortiz. Como Obregón emprendió maniobras con el fin de cortar su retirada, Ojeda retrocedió hasta San Alejandro, donde esperó a Obregón, se retiró hacia el Sur, y en Santa María, hizo frente de nuevo a sus enemigos. Fue derrotado y, con el resto de su muy mermado contingente se retiró a Guaymas.

Inmediatamente Obregón atacó con ímpetu, pero sin éxito, el Puerto de Guaymas. Entonces principió el asedio de esa plaza, donde quedaron encerradas las tropas federales de Sonora hasta el mes de julio de 1914.

En rápidas maniobras de importancia creciente, que ocurrieron en sólo tres meses, después de varias escaramuzas y de tres combates de relativa importancia Obregón, valiéndose con habilidad de su posición central y aprovechando con juicio las peculiaridades geográficas de la región y los medios de transporte de que disponía, moviéndose por "líneas interiores", había logrado dotar a la Revolución de su primera base sólida. Allí se organizaría la fuerza que habría de consumar el triunfo del movimiento en 1914.

* * *

Resumiendo de nuevo: al finalizar el año de 1913 se encontraba en rebelión todo el país, menos la Región Mestiza el Bajío y Jalisco, que estaban en paz.

En el Noroeste, la Revolución era, si se me permite la expresión, de fuego manso. El Gobierno de Huerta la tenía más o menos localizada.

En el Centro y en el Noroeste había tenido éxitos enormes, e indudablemente se preparaba a avanzar. Villa tenía como meta inmediata Torreón, para continuar por Zacatecas y Aguascalientes, invadir el Bajío y seguir luego a México. Obregón se empeñaba ya en su marcha al Sur para recorrer la Rampa Costeña Occidental hasta Guadalajara, subir al ápice del país por el Bajío, y llegar a México.

Carranza quería que Obregón llegara primero, y si Villa lograba apoderarse de Torreón, podría atacar Zacatecas, y de allí descender por Aguascalientes hacia el Bajío, o hacia Guadalajara. Así que Carranza obstaculizó a Villa cuanto pudo.

* * *

Veamos ahora lo que había ocurrido en la Región India, es decir, en el Sur del País.

Aquí, la profusión de montañas, la orientación general de Este-Oeste de los ejes de las cordilleras, y los localismos exacerbados de los habitantes, casi valle por valle, eran otros tantos obstáculos que se opusieron a que la Revolución asumiera en el Sur, el carácter agresivo y la violencia arrolladora que había revestido en el Norte.

En cambio, era región de tierras fragosas, (¡y qué fragosidades: las del Ajusco y del Pococatépetl!), boscosas algunas de ellas, las llanas o de suave declive, separadas unas de otras por tupido entrecruzamiento de sólidas bardas de piedra, los ("tecorrales"); irrigada toda la región por muchas corrientes. Estas características hacían la región muy propicia a la guerra de guerrillas. La experiencia lo había demostrado en crisis precedentes: habría de ser teatro de una guerra amorfa, prolongada y sangrienta. En las crisis históricas anteriores, el Sur, todo el Sur, había sido el teatro decisivo de la Historia de México. Ahora no sería el teatro decisivo, pero sí la cuna del pensamiento revolucionario, porque en la Revolución, los surianos peleaban por sus tierras, por algo que amaban y con lo que se sentían mística e ingénitamente unidos; por algo que, además, necesitaban para vivir; por algo a la vez espiritual y material; no peleaban

por exaltación de sentimientos políticos, ni por codicia, ni por deseo de venganza, ni por otras mezquinas pasiones. No podrían, pues, ser apaciguados en tanto que estas tierras no les fueran devueltas.

Zapata, el líder, el representante, el símbolo, no había llegado a rendir las armas, ni durante el Gobierno de Madero, cuando Angeles no lo persiguió, ni durante el de Huerta, cuando la acción bélica fue efectiva.

Inmediatamente después del Cuartelazo, la rusticidad e inexperiencia de algunos caudillos zapatistas los había inducido a aceptar las condiciones de paz que Huerta ofreció. Ya dije repetidamente que el "Tuerto" Morales, que en años anteriores se había hecho de cierto prestigio como guerrillero, perteneció a este número.

Comprendiendo Huerta, en el momento en que ascendió, apenas vio arder en rebelión todo el Norte, la gran ventaja que significaría para él tener por amigo, o por lo menos como indiferente, el Sur, en cuanto los oroquistas, sus antiguos adversarios y luego lealísimos amigos llegaron a la Capital de la República, se apresuró a delegar facultades en Pascual Orozco, padre, y en otros de los caudillos norteños que lo habían conocido y tratado, allá por 1911, para que en su nombre trataran de pactar algún arreglo con los caudillos del Sur. Creía tener éxito en esas gestiones, pues Zapata, en un principio, había aceptado voluntariamente someterse a Orozco en su rebelión.

Mas para fines de marzo de 1913 el "Tuerto" Morales, ya desilusionado, sintiéndose vigilado y cautivo, dejó escapar con rumbo a las montañas de Morelos a aquéllos de sus hombres que así lo quisieron.

Esto desagradó profundamente a Huerta, quien tampoco pudo lograr que Zapata atendiera una invitación para someterse al Gobierno, que fue arrancada con amenazas disimuladas al Dr. Francisco Vázquez Gómez. Zapata contestó a Vázquez Gómez, aconsejándole desconfiar de Huerta y huir. Vázquez Gómez, que desde mucho antes de recibir el consejo estaba convencido de la razón que asistía a quien así lo aconsejaba, logró escapar de México a Veracruz, embarcarse ocultamente en el Vapor "Morro Castle", y salir del país.

La lucha en Morelos se reanudó, con mayor saña. El Gobernador Tajonar fue destituido, y Huerta nombró en su lugar al durísimo General Juvencio Robles, que inició una campaña a sangre y fuego la cual, como todas las de este tipo (cosa que deberían de recordar los ingleses y los franceses por lo que se refiere a Chipre y a Africa del Norte), no sólo estaba destinada al fracaso, sino a resultar contraproducente.

Es imposible describir en forma coherente la campaña en el Estado

de Morelos. Los combates se multiplicaban sin plan, sin propósito ulterior. Cada uno de ellos tenía su propia finalidad, y las partidas rebeldes aparecían y desaparecían en un instante.

Es muy verosímil que las pérdidas que sufrió el Ejército Federal debidas a la abrasión bélica propia de esta zona, hayan sido aún más elevadas de lo que fueron las causadas por las sangrientas batallas del Norte. Muy a menudo, a más montan muchos pocos, que pocos muchos.

* * *

En estas condiciones, con el Gobierno a la defensiva en todo el país y sin poder lograr ventaja alguna, ni siquiera en el inorgánico Sur, Huerta consideró que la amenaza de Villa era por el momento la más importante.

Obregón, es cierto, venía ya avanzando de Sinaloa con el evidente propósito de invadir Jalisco. Mas para reforzar al Cuerpo del Ejército de Occidente, cuya cabecera se hallaba en Guadalajara y que estaba a las órdenes del anciano y enfermizo General José María Mier. Huerta había organizado una fuerza de unos dos mil hombres, que a las órdenes del General Domingo Servín fueron enviados a Tepic, y de la cual hablaré adelante.

Y decidió conceder la preferencia a Villa, juzgando, es claro que con toda razón, que si podía vencer a éste, le sería fácil después concentrar todos sus elementos, contener y derrotar a Obregón y dar así un golpe de muerte a la Revolución Carrancista.

Pero se imponía la elección de un Jefe que fuera lo bastante hábil para llevar adelante sus órdenes, y que al mismo tiempo, por noción del deber, de la lealtad y del honor, resultara capaz de no ceder a la tentación que el verse al frente de una tropa victoriosa en un momento decisivo, podría hacer surgir para él, resistiendo el ejemplo y el antecedente inmediatos del propio Huerta.

Un sólo nombre podía citarse: el General José Refugio Velasco.

En julio de 1913, el General Velasco, a quien Huerta veía con recelo y desconfianza desde que se negó a admitir ciegamente la destitución de Madero, había sido despojado del mando militar en Veracruz y traído a México; pero como su prestigio era tan grande, Huerta optó por disfrazar el motivo, haciendo que fuera designado Gobernador Interino del Estado de México en sustitución del Licenciado Francisco León de la Barra, que se había separado del puesto.

Ahora, el mismo Huerta llamó a Velasco de Toluca, discutió con él

la situación, y le ofreció el mando de una columna que tendría por objetivo la inmediata recuperación de Torreón y su defensa posterior contra la previsible vuelta ofensiva de Villa, en tanto que, para futura etapa, se reunirían y le serían después enviados los elementos necesarios para aplastar a éste y reconquistar la Frontera definitivamente.

Velasco aceptó el encargo. Volvería a pelear en la región que había sido teatro de sus primeras actividades semibélicas, allá en su adolescencia. Quizá, cuando dirigía la caravana familiar porteadora en su etapa de Zacatecas a Chihuahua, haya pernoctado alguna vez, antes de cruzar el Nazas, en el lugar en donde, andando el tiempo, se erigiría esa Ciudad de Torreón que tan valerosa y hábilmente tuvo que defender en la primavera de 1914.

Huerta designó como colaboradores subordinados de Velasco a dos de los militares con mejor historial y más prestigiados del Ejército: el General Ricardo M. Peña, notable jefe de caballería y el General Eduardo Ocaranza. Cada uno de ellos se presentó a Velasco con un pequeño destacamento a sus órdenes.

Además, en el Estado Mayor de Velasco figuraba un joven revolucionario de Guerrero que, rebelado contra Porfirio Díaz, no había abandonado su actitud rebelde durante la Presidencia de Madero. Este joven demostró tener cualidades militares y valor, y andando el tiempo llegó a figurar mucho. Se trataba de Juan Andrew Almazán.

Desde el principio debe haber comprendido Velasco que los ofrecimientos que Huerta le había hecho de proporcionarle tropas en efectivo suficiente, no sólo para recuperar Torreón, sino también la Frontera, en absoluto carecían de posibilidad para pasar al cumplimiento, pues con dificultad grandísima, cuando marchó a su destino, y sólo tomando escasos elementos de distintas fracciones de tropa en Irapuato, en Silao, en León, en Aguascalientes y en San Luis Potosí, apenas si pudo reunir una pequeña columna que condujo hasta Saltillo, en donde se le incorporaron Peña y Ocaranza. De Saltillo partió a la Estación Hipólito, en donde lo esperaba el General Fernando Trucy Aubert con los tres mil hombres de la División del Nazas, de la cual Velasco era el nuevo Jefe. Luego Velasco se dedicó a organizar y a dar coherencia y espina dorsal a ese puñado de hombres.

Se encontraba entregado a tal tarea, cuando el General Adolfo Iberri encargado de la defensa de Monterrey, le avisó que Pablo González lo atacaba, que para defenderse tenía pocas fuerzas, y que se hallaba en situación comprometida. Velasco envió inmediatamente en su socorro a Peña y

a Ocaranza con unos cuantos hombres. La presencia y acción de estos rudos caudillos obligaron a Pablo González a retirarse de Monterrey el 23 de octubre, abandonando en su retirada al General Jerónimo Treviño, que había capturado. El anciano General estaba muy enfermo. Nótese cómo, en vez de recibir refuerzos, Velasco tuvo que enviarlos.

Peña y Ocaranza continuaron en Monterrey hasta después de la llegada a esa plaza del General Joaquín Téllez, que relevó a Iberri, y marcharon luego a incorporarse a las fuerzas del General Velasco.

Durante estos días de octubre y noviembre de 1913, la situación de Huerta se agravó, Villa se apoderó de Ciudad Juárez, triunfó en Tierra Blanca, y tomó posesión de Chihuahua. Los Generales revolucionarios Caballero, los dcs Castros (Cesáreo y Agustín), Murguía y Villarreal, se hicieron dueños de Ciudad Victoria el 18 de noviembre y el 25 pelearon con Rubio Navarrete en Santa Engracia, librando una batalla que, si tácticamente se resolvió en triunfo para Rubio Navarrete, por sus consecuencias significó para él un desastre: a Rubio se le agotó el parque, Téllez perdió la serenidad, y en lugar de reabastecerlo o de reforzarlo, le ordenó que se retirara, así que el combate quedó registrado como derrota del vencedor.

Obregón se apoderó de Culiacán, y dio un gran paso adelante en el largo camino de la Rampa Costera, rumbo a Guadalajara.

* * *

Además el problema militar se complicó con los enormes errores políticos cometidos por Huerta, quien tratando de imponerse por el terror, había hecho asesinar el 22 de agosto al diputado yucateco Serapio Rendón y que, el 8 de octubre, cayó en la trampa que haciendo el supremo sacrificio de su propia vida, le tendió el Senador chiapaneco Belisario Domínguez, al pronunciar un inflamado y agresivo discurso, en la Cámara, a sabiendas de que tal cosa le habría de costar la vida. Huerta, ya ebrio de sangre, lo hizo asesinar. La Cámara protestó, declarando que, *si se repetía el hecho*, los diputados celebrarían sesiones en "donde tuvieran garantías". Y Huerta decretó la disolución de las Cámaras. Con ello, perdió apariencia de Gobierno Legal el que Huerta presidía.

Esta era la situación cuando Velasco inició contra Torreón las operaciones que le permitieron ocuparla el 9 de diciembre de 1913, después de nueve combates, alguno de los cuales fue muy empeñado.

* * *

La situación internacional también se había agravado extremadamente. Para reemplazar a Lane Wilson, aunque no como Embajador, Woodrow Wilson envió a México, con el carácter de Enviado Confidencial, a John Lind. Este no era diplomático de carrera. Sueco de nacimiento, yanki por naturalización, y de profesión peluquero, había sido elegido por Woodrow para tal misión por quién sabe qué obscura afinidad en sus caracteres tortuosos.

Es posible (yo lo dudo), que Woodrow Wilson haya tenido siempre el propósito de ayudar a la Revolución, (y digo que lo dudo, porque muchos fueron los ofrecimientos que Lind hizo a Huerta en nombre de Woodrow. La única condición que imponía Wilson, era la eliminación de Huerta, que por tosudez y por ambición, Huerta desaprovechó). Quizá no sea imposible que Wilson haya sido sincero en la expresión de sus ideas humanitarias. Quería, sin duda, que los Estados Unidos ayudaran a México; pero quería que México recibiera esa ayuda a su modo, al modo de Woodrow: de amo y señor, a esclavo. Y además quería que el esclavo agradeciera humildemente el beneficio que se le imponía y, y que correspondiera él en especie.

Lind era hombre de muy cortos alcances, y muy obcecado, y nunca perdió de vista la manera de apreciar las cosas que debería justificar su carácter de sueco naturalizado yanki. Los errores de Lind en México fueron muchos y garrafales. Y los cometió tanto ante Huerta, como ante el Gobierno Revolucionario. Para México, costosísimos en sangre, humillaciones y riqueza.

Huerta tenía ya motivos suficientes, a fines de 1913, para estar persuadido de que el país entero lo rechazaba, y que sólo tendría una oportunidad de perpetuarse en el poder, si pudiera contar con el apoyo yanki, estilo Somoza o Estrada Cabrera (que era por entonces el eterno clavo yanky hundido en Guatemala), así que su testarudez para mantenerse en la silla, no obstante que en vez de contar con su apoyo, tenía a Washington como adversario, es uno de los cargos más tremendos que pueden hacerse, pues a sabiendas de la inutilidad del sacrificio que impuso al país entero, fue causa de la muerte de centenares de miles de mexicanos, y de la destrucción de una riqueza incalculable.

* * *

Después de la toma de Ojinaga, supo Villa la recuperación de Torreón por los federales, y se preparó a salir para atacarla de nuevo.

Sabía el prestigio que el General Velasco merecidamente disfrutaba

entre los federales, y se daba cuenta de que era un adversario muy distinto de aquéllos con los cuales había combatido hasta entonces. Quiso, pues, oponer a la técnica de Velasco, una técnica de los mismos quilates.

Durante el tiempo en que Villa sirvió a las órdenes de Huerta en la campaña contra Pascual Orozco, su vivísima inteligencia le había permitido captar muchos de los modernos (de entonces), secretos de la milicia, que no son otra cosa que consejos de la experiencia, acumulados por milenios, y fue capaz de apreciar ciertas ventajas. Muchos de sus colegas en la Revolución, largos años después de concluida ésta, no habían logrado percibir siquiera esas ventajas. Una de ellas era la necesidad absoluta de una bien manejada artillería en los campos de batalla de importancia. Recordaba que, cuando la campaña contra Orozco, en el combate de Rellano la artillería de Rubio Navarrete, con su fuego de barrera bien dirigido, había sido decisiva para el triunfo, y que la lucha se había resuelto con bajas relativamente poco elevadas. Villa, pese al enorme número de hombres a que dio muerte en lo personal, y al incontable de los que por sus órdenes fueron fusilados, sólo era una fiera cuando se enfurecía, no un perverso que gozara haciendo el mal. Procuraba siempre, en combates y en campaña, reducir las bajas y los sufrimientos de sus hombres al mínimo.

Se había enterado de la muy delicada situación en que, por la antipatía y los celos de Obregón, desde que había llegado de Europa se hallaba el General Felipe Angeles en Sonora. El prestigio de militar y técnico y de habilísimo artillero que tenía Angeles, había llegado a oídos del Centauro.

Villa tenía una cualidad que tienen los hombres que verdaderamente valen, la de manifestar sin ambages respeto por quienes sabían más que él acerca de algo que él creyera útil, y también la de aprovechar los conocimientos ajenos, sin sentirse humillado por reconocer maestría en otro. Es verdaderamente extraño que Obregón haya sido tan receloso de prestigios, teniendo en cuenta su grandísima capacidad.

Así pues, Villa pidió a Carranza que Angeles fuera comisionado en la flamante División del Norte, para que dirigiera la artillería en el nuevo ataque a Torreón que Villa no sólo proyectaba, sino que preparaba ya. Carranza accedió, y Angeles, que marchó luego a Chihuahua, recibió de Villa todos los honores que correspondían al cargo que iba a asumir, y todas las atenciones que merecían sus conocimientos.

El 16 de marzo de 1914 Villa emprendió su marcha sobre Torreón.

Contaba con reunir —y en efecto reunió— veintiséis mil hombres y veintinueve cañones para esta empresa.

Mientras tanto, José Refugio Velasco, que había esperado en vano la llegada de los refuerzos prometidos por Huerta, se aprestó a defender la Plaza de Torreón valiéndose sólo de los elementos que a mano tenía: cuatro mil doscientos hombres, doce cañones, conocimientos, hombría, noción del deber y vergüenza.

* * *

En el mes de marzo de 1914 el Gobierno de Huerta se hallaba francamente a la defensiva en todos los frentes.

En el diplomático, Lind resultó ser no sólo Enviado Personal de Woodrow Wilson ante el Gobierno de Huerta, sino también representante de los capitalistas yanquis en México. El radicalismo de Franklin Roosevelt en Crematística no apuntaba siquiera entre los demócratas de la era de Woodrow. Naturalmente las opiniones económicas de un barbero sueco nacionalizado yanqui sobre la situación económica de México, examinada a través de los anteojos de un aspirante a capitalista, resultaron lo que era de esperarse: el 10 de enero de 1914 informó Lind a Wilson que México era dependencia económica de Europa; que los europeos dominaban en todas las fases de las actividades industrial y comercial; que el comercio que México sostenía con Europa, era muy superior al que sostenía con los Estados Unidos. Informó también que México pactaba los contratos jugosos, con los capitalistas europeos, y que las concesiones que a europeos otorgaba, eran mucho más ventajosas para ellos y onerosas para el país, que las que concedía a los yanquis. En caso contrario, Lind nada habría objetado.

Debe declararse, en honra de Porfirio y en crédito a su patriotismo pero en descrédito de su percepción de la triste realidad, que trató siempre de oponer el Capitalismo Europeo, al Capitalismo Yanqui. Solía decir: "Pobre México, tan lejos de Dios, y tan cerca de Estados Unidos". Así que efectivamente, los contratos de mayor importancia que se pactaron durante su Gobierno, los de obras portuarias, Desagüe del Valle de México, Ferrocarril de Tehuantepec, etc., lo fueron con europeos, y, principalmente con el Contratista inglés Weetman Dickinson Pearson, después fundador de la Compañía Mexicana de Petróleo "El Aguila", absorbida más tarde en el complejo de la Royal Dutch Shell, empresa oficial británica. E igual ocurrió con los contratos y concesiones de petróleo. En éstos, a Porfirio se le pasó la mano. Los que chicaneramente, tratando de

darles carácter de Ley, otorgó a Pearson, fueron monstruosos. Pero en fin: no eran concesiones a yankis. Lind concluía su informe con estas palabras: "si los revolucionarios ganan, (y me parece que debemos hacer que ganen), cambiarán las cosas y tendremos un régimen mexicano que, al menos, será imparcial, y es de esperarse que sea amigo nuestro en toda la línea". El 15 de enero volvió a escribir a William Jennings Bryan, Secretario de Estado de Wilson, para pedirle con toda instancia que la marina yanqui tomara posesión de todos nuestros puertos del Golfo. Wilson y él creían que con ello ganarían el afecto y la gratitud de los revolucionarios. Si hubieran conocido mejor a los mexicanos, se habrían dado cuenta de que esto era erróneo. De paso, haremos notar que las cartas de Lind, nos revelan que la actitud de Woodrow en México en realidad representaba, no una ayuda a los revolucionarios mexicanos, sino la posibilidad de jugosas inversiones para los capitalistas yankis. Y estas son las opiniones de Lind que yo había ofrecido presentar, y que fundamentalmente pueden tenerse como compartidas por Woodrow Wilson.

Entre tantos sucesos adversos a Huerta, un incidente vino a trabajar de manera inesperada a su favor. Después de la toma de Ojinaga, un hacendado de Chihuahua llamado William Benton, inglés de nacimiento, soberbio como buen inglés de aquella época, —ahora son los ingleses una mijajita menos soberbios— creyéndose protegido como por un manto sobrenatural por su carácter de "britisher", se atrevió a amenazar personalmente, en su propio Cuartel General, nada menos que a Villa, quien al recibir la provocación cayó en uno de sus arrebatos de furia vesánica y mandó matar al imprudente, o le dio muerte él, en persona. El dice, en sus Memorias, que ocurrió lo primero, que él sólo ordenó, y que Rodolfo Fierro fue el ejecutor que disparó un tiro en la cabeza del inglés, quien murió dando muestras de viril serenidad a que no nos tenían acostumbrados los extranjeros que en aquella época murieron en México. Hubo por esto tremendo escándalo diplomático.

Villa se enredó al tratar de discutir con los enviados extranjeros, y Carranza tomó entonces el asunto en sus manos, pues Villa, a veces por sus furias, a veces por su rústica ingenuidad, embrollaba más y más las cosas. Gracias a la buena voluntad de Wilson hacia la Revolución, aquello se fue aplacando. Pero Carranza se enojó mucho. Con razón. Mas para calmar su irritación después de que pasó la tempestad, Wilson levantó el embargo de armas que había decretado contra México. Es decir, contra Huerta. Así la Revolución pudo adquirir ostensiblemente, en Estados Unidos, todos los elementos que necesitaba.

Como se ve, apenas cumplido un año del Crimen de la Ciudadela, la situación internacional corría parejas en punto a gravedad con la situación militar.

Mientras tanto, Villa proseguía febrilmente sus preparativos para el ataque sobre Torreón. Reunió en Chihuahua todos los elementos de que disponía en el mismo Estado, y dio órdenes para que se reconcentraran sobre Torreón, bajo sus órdenes directas, los laguneros que directamente de él dependían. Y con apariencia de respeto a su autonomía, también la dio a aquéllos que se hallaban en la Región Lagunera campando por sus respetos.

Preparativos, plan y ejecución metódica y progresiva, revelan la asesoría técnica de Angeles en la batalla, que se aproximaba, que sería la decisiva de la Revolución.

* * *

No cabe duda de que nos hallamos en época de grandes luchas sociales en todo el mundo, en época que se inició en los primeros años del Siglo XX. Pero de todas éstas luchas, la primera en presentarse fue la de México.

Ha sido curioso destino de México que, sin haber sido hasta hoy nación de gran poderío militar y mucho menos marítimo, muchas de las innovaciones en el Arte de la Guerra, sobre todo, en la aérea y en la marítima, hayan sido ensayadas en México. Por ejemplo, tengo documentos (copia de una carta dirigida a la Academia Mexicana de la Historia, por el Sr. T. Lennox Kerr, el 11 de Agosto de 1955, en nombre de los señores Cammell Laird, de Birkenhead, propietarios de los astilleros ingleses que lo construyeron), que prueban que el primer barco de guerra blindado con plantas de lámina de hierro que se construyó en el mundo, fue la fragata "Guadalupe", que adquirió México cuando estaba empeñada en reprimir la insurrección de Texas. Y precisamente la acción de este barco, que con los navíos "Regenerador" y "Moctezuma" formó una escuadrilla, determinó el triunfo para México en una enconada batalla naval librada el 15 de mayo de 1843 en el Golfo de Campeche, contra una escuadrilla enemiga integrada por una Corbeta y un Bergantín texanos, y nueve navíos yucatecos de más pequeño porte a las órdenes de Juan Pablo Celarayn, (Recuérdese que era el tiempo de la Guerra de Castas). Los navíos texanos fueron echados a pique.

Ahora bien, a las extraordinarias pruebas de la capacidad militar de Villa, hay que añadir la siguiente: fue el primer hombre en el mundo, a

quien se le ocurrió emplear la aviación como elemento de bombardeo en los campos de batalla. Hace pocos meses dijo esto mismo un muy distinguido general yanqui de aviación, Villa dice en sus Memorias sobre este particular: "...dispuse pedir al señor Carranza personal de Cananea que viniera a construir proyectiles de cañón en los talleres de Chihuahua, inquieto yo al ver que ese parque me escaseaba mucho. Según es mi recuerdo, decidí tener hasta un oficial que nombran artillero aviador, pensando que acaso me conviniera probar los aeroplanos en aquella campaña, y también lo pedí. El Primer Jefe me mandó entonces a un jovencito con grado de Mayor, de nombre Federico Cervantes..." Este joven oficial, salido del Colegio Militar con categoría de Técnico, fiel admirador de Angeles, primero causó triste impresión a Villa, que lo juzgó un "currutaco", pero se hizo estimar después por él a causa de su valor, de su capacidad y de su habilidad. Aún vive en este año de 1960. Naturalmente, no tan joven.

Los proyectiles de artillería, en efecto, escaseaban a Villa, quien había decidido improvisar algunos, habilitados con una... llamémosle espoleta elemental, cuyo mecanismo parece se reducía a un tubo que alojaba un cartucho de revólver, el cual, al recibir el impacto de un percutor que se soltaba cuando el proyectil tocaba tierra, se disparaba y determinaba así la explosión de la carga de dinamita. Estos proyectiles indudablemente que daban resultado, pero sólo si sucedía que cayeran de punta, sobre lo que llamaremos "espoleta". Mas ocurría que, como su masa no tenía el centro de gravedad en el lugar adecuado, en vez de viajar durante su trayectoria atornillándose en el aire, y manteniéndose siempre decentemente con la punta hacia adelante, daban volteretas y más a menudo caían en cualquier otra posición, que en la deseada. En el cual caso, no había explosión.

* * *

El 16 de marzo de 1914 salió Villa de Chihuahua, al frente de siete mil trescientos hombres, con el propósito de dirigirse hasta la estación "Yerno", y después a "Conejos", en donde empezarían a incorporársele los contingentes revolucionarios de la Región de La Laguna.

Llegó, como lo había esperado, a reunir veintiséis mil hombres y veintinueve cañones. Su plan era, aprovechando su enorme superioridad numérica, atacar a Torreón por distintos puntos a la vez, buscando apoderarse sucesivamente de las defensas exteriores y lejanas preparadas por Velasco, hasta llegar frente a los dos baluartes en las márgenes del Nazas:

Lerdo, y Gómez Palacio, que venían a ser vértices de la base del triángulo que con ellos formaba Torreón. Una vez debelados éstos, y después de haber debilitado sistemáticamente a los defensores, Villa empujaría hacia Torreón.

El asedio a la Capital de la Laguna se prolongó desde el 20 de marzo, al 2 de abril. Nos cabe a los mexicanos el triste orgullo de que las batallas de nuestra Revolución se cuentan, guardando las proporciones debidas, entre las más enconadas y sangrientas que se hayan disputado jamás en el Mundo.

La de Torreón se alargó por once días, durante los cuales los progresos que lograba Villa con sus salvajes ataques, fueron en todos los casos muy costosos; varias veces, contenidos; y sus éxitos siempre pagados en sangre a precios elevadísimos. Ocasiones hubo en que una posición, disputada por días enteros, la recuperara Velasco, y que Villa tuviera que volver a empezar. No es de extrañar que Juan Barragán, en su *Historia del Ejército y de la Revolución Constitucionalista*, llame "bizarro" al General Velasco y lo tenga por "el más prestigioso... el más aguerrido y competente..." En efecto, Velasco había preparado las defensas de manera admirable, y sacó máximo partido de los cuatro mil doscientos hombres que mandaba. Quienes sirvieron con él, jamás lo olvidaron. Juan Andrew Almazán, muchos años después, se expresaba con respeto y admiración siempre que hablaba de su antiguo Jefe.

La lucha decisiva por el dominio de la Metrópoli Lagunera se libró en el Cerro de "La Pila", cuya conquista costó a Villa cuatro días de sangrientos combates; que ocupó primero a medias; que tras de feroz contraataque, recuperó Velasco totalmente, y del cual no volvió a apoderarse Villa, sino a precio de mucha sangre y de gran fatiga, pero ya en forma definitiva. La lucha trabada el 25 de marzo fue tan reñida y tan costosa para los federales, que durante ella fue muerto el General Ricardo Peña, y resultó herido el General Eduardo Ocaranza. Y si esto ocurrió a los inmediatos colaboradores de Velasco, fácil es comprender qué ocurriría a los guerreros de categoría menor. En Torreón murió uno de mis mejores y más queridos amigos: Conrado Bátiz.

Según Juan Barragán, el General Francisco J. Aguilar, en una conferencia que el año de 1945 legó en la Escuela Superior de Guerra, afirmó que durante la Batalla de Torreón el desgaste de las fuerzas de Villa había llegado a ser tan tremendo, que el 2 de abril había dictado ya las órdenes para que las fuerzas revolucionarias se retiraran de la Capital de la Laguna, considerándose rechazado; pero en esos momentos se dio cuenta

de que era el General Velasco quien la estaba evacuando, y entonces anuló sus órdenes...

Era verdad. El 2 de abril, con el efectivo de sus fuerzas reducido a algo así como el 48% del total con que había iniciado aquella tremenda lucha; debilitado por la terrible sangría y escaso de municiones, (apenas cincuenta cartuchos por hombre), el General Velasco evacuó la plaza y se retiró por el camino de Viesca, con el claro propósito de continuar su retirada rumbo a Zacatecas, escalón siguiente de la defensa que proyectaba.

En Viesca supo que en San Pedro de las Colonias, excéntrica y extemporáneamente, Huerta había acumulado refuerzos destinados a marchar en socorro de Torreón, los cuales, por haber sido excesivamente reducidos en número en un principio, y después por el desconcierto que causaban en ellos las noticias llegadas de Torreón, no se pusieron en movimiento a tiempo, sino cuando Villa había colocado ya, enfrente de ellas, una cortina suficientemente fuerte para estorbarles el paso. Entonces Velasco cambió de rumbo, y se dirigió a San Pedro de las Colonias.

* * *

Es admirable lo que Velasco había logrado sacar del pequeño núcleo que, con elementos disímolos e incoherentes, había sido puesto a sus órdenes cinco meses antes. Las tropas federales pertenecían a distintas unidades tácticas, y en un lapso como ese, normalmente, no habrían llegado, no digamos a unificarse, pero ni siquiera a acoplarse. Además, en el principio, entre federales e irregulares había verdadera alergia, que después desapareció. Y sin embargo, con sólo cinco meses de hallarse a las órdenes de Velasco, aquella gente mostró una cohesión, una disciplina y una resistencia, que honrarían al mejor ejército del mundo.

Es ilustrativo enterarse de lo que sobre esta batalla opinó el mismo Villa.

"...nos afrontábamos en aquella grande batalla dos buenos ejércitos enemigos... si yo tenía la superioridad que da el impulso de la justicia, y la superioridad en el número de los hombres, me embarazaba Velasco con la calidad de sus armas y las ventajas de su posición. Porque tocante al ánimo de las tropas, siendo el de las mías capaz de sobreponerse a todo, Velasco había sabido inculcar en las suyas todas las formas de la gente guerrera, en lo que demostraba ser muy grande hombre militar".

Y en efecto, debe reconocerse que, si grande había sido el mérito de Velasco en la defensa, grande también lo había sido el de Villa por la ter-

quedad, decisión, y habilidad de sus ataques. Las bajas en las filas de los revolucionarios, que se elevaban a cinco mil hombres, representaban el 20% de su efectivo, y esto quiere decir que cada uno de los soldados de Velasco podía acreditarse con algo más de una baja enemiga... Villa afirma que habría podido oponerse a la retirada de los federales. Es difícil admitirlo, en vista de que la fatiga de sus hombres no le habría, probablemente, permitido efectuar las marchas necesarias para oponer un núcleo suficientemente fuerte para contener a las tropas que se retiraban, pues que las de Villa habrían tenido que describir largas curvas para llegar a los puntos que Velasco alcanzaría en línea recta. Como quiera que sea, Villa declara que Angeles le aconsejó dejar libre la salida a Velasco, se comprende que con el propósito de evitar las consecuencias de una lucha desesperada que, dadas las características de los dos generales contendientes: la impetuosidad de Villa, y el pundonor y la decisión de Velasco, así como la hombría y la vergüenza de federales y revolucionarios, se habría resuelto en una carnicería tan espantosa como innecesaria.

Se me ha asegurado que, por no atender de nuevo el mismo consejo de Angeles durante las batallas del Bajío el año siguiente, perdió Villa la Trinidad, que significó su derrota definitiva.

* * *

El Gobierno de Huerta había sido derrotado en la lucha decisiva de la Revolución, porque si Velasco hubiera rechazado a Villa en Torreón, es por lo menos posible que los hombres de ésta ya no habrían manifestado el mismo empuje que hasta entonces. La iniciativa habría pasado a Pablo González, a Blanco, a Murguía, etc.

Y como, aunque entre los caudillos revolucionarios del Noroeste los había de indudables méritos, ninguno de ellos tenía la capacidad de Villa, (que fue un fenómeno histórico), no habría sido imposible que el Ejército Federal hubiera logrado contenerlos, y después concentrar todos sus elementos en Guadalajara para luchar, con grandes posibilidades de éxito, contra la amenaza que representaba Obregón.

* * *

Pero entonces surgió un nuevo problema en el embrollo de nuestra Revolución, que estuvo a punto de anular los éxitos logrados.

Villa no había simpatizado con Carranza. Jorge Blake, amigo mío que asistió a la primera entrevista que estos dos hombres extraordinarios celebraron cuando se conocieron, me narró en 1916 un hecho curiosísimo. Villa

tenía alergias incomprensibles para personas cultas; pero explicables dentro de la motivación rústica que caracterizaba al hombre. Una de ellas, era muy especial: le repugnaban los miopes. Y Carranza lo era en extremo, así que, cuando Villa vio que leía Carranza un telegrama aproximándolo tanto a la nariz, que, según dijo después, “parecía que lo estaba oliendo”, consideró ese un defecto físico incompatible con la dignidad de Primer Jefe de la Revolución, o la de Presidente de la República, a que aspiraba el de Coahuila. Carranza le correspondía cordialmente. Llamaba “ese bandolero” a Villa, y no trataba de ocultar sus sentimientos.

Por otra parte Carranza era enérgico, de gran decisión y valor, y estaba imbuido en un extraño misticismo: siempre encontraba manera de lograr paralelismos y sobreposiciones entre las situaciones difíciles que en 1914 se le presentaban, y las que habían planteado problemas al Indio de Guelatao, como si él mismo, Carranza, se sintiera animado por una proyección del espíritu de Juárez.

Si Villa, por ejemplo, se quejaba de la inactividad y de la poca habilidad en el mando (“pericia”, decía él), de Pablo González, Carranza contestaba poniéndole el ejemplo de Santos Degollado. Villa sólo recordó después que Carranza habló de “un Señor General del Señor Juárez, que era de mucha civilización y que sirvió mucho al Señor Juárez, aunque siempre lo derrotaban”. Pero no aclara si el ejemplo lo convenció de la capacidad de Pablo González como “grande hombre militar”.

En aquella lucha, que se había empeñado tan duramente, era claro para Carranza que debía ponerse en vigor la Ley de Juárez de 1862. Y puso en vigor una ley salvaje, que si había sido feroz en 1862, admitiendo la progresiva mejoría moral humana, mucho más lo sería en 1913, a cuyo amparo murió entre 1913 y 1916 quizá medio millón de mexicanos. Hay que decir en descargo suyo, que Huerta, que siguió idéntica conducta, no se tenía por proyección ni emanación del espíritu de nadie. En materia de espíritus, no era en esos en los que creía.

Finalmente, Carranza se negó siempre a asumir carácter militar alguno, y entre tanto general de sombrero texano y alarmante apariencia, conservó su carácter y su indumentaria civiles, aunque imponiéndose, o pretendiendo imponerse, a todos, del mismo modo que Juárez lo había hecho conservándose abogado, imperioso y obedecido, entre los muy dorados generales de su tiempo.

Por otra parte no cabe duda que Carranza era hombre que comprendía lo que debería ser una Administración; lo que debería ser un Gobierno, y como asiduo lector de la Historia, se daba cuenta de la utilidad práctica

de ésta, aunque exageraba al buscar identidades ahí en donde, según justamente lo observa Jellineek, sólo existen analogías. Tenía Carranza ideas más claras sobre cualquier asunto, que Villa, que estaba pronto siempre a dejarse arrebatar por su capricho; que todo lo creía posible, y que, como en el caso Benton, llegaba a ordenar a los médicos que en una autopsia deberían encontrar tales y cuales cosas.

* * *

El 23 de marzo, es decir, casi coincidiendo con la iniciación del ataque decisivo de Villa a Torreón, Obregón informó a Carranza su propósito de marchar hacia Sinaloa. Sus objetivos inmediatos serían Culiacán, Mazatlán y Tepic.

El 28 de febrero la oficialidad del cañonero "Tampico", que formaba parte de la escuadrilla del Pacífico, aprovechando la ausencia temporal de su Comandante Manuel Castellanos, se rebeló en Guaymas y se declaró por la Revolución, asumiendo carácter de Comandante el Teniente Hilario Rodríguez Malpica, hijo del Comodoro del mismo nombre que había mandado el "Guerrero" en la crisis del Presidente Zelaya en Nicaragua. El "Tampico" fondeó en Topolobampo poniéndose a las órdenes de Obregón.

El 31 de marzo el "Guerrero" y el "Morelos", que zarparon de Guaymas para atacar el "Tampico", lo obligaron a encallar en "Punta de Copas".

* * *

Wilson, que según su destino final lo demostró, siempre contó en el número del once por ciento de chiflados que gravitan sobre la población de Estados Unidos; Wilson, que había ido desarrollando en forma paulatina, pero creciente, intenso odio personal hacia Huerta; Wilson, a quien sacaban de su quicio poco profundo los informes vacíos de sentido común, pero en cambio apasionados y miopes que le rendía Lind desde la Embajada de México, esperando que sería según su deseo la natural reacción del Pueblo Mexicano, tomó una de las decisiones más inmotivadas, absurdas y criminales que pudiera haber tomado un Presidente de los Estados Unidos: decidió provocar un "casus belli" de su país con Huerta, (no contra México, argumentaba).

Sucedió que el 9 de abril los caudillos revolucionarios del Noroeste atacaron Tampico, que ya por entonces tenía grande importancia por ser

la cabecera de la zona productora de Petróleo. Durante el combate, el Almirante Mayo, jefe del Escuadrón de la Flota yanqui, que observaba los sucesos fuera del Puerto, dictó instrucciones, y en obediencia a ellas el Capitán del acorazado "Dolphin" envió una lancha de desembarco con un destacamento de marinos armados.

Esto era un hecho monstruoso y a todas luces provocativo.

El Derecho Internacional, admitido entre todas las naciones civilizadas, (que es el más civilizado de todos los derechos, puesto que su sanción es sólo moral), asienta que sólo con otorgamiento de permiso previamente solicitado, pueden las fuerzas militares, navales o aéreas de cualquiera nacionalidad, desembarcar armadas en territorios de otra. Y hay que añadir que estos marinos yanquis no sólo no pidieron ese permiso ni a Huerta ni a Carranza, sino que se embriagaron y cometieron desórdenes.

En cumplimiento de su obligación, el Coronel Cosme Hinojosa, jefe del sector en que tomaron tierra los yanquis, los capturó y los desarmó.

El Almirante Mayo pretendió considerar esto como un desacato, y con ofensiva soberbia exigió la libertad de los detenidos, cosa a que accedió en el acto el General Ignacio Morelos Zaragoza; pero después Mayo exigió también que los cañones de Tampico hicieran salvas en desagravio del pabellón yanqui, y eso, el General Morelos Zaragoza ya no quiso hacerlo sin órdenes de México.

Huerta propuso un saludo simultáneo a las dos banderas, pero Wilson se negó altaneramente a considerar siquiera esa proposición que, decía él, equivaldría a otorgar reconocimiento al Gobierno de Huerta. El reconocimiento, claro, lo había otorgado Wilson al exigir el saludo, pues si Wilson decía que Huerta era un bandido, debería haber tenido presente que a un bandido o se le mata, o se le captura; pero no se le piden satisfacciones. Estas, se reserva exigir las a los iguales. Pero el decaído cerebro de Wilson regía mal desde entonces. Pocos años más tarde, se vería recluido en un sillón de ruedas, y acabó su vida como enfermo mental, después de que en su hipersupermegalomanía se juzgó Dictador de la Tierra al concluir la Primera Guerra Mundial.

Inmediatamente Wilson dictó órdenes para que se llevara a cabo la ocupación de Veracruz. Toda la Escuadra del Atlántico, formada por: los acorazados "Connecticut", "Virginia", "Rhode Island", "Texas", "Mississippi", "Florida", "Nebraska", "Washington", "Vermont", "Delaware", "Nereus", "Dolphin", "Michigan", "Louisiana", "Utah", "Georgia", "Gailgoa"; los cruceros: "Chester", "Montana", "Havill", "Sacramento", "San

Francisco", "Rochester", "Menphis", "Melpomene", "Tacoma", por seis transportes de guerra grandes y cuatro chicos; por dos buques de aprovisionamiento, y por tres hospitales... toda esa formidable escuadra, se dirigió a Veracruz, en donde no había barcos de guerra, ni fortificaciones, y a donde aquella flota llegó echando lumbre el 21 de abril a las once y veinte minutos de la mañana. Todo ello fue muy heroico. Tan heroico, como si para impresionar a los revoltosos párvulos de un "kindergarden" de Chicago se enviara a toda las patrullas de policía con ametralladoras, bombas de gas, etc., con orden de usarlas. La de Wilson había sido transmitida por Josephus Daniels, a la sazón alto funcionario (Ministro o cosa así) de la Marina yanki, quien posteriormente desempeñó el cargo de Embajador de su país en México.

La llegada de esta escuadra había seguido en pocas horas a la del buque alemán "Ipiranga", tan célebre en nuestra Historia, que conducía importante cargamento de armas y parque para el Gobierno de Huerta. El alijo del "Ipiranga" había dado principio desde luego, pero no había concluido cuando penetró la tremenda escuadra, cuyo Almirante ordenó ásperamente al Capitán del buque alemán que suspendiera la descarga. El germano, con dignidad, se negó a hacer caso.

El General Gustavo Maass, Comandante Militar del Puerto, alcanzó a distribuir entre el pueblo, que se las pedía, algunas de las armas desembarcadas, pero órdenes de Huerta lo obligaron a evacuar el Puerto con las tropas que en aquel momento estaban a su alcance. Los cadetes de la Escuela Naval, en patriótica rebeldía, se negaron a retirarse, y por propia iniciativa tomaron parte en la desorganizada defensa del puerto que ya habían improvisado, a esas horas, unos cuantos paisanos jarochos, algunos soldados federales que no quisieron obedecer la orden de retirada, y buen número de miembros de la H. Colonia Española de Veracruz, que pelearon al lado de los nuestros hasta morir, y hacia los cuales México tiene contraída una deuda de honor y gratitud que debe reconocerse y saldarse. La formidable escuadra yanki hizo valerosamente fuego con sus poderosos cañones, y desembarcó millares de osados infantes de marina. El combate se prolongó desde el día 21 al día 23 de abril, con un saldo de ciento noventa y tres mexicanos muertos, y, según el almirante Fletcher lo aseguró oficialmente, de sólo diecisiete marinos yankis. Pero es el caso que muchísimos testigos presenciales, gente de fiar, vieron como las lanchas de los barcos de la escuadra yanki se retiraban de los muelles cargadas de cadáveres, algunos de los cuales fueron echados al mar; otros,

incinerados o sepultados en la Isla de Sacrificios, y los diecisiete de la lista, enviados a Estados Unidos.

En su obra "La Invasión Yanki en 1914", con prólogo y garantía de Juan Sánchez Azcona, (ediciones Botas), Justino Palomares asienta que los muertos yankis se elevaron a ochocientos diecisiete. En la imposibilidad de comprobarlo, se puede sólo tener la certeza de que las bajas de los invasores fueron mucho más numerosas de lo que ellos confesaron.

Wilson puso en conocimiento de Carranza y de los Jefes revolucionarios, tanto el episodio del desembarco en Tampico, como la ocupación de Veracruz, asegurando en forma cálida, que aspiraba a ser persuasiva, que había tomado tal decisión sólo para demostrar "su amistad al pueblo mexicano". Por la redacción de sus escritos, se adivina que esperaba una explosión de gratitud de los revolucionarios mexicanos, y se quedó sorprendido y desconcertado ante la, para él, inesperada e incomprensible reacción que esto produjo. ¿Qué esperaba Wilson? Nada teníamos que agradecer a Estados Unidos: Huerta había sido impuesto por el Embajador Henry Lane Wilson; si otro Wilson, éste, Presidente, decidía quitarlo, en último caso nosotros bien que pagábamos en sangre el precio de tan contradictorios caprichos.

El criminal atentado de Wilson levantó en todo México una oleada de indignación enorme, y a punto estuvo de lograr la unión de federales y revolucionarios en un solo frente nacional. Lo impidieron egoísmos de los jefes en ambos bandos.

Sobre todo, la mala fe con que procedió Huerta apagó ese ardor patriótico. Me consta que muchos jóvenes, y hasta hombres maduros se dieron de alta como soldados, estipulando que lo hacían, exclusivamente, para pelear contra los yankis. Yo, personalmente, me encargué de la instrucción militar de mil doscientos, en Guadalajara... Y Huerta los enviaba contra Villa, o contra Zapata. Los jefes federales se dirigieron en lo personal a los revolucionarios, invitándolos a la unión nacional, pero además de que en muchos casos el fraseo de la invitación fue inadecuado, la premura de Huerta en enviar excitativas, y sus declaraciones, infundieron en los invitados justificada desconfianza. Huerta nunca pensó en eliminarse él, personalmente, para quitar razones y pretextos a la invasión yanki. Ni lógica, ni patrióticamente, tiene excusas la absurda conducta de Huerta.

Y debemos decirlo para gloria de los jarochos: es en Veracruz donde murieron los últimos verdaderos y legítimos héroes mexicanos que ha registrado nuestra Historia. Y esto fue del 21 al 23 de abril de 1914. Pero,

lo repito: es deber nuestro pagar nuestra deuda de gratitud a los españoles que combatieron al yanki al lado nuestro.

* * *

En la Capital de la República, la excitación llegó al delirio. Las manifestaciones callejeras se sucedían sin cesar. Y aquí, como en todo el país, por decenas de miles afluyeron a los cuarteles los voluntarios. La Señora O'Shaughnessy, que fue testigo de esta exaltación, en su interesantísima obra "A Diplomatic's Wife in México" (en la que, por cierto aunque se manifiesta enemiga de la Revolución, se revela como amante fervorosa de México), recuerda con emoción esos momentos de ansiedad, subrayados en su memoria con las bélicas y vibrantes notas de clarines, trompetas y cornetas de las bandas que recorrían las calles. Y la señora comenta, al hablar de esas viriles melodías: "Los mexicanos tienen, probablemente, los toques de corneta —(los cobres, dice ella)— más bellos del mundo". Es verdad que escuchaba el "Paso Redoblado", el Toque de "Ataque", la "Diana", y sobre todo, nuestra majestuosa e imponente "Marcha Dragona".

Carranza y Obregón tomaron inmediatamente una actitud patriótica intachable, Obregón, sobre todo, que proponía precipitar contra Estados Unidos una guerra suicida, pero digna. Y en este caso fue Villa, de cuya agresividad temía Carranza que reaccionara lanzándose en ciego ataque sobre los Estados Unidos, quien, al revés, lo hizo en forma totalmente inesperada, reconociendo a Wilson razón para hacer lo que había hecho, y declarando que todo acto de Estados Unidos que determinara la salida del "borracho", (así llamaba a Huerta), merecía su aprobación, la de Villa. Y no conforme con decir eso en su Cuartel General, se trasladó a la Frontera, y en las poblaciones fronterizas hizo declaraciones idénticas a funcionarios y a reporteros yankis. Esta actitud de Villa, con toda razón, desagradó profundamente a Carranza, como tiene que desagradar siempre a todo mexicano. El mismo Villa, en sus "Memorias", confiesa el hecho, trata de justificarse quizá ante su propia conciencia, y aunque no lo dice con claridad, se adivina que en su interior lamenta no haber tomado en ese momento crítico la actitud patriótica que todo el mundo esperaba de él, y que todos los demás asumieron. Porque en todo México, él, sólo él, y naturalmente la gente que lo seguía, tocaron nota discordante.

Esto no quiere decir que Obregón y Carranza estuvieran dispuestos a unirse a Huerta, pero sí es justo proclamar que demostraron sentirse

completamente mexicanos y que protestaron con vigor contra el inculcable atraco de Wilson.

* * *

Ya dijimos cómo, respetando imperativos geográficos, Velasco salió de Torreón, con apenas cincuenta cartuchos por plaza, por el camino a Viesca el cual, por estar cortados por Villa los directos, era el que más lo aproximaría al que Velasco consideraba que sería siguiente escalón en su defensa: Zacatecas, etapa importantísima del camino central al Sur, que conducía de la Zona Occidental de las Mesetas en la Región Criolla, a Aguascalientes, que es el lugar en donde puede admitirse que entroncan las rutas de Occidente y del Bajío, según de sobra lo sabía Velasco desde que guiaba las caravanas familiares, allá, tan lejos en el tiempo como en la época de Juárez. Y en efecto, en Zacatecas había acumulado Huerta algunos elementos a las órdenes del General Luis Medina Barrón, jefe valeroso y terco que había logrado distinguirse en el Ejército Federal. Se decía de él que era inmejorable para mandar hasta mil hombres; pero que se hacía "bolas" si se le confiaban de dos mil en adelante. Estos elementos no estaban destinados a socorrer a Velasco, sino mantener en respeto a la gente de La Laguna.

Pero en realidad, los escasos contingentes que Huerta había logrado reunir para socorrer a Velasco, se habían concentrado al Norte, en San Pedro de las Colonias, apoyándose en Saltillo y Monterrey, evidentemente por juzgar más segura la ruta al Norte por San Luis Potosí, que la ruta por Zacatecas. Sobre su integración, cabe decir que incluía demasiados Generales: (Francisco Romero, Joaquín Maass, Carlos García Hidalgo, Arnoldo Caso López, José Ortiz Monasterio, Javier de Maure, etc.), y no bastantes soldados. Además, no se avisó a Velasco con oportunidad del lugar señalado para la concentración de esas tropas, que supo por mera casualidad en Viesca, "interrogando a un paisano dueño de un coche", dice el mismo Velasco. La concentración fue en exceso lenta, y seguida de indecisiones en las cuales se perdieron horas preciosas. Aquella fuerza no marchó en socorro de Torreón, ni se acercó a aliviar la presión de Villa sobre esa plaza. Quedó completamente paralizada, no avisó a Velasco, pero no dejó de revelar su presencia a Villa, así que cuando Velasco cambió de objetivo y torció al Noroeste, ya había logrado Villa enfrentar, al contingente de socorro, una pantalla lo bastante poderosa para que lo

detuviera el tiempo que necesitaría para acudir él mismo con grandes masas de revolucionarios.

Velasco dio aviso a Maass de su próxima llegada, valiéndose del habilísimo Argumedo, quien no sólo se escurrió entre los villistas y llegó a San Pedro de las Colonias, sino que regresó al encuentro de Velasco y le trajo municiones y un refuerzo, consistente en la tropa de Javier de Maure, con lo cual pudo incorporarse a Maass. La llegada de Velasco a San Pedro de las Colonias, con sus fatigadas huestes, que después del sangriento combate de Torreón, habían recorrido quinientos kilómetros a pie y estaban agotadas, no alteró el sentido del equilibrio favorable a los revolucionarios, que ya se había establecido. Durante el desdichado encuentro que allí se sostuvo, el mismo Velasco resultó seriamente herido en un brazo, y tuvo que ser conducido a toda prisa a San Luis Potosí, escalón siguiente en esa defensa, y lugar clave de la Mesa Central, en donde una de las rutas que de la Rampa Oriental conducen a las Mesetas, entronca con la que alargándose de Norte a Sur casi en línea recta, desciende de Monterrey por Saltillo. Huerta había perdido, así, la última oportunidad de restablecer la situación y de recuperar la frontera.

Villa tuvo, inmediatamente, una visión genial que le permitió captar el problema militar del momento. Propuso a Carranza una grandiosa marcha estratégica, de amplia envergadura, una marcha que cubriría latitudinalmente la República entera, de mar a mar, una marcha que llevarían a cabo en movimiento concertado y convergente, todas las Divisiones Revolucionarias nortenas rumbo al Sur: por el Este, hacia San Luis Potosí, marcharía Pablo González; por el Oeste, hacia Guadalajara, marcharía Alvaro Obregón; por el Centro, hacia Zacatecas, arrollándolo todo, marcharía el Gengis Khan en potencia de la Revolución Mexicana, "Pancho Villa". Y Villa bien pudo haber emulado a Temujín si hubiera sido menos impetuoso.

Las Divisiones de Villa y de Obregón se reunirían en Irapuato. Se les incorporaría la de Pablo González en Querétaro, en donde (precedente grato a Carranza), en maniobra paralela a la que Villa proponía, se habían concentrado en el entroque de un camino común hacia la Capital los contingentes liberales del Norte de las Mesetas a las órdenes de Escobedo, con los contingentes del Noroeste y del Oeste, a las órdenes de Corona, allá en la fase final de la lucha contra el Imperio.

Pero Carranza no estaba dispuesto a ser en la gran tragedia mexicana actor secundario. Se sentía seguro de sí mismo y del papel que interpretaba, y juzgaba (Juan Barragán lo dice), que se había hecho desmedida

propaganda a Villa, quien podría llegar a creer que él era el único capaz de obtener triunfos. Carranza estaba convencido, y tenía razón, de que él tenía a su cargo el papel decisivo del cerebro que alberga un propósito meditado, que unifica y que dirige la acción de los brazos, y de ningún modo quería permitir que en la pelea uno de éstos, por musculoso que fuera, por duros que hubieran sido los impactos de sus golpes, se sacudiera en movimientos espasmódicos e irrazonados.

* * *

Villa había demostrado carecer de verdadero espíritu de disciplina. Quizá Angeles, como Carranza y Obregón lo creyeron, lo haya aconsejado. Mandaba Carranza cosas que molestaban a Pancho, y Villa se hacía remolón. Esto ocurrió varias veces. La moneda metálica escaseaba, y los billetes de banco huertistas no tenían curso en tierra revolucionaria. Circulaba por allí papel moneda meticulosamente controlado por Carranza en un esfuerzo para limitar la inflación (que en aquel tiempo no se llamaba así), del cual hacía periódicas remisiones a Villa, valiéndose de una Agencia Financiera que instaló en Ciudad Juárez. Aprovechando esa carta en su juego, Carranza intentó someter al irremisible duranguense regateándole aquel papel moneda (llamado "bilimbique" en el país); pero Villa que tenía ideas propias, recursos y audacia, anuló aquella medida con otras que él dictó: en la Agencia Financiera de Carranza en Ciudad Juárez, que clausuró, se hizo de cuarenta y tres mil dólares. En seguida lanzó su peculiar e ilimitada emisión de "bilimbiques" —las famosas "sábanas" de Villa, impresas en papel maculadamente blanco—, con lo cual desarticuló tanto la circulación en el país, que la pobre Ley de Gresham debe haber trasudado antes de hacer las debidas valuaciones y devaluaciones. Y para adquirir elementos en Estados Unidos, envió para su venta ganado de los Terrazas, a su agente Sommerfeld a quien describe como "un alemán de esos que llaman judíos". ¿Qué habría opinado Hitler?

Carranza trató de estorbar tales transacciones oponiéndose a su consumación y buscando para ello en Estados Unidos apoyo oficial, que sólo en forma muy reducida le fue otorgado. Villa contestó ordenando a su agente que todo el botín de guerra que le enviaba se vendiera barato. De sobra sabía él que ni los Rusos, autores universales de todo invento pasado, de todo invento presente, y de todo invento futuro, han sido capaces de inventar a un "yanki business man" que rechace "a good business proposition". Sommerfeld vendió barato, y a Villa nunca le escaseó el parque.

Entonces Carranza, viendo fracasar su sabia previsión económica, porque todos los generales un poco autónomos se dedicaron alegremente a imprimir bilimbiques que garantizaban con la Ley de "Mis Pistolas", (se dijo por entonces que uno de ellos contestó a las objeciones de un economista, declarando que haría derogar la Ley de Gresham), dictó impremeditadas disposiciones que, de no haber mediado Dios directamente, habrían podido conducir a la derrota de la Revolución: contuvo las actividades de Pablo González en torno de Saltillo, para lanzarlo sobre Tampico (Barragán afirma que lo hizo para dar solidez a su flanco izquierdo), ordenó a Villa encargarse de la toma de la Capital de Coahuila, con objeto de apartar su atención de Zacatecas, y mandó a Natera que se encargara del ataque a este mineral. En seguida, maquiavélicamente, urgió a Obregón a que acelerara su avance sobre Guadalajara. Así buscaba sustituir, dejándola atrás e inactiva, con gente de Zacatecas y de la Laguna, más manejable, a la tremebunda y ensoberbecida de Chihuahua que seguía al Centauro. Y fue Carranza personalmente a Torreón para dar mayor énfasis a su orden, y para someter al indócil. Este acató las órdenes... por el momento, aunque insistiendo en la expresión de sus deseos.

Pero como Natera fracasó en Zacatecas, aquella medida estuvo a punto de desarticular todo el frente de ataque de la Revolución.

* * *

Como dato simplemente curioso, para confirmar el papel de predecesor que ha correspondido a México, en cosas de guerra naval, diré que cuando el 15 de abril el cañonero "Guerrero" atacó al rebelado "Tampico", el Capitán Gustavo Salinas y su ayudante Teodoro Madariaga abordaron el avión "Sonora" y arrojaron sobre el "Guerrero" varias bombas que, aunque no dieron en el blanco, sí lo obligaron a abandonar la partida. Este fue el primer bombardeo aéreo de un barco que se ejecutó en el Mundo. Y quizá podría generalizar aún más; este fue el primer bombardeo aéreo.

Murguía, uno de los mejores, y quizá el más atrevido de los generales de Pablo González, se había apoderado del Norte de Coahuila. Así es que González, con el triunfo que logró en Tampico del 3 al 5 de mayo, se hizo dueño de la porción Norte de la Rampa Costeña Oriental, y de la Frontera con Estados Unidos de Coahuila y Tamaulipas.

* * *

Para obedecer a Carranza, Villa marchó a Saltillo. Durante la marcha Angeles exploraba en profundidad, y así supo de la presencia de un

fuerte grupo de federales en Paredón, sobre la vía del ferrocarril. Aconsejó entonces Angeles a Villa un violento ataque sobre sus enemigos, para no darles tiempo de destruir la vía férrea entre Paredón y Saltillo.

El 17 de mayo, con una furiosa carga de caballería (la espectacularidad y lo heroico de las enardecedoras cargas seducían a Villa), el Duranguense se hizo amo de Paredón, en donde, entre otros muchos oficiales y soldados federales, murieron los Generales Ignacio Muñoz y Francisco A. Osorno, y el muy estimado Coronel Joaquín Gómez Linares.

El 20 de mayo Villa entró en Saltillo, cuando Maass ya había evacuado la población con sus fuerzas, para reunirse con las que habían abandonado Tampico, con objeto de replegarse a San Luis Potosí. Entonces Villa llamó urgentemente, por telégrafo, a Pablo González, le hizo entrega formal de Saltillo, y sin consultar a Carranza declaró que volvería a Torreón, y que reanudaría, su ataque por donde debía de ser, por su ruta natural, por el sur, pues "...andaba ya muy fuera de la línea de mis armas, que era por Zacatecas. Mayormente, que ya vislumbraba yo como el señor Carranza había de querer que de Saltillo siguiera ahora hacia San Luis..." Y no hubo poder que lo detuviera, porque, dice él: "...estábamos venciendo a los federales a causa de estarse defendiendo mal. Mas podría ocurrir que... tomara el mando algún... buen conocedor de la guerra y que viera que el mayor peligro era yo. Obregón andaba por Tepic muy comprometido... por no haber podido tomar Guaymas ni Mazatlán... y (por tanto), que los federales cambiaran en su acción, abandonando todo el Norte y reconcentrando sus tropas bastante al Sur de Zacatecas, pudieran venir todos sobre mí... o ...sobre Obregón, o afrontar todos a Pablo González". Importa recordar estos conceptos de Villa, que aquí si vio claro. Si él no hubiera hecho lo que hizo, la Revolución se habría arrastrado por un año más, y las pérdidas en sangre y en riqueza habrían dejado a México lisiado en definitiva.

Natera, pues, había fracasado en su ataque a Zacatecas el 10 de junio y Carranza ordenó imperiosamente a Villa enviarle un refuerzo de tres mil hombres. Claro resultaba que se proponía desintegrar la División del Norte. Y los elementos que la formaban, que así lo comprendieron, no estaban dispuestos a admitirlo. Villa no envió los tres mil hombres de refuerzo. Presentó renuncia de su cargo ante sus generales, que la rechazaron, y colectivamente lo respaldaron contra Carranza. Incluso Chao, a quien Villa había querido fusilar por dos veces. Villa, fuerte con este apoyo, se lanzó de lleno a lo que podría tomarse como una insubordinación, llamó a Angeles y le expuso sus deseos de lograr, en Zacatecas, un

triunfo rápido y aplastante para demostrar que mucho iba de Natera a Villa. Angeles propuso el plan, Villa lo aceptó y "...la mañana del día 23 de junio de 1914 empezamos la batalla, y la noche de ese mismo día dormimos en Zacatecas, aquel enemigo quedó derrotado y aniquilado".

Fue una batalla feroz. Villa atacó salvaje, pero magistralmente con veintiséis mil hombres y cincuenta cañones, (a los veintinueve que llevó a Torreón se añadían los capturados en San Pedro de las Colonias y en Paredón), a los federales, muy inferiores en número (diez o doce mil), pero bien protegidos con obras de defensa. Entre los batallones federales, y siempre mandado por el Coronel Juan N. Vázquez, se hallaba el 8º, que tanto se había distinguido en la lucha contra los filibusteros en la Baja California el año de 1911.

Existe, escrito durante los días en que se preparó y se libró esta batalla, un "Diario" que Angeles redactó con extraordinaria claridad, pero sobrio en detalles. Federico Cervantes, militar técnico muy competente y estimable, que peleó allí, opina que la de Zacatecas es una de las batallas mejor concebidas, mejor dirigidas, más bien logradas, y más fértil en consecuencias que se hayan librado en México. No obstante, la lectura del "Diario" que es, en nuestra Historia, documento sin par, produce impresión de desagrado y de horror. En medio de la enorme tragedia de aquella lucha, cuando varios millares de hombres morían y otros varios millares sufrían el espantoso martirio del herido sediento, abandonado en el campo de batalla; del herido que se desangra y siente que se le escapa la vida, que cunde la infección; del herido que sufre los asaltos de voraces insectos; del herido que retuerce su calentura entre los ardores solares; del herido que tiembla con los fríos nocturnos; del que teme ser desgarrado por los colmillos de los perros famélicos, o por los corvos picos de los buitres, en medio de todo ese horror, Angeles disfrutaba intensa y voluptuosamente de sus horas de sueño, de su baño "en una tinita" y, sobre todo, del trotar en la helada matutina montando alguno de sus dos corceles de guerra, llamados —reminiscencias de sus estudios de Arte e Historia Militar— "Ney" y "Curcier", del último de los cuales observa que "ya no manqueaba".

Y como Villa lo dijo, esa noche fue dueño de Zacatecas. Sus hombres sepultaron cuatro mil ochocientos treinta y siete cadáveres de los federales, entre quienes los heridos no pueden haber sido menos. Sólo Dios sabe cuantos cadáveres quedaron abandonados en el campo de batalla. Apenas unos trescientos hombres organizados lograron romper el cerco y escapar. Entre ellos iban Medina Barrón, el ubicuo Argumedo, y Juan N.

Vázquez. Las pérdidas de Villa verosíblemente montaron a otro tanto, aunque él lo niegue. Estos ataques salvajes producen siempre enorme mortandad. Es lógico.

Por cierto que a la entrada de Villa ocurrió un bellissimo, un heroico episodio muy humano, muy *cristiano*, para decirlo de una vez, en un Hospital que dirigía el Doctor López de Lara; un episodio honrosísimo para el personal de la Institución, y que sirvió a Villa para poner de manifiesto un rasgo generoso de su carácter:

Sucedió que algún delator reveló que en ese Hospital se habían ocultado, haciéndose pasar como heridos, varios oficiales federales. Se interrogó al personal, y ni médicos, ni enfermeros, ni monjas, ni servidumbre, se rebajaron a delatores, aunque Villa ordenó que se fusilara a todos. Admirado y conmovido, el Centauro ordenó que el Hospital fuera respetado, y perdonó a su personal. Entre las monjas se contaba una hija del General González Ortega, defensor de Puebla cuando los franceses la sitiaron.

* * *

En seguida Villa ordenó a Angeles organizar siete brigadas de caballería y "explorar" hacia Aguascalientes. Es decir, tomar la ciudad. Había que sacar buen partido del triunfo.

Pero ese fue el último que obtuvo el Terrible "Pancho" en su lucha contra Huerta. Carranza encontró, por fin, la manera, si no de someterlo, por lo menos, si de paralizarlo: destituyó a Angeles de su cargo de Secretario de Guerra, suspendió el envío desde Monclova del carbón indispensable para el movimiento de las locomotoras de la División del Norte; impidió el paso de las armas y municiones que por Tampico eran enviadas a Villa desde Estados Unidos. Y Villa, muy amargado, carente de carbón, escaso de cartuchos, comentó con Angeles: "El Primer Jefe nos cierra, con su mal querencia, el camino del Sur. No el enemigo. Nos faltará el parque después de dos batallas. No disponemos de carbón para un movimiento bien arreglado. Yo le pido, señor, que esas mismas brigadas que yo le había dado para la toma de Aguascalientes, esas mismas, se lleve usted rumbo a Chihuahua, más todos los otros elementos".

* * *

Los yankis seguían en Veracruz. No, por cierto, pacíficamente, pues el 25 de abril el Almirante Fletcher decretó la Ley Marcial, vigente sólo en caso de apuro y luego, de acuerdo con la idiosincracia de los anglosa-

jones, —en América, en Europa y en todo el ancho mundo— que siempre cometen sus delitos y sus crímenes en nombre de Dios, trató de canonizarse en una proclama.

Y Wilson sugirió a una asociación de Repúblicas Sudamericanas (Argentina, Brasil y Chile), que por entonces semiactuaba internacionalmente bajo el nombre colectivo de "A.B.C.", que mediara en esa sangrienta guerra civil de México, que a principios de 1914 todavía justificadamente horrorizaba con las demasías y crueldades de sus federales y revolucionarios, a los muy humanitarios europeos y yankis. Cuatro meses más tarde esos mismos europeos y yankis horrorizarían a federales y revolucionarios mexicanos con las suyas propias, (recordemos que esto ocurría antes de la Primera Gran Guerra). El "A.B.C." ofreció su mediación, que Huerta aceptó desde luego. El 27 de abril nombró como sus delegados a Emilio Rabasa, a Agustín Rodríguez y a Luis Elguero.

El "A.B.C." propuso también un armisticio, que el 1º de mayo Carranza rechazó, y no designó como sus delegados a José Vasconcelos, a Luis Cabrera y a Fernando Iglesias Calderón, sino hasta el 11 de junio. Estos delegados se negaron, el mismo día 11, a proponer candidatos para Presidente Provisional de México, aunque la proposición favoreciera a Carranza, que era lo que quería Wilson. Resultaba claro que tal negativa tenía como objeto demostrar a Wilson que en ningún caso lo aceptaría México como árbitro supremo y señor de su destino.

* * *

Tengo que arremeter ahora la difícilísima tarea de resumir la Revolución Zapatista.

Pero antes he de declarar lo siguiente: Yo no viví, pero sí fui contemporáneo del Zapatismo, y leí, en términos de presente, los adjetivos que llovieron sobre el caudillo suriano: monstruo, bandido, salvaje, Atila del Sur... Si todavía hace cinco años se me hubiera preguntado mi opinión sobre Zapata, habría contestado, sin vacilar que la tenía pésima.

Porque he de confesar que yo, como la enorme mayoría de los jaliscienses, no entendí el problema agrario. En Jalisco no existe el latifundismo, (en un solo municipio de Jalisco hay treinta mil propietarios). Y no vine a darme cuenta de su real y brutal existencia, sino hasta 1932, al estudiar las documentaciones probatorias del derecho de propiedad sobre predios agrarios que se acompañaban a las solicitudes de concesión petrolera de las cuales estudié no menos de mil quinientas. Me convencí,

entonces, de la existencia del problema; pero no tuve ocasión de modificar mis puntos de vista sobre la persona de Zapata.

Pero en mi programa vitalicio de estudios sobre la Historia de México, llegué a la época de la Revolución, la estudié a fondo, con la mente abierta, pronto a reconocer méritos, y presto a admitir cargos.

Y experimenté una gran sorpresa: emergí del estudio admirando a varios de nuestros grandes personajes por las peculiares cualidades de cada uno de ellos: a Porfirio, por su energía, maldad y marrullería; por su idealidad, bondad y caballerosidad, a Madero; a Carranza por su tenacidad y honradez (sí, honradez); por su genio militar, a Obregón; por su genio instinto primitivo y recto, y también por su agresividad, empuje y por contradictorio que esto pueda parecer, aunque admitiendo su crueldad, también por su generosidad, a esa complejísima fiera que se llamó Pancho Villa...

Pero no dudo en confesar que también emergí de mi estudio, considerando que en la Revolución encontré, en ambos campos y en total, sólo dos hombres que, puestos en situaciones de prueba, demostraron ser immaculados y que merecieron todo mi respeto: José Refugio Velasco, entre los caudillos federales, y Emiliano Zapata, entre los revolucionarios. Aquél, fue un esclavo del patriotismo, del honor y del deber. Este, un Espartaco con ideales y sin ambición, más admirable cuanto más rústico, que con su vida demostró su sinceridad.

* * *

La rebelión zapatista asumió caracteres que me hacen calificarla como telúrica, como volcánica. Pareció brote espontáneo de la Tierra. No producto humano. No fue expansiva y arrolladora, como la del Norte. No ardía propagándose como incendio en bosque. Estaba hundida en la tierra. Su fuego era inmóvil, pero inextinguible. Los zapatistas se resistían a emprender operaciones en otras zonas, porque sentían que cada uno de ellos era un Anteo que valía, como combatiente, sólo en tanto que tuviera hundidos los pies en el suelo materno.

La guerra que allá se peleó no fue guerra de planes, de movimientos, de marchas y de ataques. No fue guerra concebida en sorites, cada uno de cuyos sucesos fuera causa del anterior y efecto del siguiente. Fue guerra caprichosa, ilógica. Fue guerra de asaltos, de sorpresas, de emboscadas. Guerra sorda, oculta y latente. Podía una tropa federal marchar, juzgándose a salvo, por un camino que creía seguro, y ser asaltada. Po-

día, la misma tropa, redoblar precauciones por caminos que tenía por peligrosos, y llegar sin novedad a su objetivo. Andar por la Región Zapatista, era andar por una zona volcánica en actividad íntegra. En cualquier lugar, en cualquier instante, podría abrirse un cráter y estallar la erupción. Y al instante siguiente a la emisión de la lava, ya todo había concluido. Pero los cráteres se multiplicaron, y al fin todo el suelo fue pura lava ardiente.

Aquella fue una guerra aorgánica. La acción directiva entre los zapatistas, era poca, de generalidades, pero el empuje total resultaba irresistible. La reacción de los jefes federales que lucharon contra el escurridizo e inasible zapatismo —salvo la de Angeles, que allí vio muy claro— fue la misma: FURIA. Fue la instintiva reacción de la fiera herida que tira zarpazos y garrafadas sobre los hierros que se hunden en su cuerpo, sin que nadie reflexionara que una guerra de esas características, tiene que obedecer a causas muy hondas; y que pretender ahogarla en sangre, en realidad es cultivarla y abonarla.

Pero no puedo reprochar por su incomprensión a mis antiguos jefes: en este año de gracia de 1960, ¡cincuenta años y dos Guerras Mundiales más tarde!, se conducen con la misma ferocidad irracional los ingleses en Chipre y los franceses en el Africa del Norte. ¡Pobres ingleses y pobres franceses! Recogerán lo que están sembrando y pagarán muy caro, como muy caro pagaron los aristócratas emigrados de la Restauración Borbónica que regresaron a Francia del destierro, “no haber olvidado nada, y no haber aprendido nada”. Que se me dispense una frase: siempre las represiones brutales, y la política de rigor en guerras de pueblos, siembran semilla de mártires que fructifica en héroes y en vengadores.

Pero baste de preámbulos. Podemos ensayar otra clasificación para el estudio de nuestra Revolución. La Región Criolla, fue la región del Plan de Guadalupe, puramente político, y por lo mismo efímero; la Región Zapatista, lo fue del Plan de Ayala, plan agrario, social y por lo mismo, eterno. Las actividades guerreras de una y de otra Regiones, estuvieron desvinculadas y sólo casualmente coincidieron.

La Guerra Zapatista era de emboscadas a tropas en marcha, y de asaltos a poblaciones cuyos defensores descuidaran por un momento, aunque fuere sólo por un momento, la defensa, o que estuvieran enormemente superados en número. Después, la guerrilla que había dado el golpe se dispersaba. La Historia de esta Guerra tiene que ser enumerativa, monótona; desde luego, siempre incompleta. Imposible hacerla estructural. Se limita a listar golpes de mano. Pero fue cruel y cruentísima. Huerta, que

era un convencido de las tesis porfirianas de que para gobernar, hay que matar, y de que el éxito santifica el modo del esfuerzo, viendo que, allá, por los principios de la Revolución, tan pronto como por la tercera decena de abril de 1913, Zapata cumplía sus tres años de rebeldía, discurrió para hacerlo desaparecer un feo expediente que entonces fracasó, pero que años después, repetido por otros hombres, tuvo éxito: Ordenó a un viejo militar, que había sido guerrillero famoso, muy marrullero y pintoresco, de resistencia vital extraordinaria, (por entonces contaba ochenta y tres años de edad), al General Higinio Aguilar, que se fingiera tráfuga y converso al zapatismo. Aguilar se prestó a todo, pero no supo acallar la natural desconfianza de Zapata, como años después si lo haría Guajardo, quien para lograrlo llegó a fusilar a dos de sus propios amigos.

Con Aguilar el complot falló. Zapata siguió vivo y "dando guerra". En mayo de 1913 atacó Yautepec, y Huerta envió contra él a Juvencio Robles, oaxaqueño, primo hermano de Rosendo Pineda y, naturalmente, nada bondadoso.

En julio de 1913 Zapata intentó, no disciplinar —cosa imposible en aquella lucha tan especial—; pero sí, por lo menos, moralizar a su gente. Huerta activó la campaña en su contra. El 17 de agosto de 1913 Robles incendió varios pueblos zapatistas, entre ellos, Villa Ayala, y la aldea natal de Emiliano, Anenecuilco. Cuando ardió Anenecuilco, Zapata fusiló a Pascual Orozco. Después de esto, el Zapatismo, naturalmente cundió. Era irremediable.

El 29 de septiembre los zapatistas atacaron Cuautla. El 4 de octubre, desde Tlacoztitlán, en Guerrero, Zapata lanzó nuevas instrucciones moralizadoras. El 7 de diciembre, Genovevo de la O atacó Tres Marías (llamado "Tres Cumbres" desde la persecución religiosa de Calles), Huitzilac, y Cruz de Piedra, a un paso de México. El 13 de enero de 1914, el mismo de la O se presentó frente a Cuernavaca. El 20 de enero, el General Antonio G. Olea derrotó a de la O en Texcal... e incendió Texcal. Con lo que de la O, que se había refugiado en las quebradas y bosques del Ajusco, cosechó más zapatistas. El 29 de enero, el zapatista Everardo González, asaltó Tláhuac, en las goteras de México. El 22 de mayo de 1914, los zapatistas formalizaron y apretaron el asedio a Cuernavaca, y se apoderaron de Santa María, de Tetela, de Buenavista, de Tlaltenango, de Chamilpa, de Ocoatepec y de Aguatepec. El 2 de mayo, el General Zapatista Rafael Castillo aniquiló, en Cuatepec, a las fuerzas que iban a socorrer a Cuernavaca. El 4 de junio, se apoderaron los zapatistas de la Herradura. El 27 de junio, el veterano General Federal Pedro Ojeda,

traído de Guaymas, en donde lo había sustituido Joaquín Téllez, logró en Chamilpa romper el cerco de Cuernavaca y reforzar a la sitiada guarnición. El 16 de julio, Zapata ratificó en Oaxtepec el Plan de Ayala, confirmando con energía los fines agraristas del Zapatismo.

El 13 de agosto, precisamente el día en que el Ejército Federal se rindió conforme los Convenios de Teoloyucan, Zapata, después de tomar Tixtla, Chilapa, Iguala y Chilpancingo, se acercó a Cuernavaca por Tlaltizapam, Jojutla y Yautepec, aniquilando las fuerzas federales que se le oponían. Como el Ajusco estaba ya dominado por los zapatistas, Ojeda, reconociendo el desastre, evacuó Cuernavaca y echó hacia Toluca rodeado de enjambres de enemigos implacables, luchando cada segundo y cada centímetro, retirándose por una ruta que parecía centrífuga, recorriendo un tremendo camino de fatiga, de sangre y de muerte entre montañas ingentes.

No había habido plan común entre carrancistas y zapatistas. Pero a la hora crítica, todos coincidieron en el ataque.

El Gobierno de Huerta, desde mediados de julio no disponía en el centro del país de más espacio, que del perímetro de la Capital, en las faldas del Ajusco.

* * *

Veamos ahora los movimientos que hicieron Pablo González y Obregón, antes de que éste emprendiera sobre México ese avance definitivo que cerró una época y un ciclo en nuestra Historia. Villa, como queda dicho, estaba inmovilizado en Chihuahua.

* * *

La zona fluvial en la parte Sur de la Provincia militar Sonora-Sinaloa, al contrario de lo que ocurrió en la parte Norte, sí había sido ocupada por los federales y fue defendida por ellos. No, ciertamente, en guerra de movimientos (el General Francisco Aguilar, en conferencia dictada en la Escuela Superior de Guerra, con toda justicia define la Revolución, como la lucha de "La Dinámica contra la Inercia"); pero sí peleando en puntos escogidos. Ya vimos que esta inercia de los federales obedecía: al defectuoso reclutamiento de la tropa, al número insuficiente de sus oficiales, que hacía imposible neutralizar, con la disciplina, la potencial rebelión pronta a llegar a ser actual en cualquier momento, de la tropa integrada con elementos hostiles; así como también a la edad propecta de sus

generales. Pero de ningún modo puede omitirse la más importante de todas las causas: la influencia decisiva, arrolladora, demoníaca, de los ideales revolucionarios que oponía pasión al simple y frío propósito del cumplimiento del deber, que animó a los oficiales del Ejército Federal. Los revolucionarios peleaban, todos, con su plena voluntad. Los federales, no. Únicamente sus oficiales ponían volición en la lucha.

La Rampa Costeña Occidental queda abierta en toda su extensión con los Estados de Sonora, Sinaloa y Nayarit, y con reducida porción de Jalisco, Estado que ejerce influencia inevitable en sus pequeños vecinos, los Estados de Aguascalientes y Colima. En la porción Sur de Sonora se inicia la Zona de los Grandes (relativamente, por supuesto, que México no los tiene grandes en absoluto), ríos del Occidente Mexicano. Se encuentran no menos de trece de estas corrientes de agua, que son los ríos: Yaqui, Mayo, Fuerte, Sinaloa, Mocorito, Culiacán, San Lorenzo, Piaxtla, Presidio, Baluarte, de las Cañas, Acaponeta y Santiago. Este último, señala el límite austral de la Rampa Costeña. Su vertiente Sur recoge ya los vertederos del Eje Volcánico, y es por lo menos, discutible, si no podemos considerar sus fuentes en Lerma, a un paso de México, en los manantiales que dan nacimiento al río de este nombre. El Santiago hasta su desembocadura en el Pacífico, corre precisamente al inmediato Norte del Eje Volcánico, y tiene su origen en Chapala, masa de agua que no es otra cosa que una expansión del Lerma, un accidente del mexicanísimo Bajío. Viniendo de la Rampa Costeña de Occidente, y subiendo primero por el Santiago, y luego por el Lerma, puede alcanzarse la Mesa Central, y siguiendo adelante una vez que se salve el obstáculo de la Sierra de las Cruces, evitándolo o rodeándolo hasta llegar a Barrientos, se llega al ápice de la República, al corazón y al cerebro del país, el Valle de México, y a la misma Capital.

El mando militar de los federales en todo el Occidente de México, se dividía en tres circunscripciones: Sonora, de la cual los federales sólo ocupaban Guaymas, con unos cinco mil hombres bien armados, artillados, municionados, aguerridos y disciplinados, a las órdenes del General Pedro Ojeda; Sinaloa, en donde las guarniciones más importantes se hallaban en Los Mochis, Topolobampo, Sinaloa, Culiacán y Mazatlán, y alcanzaban, igualmente, el número de cinco mil a las órdenes del hábil, leal y valeroso General Miguel Rodríguez; y finalmente, Nayarit, Jalisco y Colima, en donde absurdamente (era región de paz), se hallaba el contingente federal más numeroso, la División, o según nombre posterior, el Cuerpo de Ejército de Occidente, a las órdenes del anciano General José María Mier, quien

disponía de diecisiete mil trescientos hombres, (esta cifra me consta, porque yo tenía a mi cargo la alta y baja del conjunto), que después fueron reforzados con la excelente Brigada Zozaya de dos mil doscientos hombres, cuyo jefe fue primero el General Manuel M. Zozaya, y después el General Miguel Bernard. Contaba, además, el General Mier, con diecisiete cañones, treinta ametralladoras, cinco mil granadas y tres millones de cartuchos.

En Sonora empezó Obregón a preparar su marcha al Sur. Lo hizo, (dando por primera vez muestra de su genio, no simplemente, como hasta entonces, de su habilidad militar), previo estudio y análisis. No marchó, como Villa, "a ver que salía", sino que tomó todas las medidas para que su empresa saliera como él lo quería.

Maytorena había vuelto a hacerse cargo del Gobierno de Sonora, y el 15 de marzo de 1914 Obregón le explicó por qué razones se proponía dejar frente a Guaymas, nada más que un cuerpo de tropas de sitio, para marchar con decisión rumbo al Sur, llevando el grueso de sus fuerzas. Estas razones eran: imposibilidad de hacerse de Guaymas por medio de un violento ataque, de un salvaje asalto "a lo Villa", debido a que las posiciones defensivas de los federales eran demasiado fuertes; imposibilidad de rendirlas por hambre, ya que Guaymas es puerto de mar, y el mar era libre para los federales; y finalmente, por la falta de tino que significaría obligar a los federales a evacuar el Puerto y a embarcarse, pues esto se traduciría en el traslado de aquéllos elementos allí inmóviles e inútiles, a regiones controladas por los federales en el Sur, reforzándolos grandemente, y estorbando el ataque decisivo que Obregón proyectaba sobre Guadalajara primero, y sobre México después. Con esto demostraba su clarísima visión.

El 16 de marzo, salió Obregón rumbo a Navojoa.

* * *

La marcha de Obregón había sido preparada mediante operaciones previas que él dirigió. Y que dirigió no sólo bien, sino muy bien. Tuvo la suerte de que, aunque en ellas intervinieron hábiles jefes revolucionarios que en la escisión de 1915 se le opondrían con las armas en la mano, en 1914 fueron disciplinados y obedientes a sus órdenes.

Había intentado primero, sin éxito, extenderse hasta el Distrito Norte de la Baja California, que estaba ocupado, desde la invasión de los filibusteros, con fuerzas federales que estuvieron siempre al margen de la

Revolución, y que en la práctica jamás colaboraron con Huerta. Obregón consagró entonces su atención sólo a Sinaloa.

Operaban en Sinaloa los jefes revolucionarios Rafael Buelna y Ramón Iturbe. Este tenía su Cuartel General en San Blas, población que no debe confundirse con el puerto nayarita de igual nombre. Topolobampo estaba en poder de los federales.

En el Puerto se vieron por primera vez Obregón y Carranza, quien el 14 de septiembre de 1913 llegó de Durango después de su poco venturosa campaña en Coahuila. Y también por esos días llegó Angeles a Nogales. Ya dije como chocó luego con Obregón, quien después emitió sobre Angeles su juicio, un poco cruel: "...economiza la verdad... Cada palabra que pronuncian sus labios la medita antes su cerebro... creo haber descubierto en este hombre la idea fija de no dejarse conocer... procura que no se le conozca íntimamente..."

Benjamín Hill destruyó en Los Mochis a la columna federal enviada en su contra por Rodríguez.

Iturbe derrotó a los federales en Topolobampo.

Dueño ya de la mayor parte de Sinaloa, y sabiéndose al frente de un núcleo muy superior en número a los federales, Obregón, como preludeo a la invasión del Sur que proyectaba, envió a Martín Espinosa a que operara en Nayarit.

Unidos, Hill e Iturbe se apoderaron de la fuerte plaza de Sinaloa.

Entonces Obregón tomó el mando, y después de varios sangrientos combates(*) se apoderó de Culiacán el 14 de marzo de 1914. Entre los prisioneros, herido de una pierna, se encontraba un capitán federal llamado Miguel Guerrero, el famoso Miguel Guerrero, el subteniente que con tanta gallardía luchó en 1911 contra los filibusteros en la Baja California. Guerrero se incorporó a las fuerzas de Obregón (que era su paisano), luchó con el valor y la lealtad que lo caracterizaron siempre, y fue muerto poco después, siendo ya General, en un combate librado en Los Altos de Jalisco.

Buelna marchó a formalizar la ofensiva contra Tepic. En Guaymas, el General federal Pedro Ojeda, llamado por Huerta al Centro del país, fue sustituido por el General Joaquín Téllez.

(*) En el curso de los cuales murió Gustavo Garmendía, el fiel ayudante de Madero que el dramático 18 de febrero de 1913 dio muerte a tiros al Teniente Coronel Riverol, cuando éste intentaba aprehender al Presidente.

Con la toma de Culiacán, Sinaloa se encontró en condiciones idénticas a las de Sonora: en ambas entidades, los revolucionarios era dueños de todo el territorio, salvo sendas injustificadas e inútiles cabezas de playa que tenían los federales en Guaymas y en Mazatlán, en donde languidecían en la inacción unos diez millares de buenos soldados, bien provistos de artillería, de ametralladoras y de parque, mientras que en los muelles estaba fondeada, inútil también, la flotilla del pacífico. Sin embargo esas tropas eran una espina clavaba en el flanco derecho de Obregón, y podrían haber evolucionado a peligro real, si algún jefe militar federal se hubiera dado cuenta de lo que significaría concentrarlas en Mazatlán, o en Guaymas, o en Guadalajara, o en Salina Cruz, puerto este último de donde se las podría traer a México, ya que la vía férrea que une ambas poblaciones fue la única que jamás cortaron los revolucionarios.

El 3 de marzo de 1914, Carranza ordenó a Obregón iniciar la ofensiva rumbo al Sur, para "...batir y *exterminar* —textual— las tropas federales en los Estados de Sonora, Sinaloa, Jalisco, Aguascalientes, Colima y el Territorio de Tepic, (hoy Estado de Nayarit)..." Le ordenó también incorporar a sus tropas la Brigada de Buelna, que lo había precedido y operaba por allá, en cuanto alcanzara ese Territorio.

Por este tiempo, Villa dueño de todo el Estado de Chihuahua, se preparaba a recuperar Torreón, ciudad que había reconquistado José Refugio Velasco. Villa también aprendía lecciones de arte bélico de "un grande hombre militar", el General Felipe Angeles. Pablo González, por su parte, no lograba éxito alguno espectacular, pero sí pequeños progresos incessantes en el Noroeste, y Zapata multiplicaba en torno de Cuernavaca, y aún en los mismos alrededores de México, los golpes de mano de sus partidas. El Zapatismo seguía su guerra desordenada y abrasiva.

Obregón se detuvo unos días en Culiacán. Despachó al Sur a Lucio Blanco, con mil jinetes, e inició en Sonora un reclutamiento que le resultó lucrativo en hombres. Reunió entonces, y revistó, sus así reforzados elementos. Su artillería se formaba con diez cañones a las órdenes del Mayor Juan Mérido, y diez ametralladoras a las de Maximiliano Kloss.

* * *

En el Cuerpo de Ejército de Occidente, (del que yo formaba parte como Oficial de Ordenes del Cuartel General), se previó el ataque de Obregón y se trató de contrarrestarlo, pero con medidas insuficientes. La mala salud del General Mier no le permitía trabajo intenso, y no había

jefe de categoría suficiente, o con facultades delegadas, para suplirlo. Alguien propuso que se pidiera a México la reconcentración de las guarniciones de Guaymas y de Mazatlán en Guadalajara. No se le hizo caso. La única medida sería que se tomó, fue enviar a Acaponeta en misión de defensa inerte, al frente de mil seiscientos hombres, al General Juan Solares, viejo militar de aspecto respetable, moreno, de estatura mediana, de larga barba blanca, y que usaba gruesos anteojos.

El 15 de mayo de 1914, esta columna, abandonada a su suerte, sitiada por fuerzas de Lucio Blanco, de Manuel M. Diéguez y de Rafael Buelna, se rindió a los revolucionarios que invadían Tepic.

Huerta envió entonces un refuerzo, que creo recordar era de unos mil quinientos hombres, a las órdenes del General Domingo Servín, a quien se asignó como misión impedir a los revolucionarios el cruce del Río Santiago en Santiago Ixcuintla, sin que en Guadalajara se le reforzara con ninguna unidad militar de importancia. También abandonado a su suerte, Servín no pudo resistir el ataque de Obregón, quien cruzó el Río, y el 16 de mayo de 1914 cayó Tepic en poder de Blanco y de Buelna. Servín pudo abrirse paso entre sus enemigos, y llegó a Guadalajara con unos cuantos sobrevivientes. Murió en México, bastantes años después.

El 22 de mayo envió Obregón trescientos hombres, a las órdenes de Trujillo, a cortar la vía Manzanillo-Guadalajara, con el propósito de impedir el reaprovisionamiento por mar, que desde Manzanillo se hacía, de Guaymas y de Mazatlán. Obregón no olvidó nunca su lejana base. La presencia de esta columna volante, que efectivamente logró cortar la vía, determinó el envío desde México de la Brigada Zozaya a rescatar al Ministro japonés Adatchi, que por esos días había ido a Manzanillo a visitar el Crucero nipón "Idzumo", (los japoneses, que evidentemente empezaban a sufrir el ataque de soberbia que los llevó a cometer la locura de Pearl Harbor, coqueteaban con Huerta por esos días) y por allá estaba cuando Trujillo cortó la vía. Zozaya lo encontró. Venía de regreso. Ya por Zapotlán. Por cierto que el diplomático, mal jinete, se hacía conducir en litera. Su viaje no era muy rápido, y divirtió mucho a esos centauros que son los campesinos de Jalisco. Después de haberlo rescatado, la Brigada Zozaya derrotó seriamente a Trujillo en Zacoalco, le quitó el botín de que se había hecho en escaramuzas anteriores, y se encontró en Guadalajara, en donde enfermó y murió su jefe, el General Manuel Zozaya. Lo reemplazó en el mando, y con mucha habilidad, pues además de técnico distinguido resultó muy buen táctico y muy valeroso, el General Miguel Ber-

nard, antiguo profesor mío, a quien yo siempre quise, estimé, y respeté. Años después, Miguel Bernard fue Director de la Escuela de Ingenieros Mecánicos y Electricistas, que tan beneficiosa ha sido al país y llegó a ser alto funcionario de la Secretaría de Educación Pública. Fue un caballero, un buen mexicano y un hombre útil a su patria. Descanse en paz.

* * *

El 17 de mayo salió Obregón de Casa Blanca, en Sinaloa, dejando sitiado a Mazatlán, como había dejado a Guaymas, pues iba a hacerse personalmente cargo de las operaciones contra Guadalajara. El 4 de junio, dirigió Obregón una proclama a los jaliscienses, como aviso de que ya iba a iniciar la invasión del Estado, exhortándolos a que se le unieran.

La exhortación prácticamente no fue atendida. Por Jalisco, que carecía de problemas agrarios, políticos y económicos, sólo incursionaban pequeñas partidas de hombres armados, algunos de ellos, simples bandidos. Y todos sin perspectiva. Recuerdo los nombres de algunos cabecillas: Julián Medina; Félix Barajas; Ignacio Soto; Pedro Zamora (los dos últimos, bandidos desenfrenados); Enrique Estrada, que sí era revolucionario de principios. Estrada, que era, de todos, el más importante, operaba en los Municipios del Sur de Zacatecas y del Norte de Jalisco; Eugenio Zúñiga; Eugenio Aviña; Jacinto Cortina; Roberto Moreno (los dos últimos, hombres correctísimos); Francisco Aceves, y Julián del Real... Allí en Jalisco, en Aguascalientes y en el Sur de Zacatecas y en todo el Bajío, la Revolución fue invasión. Y sin embargo, resultó tan sangrienta y destructora, como en cualquiera de los Estados en que ardió con furia.

* * *

(Continuará)

INDICE DEL TOMO XIX

PÁGS.

ESTUDIOS:

<i>En Busca de la Grana Mexicana (1777).</i> —Por Berta Flores Salinas.....	5
<i>Cómo Perdió Carranza el Apoyo de Estados Unidos y cómo se relacionó esto con la proposición que a México Presentó Alemania en 1917.</i> —Por el Ing. Don José López-Portillo y Weber	19
<i>Hemerografía Yucateca en la Hemeroteca Nacional.</i> —Por Don Miguel Civeira Taboada	35
<i>Controversia entre el Convento de San Benito el Real de Valladolid, España y la Mitra de Guadalajara.</i> —Por el Lic. Don J. Ignacio Dávila Garibi.....	104
<i>Alonso de Ojeda en México.</i> —Por don Gonzalo Miguel Ojeda.....	113
<i>Semblanza del Ilustrísimo Señor Doctor Don Manuel Antonio Rojo del Río Lafuente y Vieyra, Arzobispo de Manila, Gobernador y Capitán General de las Islas Filipinas, mexicano ilustre que propuso la fundación del Real Colegio de Abogados de la Ciudad de México. (1708-1764).</i> —Por Don Joaquín Meade	125
<i>El Autor o Autores de la Traza.</i> —Por el Dr. Don Manuel Carrera Stampa....	167
<i>El Noreste de México y su Cultura.</i> —Por Don Wigberto Jiménez Moreno....	176
<i>Hombres de la Revolución.</i> —Por el Lic. Don Antonio Díaz Soto y Gama.....	188
<i>El Insurgente José María González de Hermosillo.</i> —Por el Lic. Don Jorge Gurría Lacroix	215
<i>La Guerra de Independencia en el Estado de Morelos.</i> —Por Don Valentín López González	247
<i>Monterrey Durante el Primer Movimiento en Pro de la Independencia.</i> —Por Don Carlos Pérez-Maldonado	269
<i>José Refugio Velasco, Soldado.—Las horas definitivas en la vida de un hombre ejemplar, durante la crisis más grave de la Historia de México.</i> —Por el Ing. Don José López-Portillo y Weber.....	277 y 339
<i>Hombres de la Revolución.</i> —Por el Lic. Don Isidro Fabela.....	329

DISCURSO DE INGRESO:

<i>Discurso de Ingreso</i> pronunciado por el Sr. Don Alberto Francisco Pradeau el día 13 de Junio de 1960	191
<i>Contestación del Dr. Don Alberto María Carreño.....</i>	210

FUENTES DOCUMENTALES:

<i>Algunos Datos Inéditos sobre el Caudillo Insurgente D. José María González de Hermosillo.</i> —Por Don Jorge Flores D.	321
--	-----

NECROLOGIA:

<i>Julio Jiménez Rueda.</i> —Por el Dr. Don Alberto María Carreño.....	327
--	-----

**PATRONOS DE LA
ACADEMIA MEXICANA DE LA HISTORIA
CORRESPONDIENTE DE LA REAL DE MADRID**

D. GUILLERMO BARROSO
D. ATANASIO G. SARAVIA
D. FERMÍN LANCE
D. DIEGO REDO
BANCO NACIONAL DE MÉXICO, S. A.
D. AGUSTÍN LEGORRETA
D. PABLO DÍEZ
D. SANTIAGO GALAS
D. LUIS G. LEGORRETA
LIC. D. PABLO MACEDO
D. VICTORIANO OLAZÁBAL
LIC. D. CARLOS PRIETO
D. GASTÓN AZCÁRRAGA
LA TABACALERA MEXICANA, S. A.
D. MANUEL ALONSO
D. EMILIO LANZAGORTA

BENEFACTORES

INDUSTRIAS 1-2-3, S. A.